

# Los Cuentos de Lila

**Lila Levinson**

A mis hijos

Claudio, Vivian, Adrian, Valeria

**A Ignacio, el compañero**

A mis nietos

Nahuel, Georgina, Paula, Juan Ignacio, Federico, Santiago, Mercedes, Camila, Lisandro, Greta, a  
mis bisnietos Emma, Xabie y a los que vendrán

*Una voz, quizás un color*

*Unos gestos, un amor.*

*Celebran en un atrio divino*

*El desafío de una mujer*

*Infinita*

*De Analí para Lila ( taller literario de Mirta Sánchez)*

Gracias a

Mirta Sánchez, Mercedes Fernández, Alicia Duo, Pupi Rodríguez, Elsa Quiroga, Graciela Reveco

Eugenia González

*Ellas me enseñaron y me dijeron la verdad sobre mis cuentos*

A Horacio Anizton

## **Lila Levinson, mendocina y sagitariana.**

Locutora Nacional Mat. N° 2221. Ex locutora de Canal 7 de TV Mza. Periodista. Diplomada Gestión Social y Cultural (avalada Universidad Valparaíso, certificación Grupo Valparaíso y Fundación Tikal Ideas) Desde marzo de 2014 conduce el programa “LILA” por Radio Nihuil de Mza. ([lilalev@gmail.com](mailto:lilalev@gmail.com) - en facebook: lila Levinson)

### **Premios recibidos**

Segunda mención Certamen Literario Club Mendoza de regatas/90.- Diploma en reconocimiento al aporte al desarrollo integral de la Universidad Juan A Maza / Mayo / 90 .- Mención Especial III Encuentro Nacional de Escritores en Luján – Mza 24/ 08/91 .- Primer Premio Literario Aniversario Club Mendoza de Regatas / 91 Mención por la solidaridad y apoyo a la comunidad otorgado por FM MELODÍA /100.5 MHz/marzo/93.- Premio a la Mujer Destacada en Comunicación, Municipalidad de Gllén / 95.-Mención especial género cuento Concurso literario Vendimia/98 Instituto Provincial de la Cultura. Reconocimiento a las letras y por el prestigio al Departamento de Guaymallén. Otorgado por la Municipalidad en Diciembre de 1998.-Certificado de Distinción en el Día de la Mujer, otorgado por Asociación Vecinal Comandante Torres en marzo de 1999 .-Tercer premio, concurso literario nacional organizado por la Casa de la Cultura de San Genaro, Pcia. de Santa Fe, otorgado en noviembre de 2000 .Distinción otorgada por la Honorable Legislatura de la Pcia. de Mza, por trayectoria en los Medios de Comunicación – abril 2001.-Mención de Honor Certamen Literario Internacional 46 Aniversario Club de Leones de Buenos Aires. Junio 2001.-Primera mención Concurso Literario Universidad Juan A Maza – Dbre 2001.-Primera mención Concurso Literario Casa de la Cultura de San Genaro Pcia de Santa Fe – Dbre 2001.-Mención de Honor Certamen Literario Internacional 46 Aniversario Club de Leones de Buenos Aires. Junio 2001.-\*Primera mención Concurso Literario Universidad Juan A Maza – Dbre 2001.-\*Declarada personalidad de Mendoza por el Fondo Vitivinícola febrero/03.-\*Publicaciones en Diario Los Andes todos los años en CUENTOS PARA VERANO.-\*Declarada ciudadana ilustre de Guaymallén por el Centro Cultural El Portal de Villanueva 20 de setiembre 2003.-\*Distinción Sanmartiniana a la trayectoria y a su dedicación a la cultura otorgada por la Legislatura Provincial el 17 de agosto de 2004.-\*6 de agosto 2007. Distinción otorgada por el Rotary Club Godoy Cruz por trayectoria y servicio a la comunidad.-\*Setiembre 23 al 30/ 2007. \*Octubre 2007 Mención de honor en el Concurso de Cuentos: JUNIN PAIS. BAires.\*\*2008 Noviembre. “El Programa de Lila“ (LV8 Radio Libertador) nominado Faro de Oro.-2010: 2011: Distinción Municipalidad Ciudad de Mendoza por su trayectoria.- 2011:Distinción Legislativa Día de la madre .-3 de julio 2011: Distinción Legislativa Día del locutor .-21 de agosto 2011: Distinción Sanmartiniana otorgada por el Cuarto Encuentro Agrupaciones Sanmartinianas.- Noviembre 2011: Premio a la trayectoria en Locución”Fabian Calle”.-Obtiene mención de honor en noviembre de 2012 en el Certamen Internacional de narrativa Junín País 2012(de Bs.AS),.-Premio a la trayectoria “David Blanco” Marzo 2013 por la Asociación Argentina de actores filial Mza otorgado en el anfiteatro el último día de la repetición de la Fiesta Nacional de la Vendimia. Premio “Pioneros”julio 2013 otorgado por la Legislatura de la Provincia de Mza.- \*14 de marzo de 2014 Premio a la trayectoria otorgado por AMUVA (Asociación Mujeres Vitivinícolas de la Argentina. 7 de junio 2014 Distinción de la Vice gobernación a la trayectoria Periodística.-

## Porqué escribo

Mi intención al escribir cuentos, es sólo ficcionar y comunicar lo que mi imaginación desborda. Coincido con el pensamiento de Mario Vargas Llosa, cuando dice: *“escribir páginas basadas en la vida, en su inmensa diversidad y complejidad, causa un sentimiento curioso, de fascinación y repulsión”*. Hay historias fascinantes, que conmueven, sacuden e inspiran a los escritores a imaginar cómo fueron sus protagonistas, sus actitudes, sus pasiones; qué decían, qué soñaban, cómo actuaban. Y allí está el trabajo y la elaboración: urdir una historia basada en hechos reales, crear palabras y ponerlas en la boca de los personajes. Forjar, inventar, idear es el privilegio del narrador. Ser fiel a los hechos no es la función de un cuento.

Escribir es dar expresión a lo que nos rodea. Es parte de uno. Es vivir diferente. La creación de lenguaje es un acto de fe en virtud del cual el escritor busca trascender lo ordinario. No es algo buscado; surge espontáneamente cuando pienso, cuando me dedico a sacar a la luz de mi mente aquellas ficciones que la pueblan sin descanso

Me siento identificada con George Orwell cuando le preguntaron por qué escribía: *“... tenía la costumbre de chiquillo solitario de inventar historias y sostener conversaciones con personas imaginarias...”* Más adelante dice: *“...Deseo de compartir una experiencia que uno cree valiosa y que no debería perderse”*.

Hoy en día se introduce en la cultura de nuestro tiempo el peligro, la suspicacia, el miedo, la paranoia y por sobre todas las cosas la sensación de que el curso de la historia está en manos de fuerzas ocultas que hacen producir una literatura distinta, acorde con los tiempos que vivimos, es un sentimiento de temor que impregna la cultura. El narrador es testigo y tiene que responder. En la narrativa hay un componente poético. Se busca crear un lenguaje que conmueva, que logre dentro de sus palabras que sea bello y preciso. Personalmente, me interesa el aspecto real e irreal del mundo. Necesito ver gente, percibir colores, escuchar sonidos y por sobre todo que la vida me conmueva en su transcurrir, la vida de los otros que son el reflejo de todos. La muerte es mucha veces el final de mis cuentos ¿Será que en el fondo deseo vencerla? Es una cuestión que aflora de manera natural. A veces está agazapada en un final que no es feliz o en el intento de que el lector saque sus propias conclusiones.

La preocupación es el lenguaje, que refleje si es de tipo social, fantástico, de pasiones o de cualquier estilo. Según nos enseñan los maestros, se debe poner mucho cuidado en reflejar la manera de hablar, del ambiente; es necesario decir la verdad del entorno y después ficcionar, trascender la historia. La forma misma de las letras me parece importante. Escribir una frase, ver cómo queda, subir un párrafo o bajar otro. Es un instante mágico y único.

*El tiempo es ficción*, dijo Einstein. Marguerite Duras: *“Escribir es intentar saber qué escribiríamos si escribiésemos.”* André Gide: *«Escribo para que me lean.»* Escribir te permite entender un poco más la vida. La escritura tiene por objeto la lectura. Cuando se lee lo que se ha escrito da una sensación diferente de todo. El

objetivo principal es la comunicación con los demás, con los lectores. Por lo tanto, ser escritor significa ser lector desde todo punto de vista. Escribir es igual a ser otro. Como escritor, uno es un poco lo que lee. Es a la vez arte y artesanía. La admiración por un escritor es lo que estimula e impulsa a seguir insistiendo, aprendiendo. La literatura no se detiene en lo que es verdad o mentira, simplemente construye con pasión, con creatividad, con ensueños. Si bien es cierto que se escribe para que nos lean, lo que no es sencillo, escribo porque me brota del interior una fuerza que no me pertenece. (Esto ya lo han dicho muchos, pero es real). Una inspiración, que debe ser trabajada, corregida, observada hasta el infinito. Algunos de los grandes escritores con oficio, corrigen, lo dan a leer a críticos o amigos literarios. Para ser escritor hay que escribir, y además escribir como mínimo bien, algo para lo que hay que armarse de valor.

Oscar Wilde decía: *Me pasé toda la mañana corrigiendo las pruebas de uno de mis poemas, y quité una coma. Por la tarde, volví a ponerla.*» Rulfo no escribía para su época ni para el pueblo, sino para unos pocos que pudieran entenderlo. Truman Capote en cambio, dijo que un día comenzó a escribir sin saber que se había encadenado de por vida a un noble pero implacable amo: *«Al principio fue muy divertido. Dejé de serlo cuando averigüé la diferencia entre escribir bien y escribir mal; y luego hice otro descubrimiento más alarmante todavía: la diferencia entre escribir bien y el arte verdadero; es sutil pero brutal.»* Escribir vale la pena, se siente una magia especial Es el instante en que se tiene la impresión de vivir momentos privilegiados, que hay que aprovechar. *Sólo el arte nos permite olvidarnos de nuestras limitaciones. Lila Levinson*

## **Pobres Mujeres, las Mujeres Pobres**

(Novela en proceso sobre la historia “ficcionalada” de Genoveva Villanueva)

### **Capítulo 1 El nacimiento**

Sofocada por el penetrante calor de esa tarde y las contracciones cada vez más agudas, la madre empapada en un sudor que le mojaba la cara, el cuerpo, los cabellos, hacía todo lo posible para que el intenso dolor finalizara. Sabía muy bien del sufrimiento al parir los hijos anteriores y que pronto pasaría, pero igual no alcanzaba para mitigarlo. Una sirvienta le pasaba toallas de hilo con aroma a lavanda para secarla, pero tampoco alcanzaba, ni la frescura de las paredes de gruesos adobones y blanqueadas con cal, ni la tenue luz con que iluminaban la habitación las lámparas de aceite que despedían fragancias arcanas. La ventana que daba al enorme patio pleno de macetas con plantas y flores permanecía cerrada con celosías para impedir que entrara el aire caliente de aquel día de verano.

Sólo se oían los jadeos de Josefa y la voz de la comadrona que repetía: *un esfuerzo más, que ya se ve la cabecita*. Esta era una mujer mayor que asistía en los partos a casi todas las señoras de la ciudad. Se encargaba del cuidado de la salud de las mujeres durante el embarazo, de la asistencia al parto y las visitas posteriores para saber cómo seguían. En su ancestral sabiduría les decía que era un proceso normal y saludable. Animaba a las futuras madres a confiar en sus propios instintos. Les recomendaba que asistieran a la iglesia, encendieran cirios, rezaran a los santos y *confiaran en la Virgen-Madre*, como decía ella. Ostentaba una mirada sabia por su labor competente de años. Cuando con suavidad hacía tacto decía: *mis dedos son la brújula que dirige mis pasos en la matriz*.

Reconocía de inmediato si la tarea sería complicada o no. Entonces hacía llamar con urgencia al Dr. Leiva. Era impropio que un hombre mirara las partes íntimas de las mujeres. Los médicos no intervenían por respeto, reglas religiosas y tradicionales que impedían a un hombre asistir al parto. La mujer consideró en este caso innecesario hacerlo. Repitió casi lo mismo: *Dulce madre, una última fuerza, un poco más, ya veo al niño*. Pero lo que expulsó fue una niña. La partera sonreía feliz porque el alumbramiento había sido rápido. Con su experiencia en nacimientos, se asombró porque la criatura no lloró, casi podía decir que vio esbozar una sonrisa en las muecas naturales que hacen las criaturas. Casi como si supiera su destino.

Cortó con rapidez el cordón que vinculaba madre e hija. Para ella, que había aprendido todo lo que practicaba de una anciana Huarpe Milcayac, mantenía profundas ideas del rito del cordón. La abuela le había enseñado que era una amarra entre el humano y la madre tierra, definiendo el destino, punto central del hombre, de la heredad y del cosmos. Profesaba con respeto desde niña la idea de que el enlace del hijo y la madre era místico y mítico. El corte lo hacía de tres a cuatro centímetros con mucho esmero ante la creencia que si había una mala cicatrización, la madre podía quedar estéril. Bien demostrado estaba con tantos hijos, que Josefa no era estéril. Ella, al otro día, como lo había cumplido con cada uno de los nacidos, enterraría el cordón en un

pozo profundo en la chacra que tenían detrás de la casa, así, los hijos siempre regresaran.

La partera entregó la pequeña a las criadas de la casa. Se ocuparon con ternura de ella. Una, la introdujo en un fuentón con agua tibia que previamente habían hervido con pétalos de rosa y gotas de miel. La asearon con jabón perfumado traídos de España que se guardaban sólo para usar con los hijos que paría Josefa. Otra la recibió para secarla y ponerle aceites de mirto y rosas fragantes en todo el cuerpo, lienzos de fina tela sujetos con una faja tejida a mano para evitar deformaciones y permitir que creciera erguida. Con cuidado la vistieron con una delicada batita bordada y una manta de algodón.

Tener mucha descendencia daba dignidad en aquellos años ante los ojos de los demás. Josefa tenía distantes relaciones maritales debido a las funciones del marido militar y una patria en constante designio de luchas y escaramuzas que los mantenía separados. Cada vez que él volvía con el deseo ardoroso contenido por tantos días, ella quedaba embarazada sin haber tenido jamás un orgasmo. En reuniones con las amigas casi no se hablaba de la cuestión. A veces, alguna más osada o que había llegado al climax, avanzaba imperceptiblemente en el tema. Josefa cortaba la charla de inmediato con repulsión. Decía: *las mujeres debemos cumplir con el deber, nada más. Desde que la mujer se casa, el marido será atendido y cuidado. La comida y los quehaceres son nuestro compromiso aunque tengamos a las chinitas que ayudan en todo.* Y allí se diluía toda audacia de la charla.

Doña Josefa Godoy, agotada por el esfuerzo se sumió en el sopor de la conclusión de un arduo trabajo. La chiquilla, se acunó en los brazos de una negra esclava “regalada” por la tía, María Luz Sosa, esposa de Tomás Godoy Cruz.

Recién entonces dejaron entrar al prolífero padre que sin demasiada ansiedad aguardaba en la puerta y que en esos días no andaba en combates del ejército a mando del General San Martín.

*-Pasé señor Teniente, mire que hermosura,* le dijo la comadrona, mostrando a la infanta.

El Teniente Coronel José Celedonio Villanueva, Comandante de Cívicos y Pardos en Mendoza, sólo vio una mata de pelo negro. La criatura estaba envuelta en el pañolón heredado de las hermanas. La observó distraído y dijo:

*-Hubiera preferido un varón.*

Genoveva Villanueva nació el día 1 del año 1814. Sus hermanas mayores estaban encantadas. A nadie le importó la tarde caliginosa con negros nubarrones en el horizonte. A nadie le importó en ese momento que en Buenos Aires y en Mendoza se extendieran las reuniones de los patriotas para consolidar el país del futuro. A nadie de los Villanueva le importó nada más que esa niña de grandes ojos, piel rosada y una boca firme que parecía decir, *el mundo será mío.*

## LA ESPOSA DEL GOBERNADOR

El espejo le devolvió su mirada inescrutable. Observó sus ojos castaños. La luz de los candelabros los irisaba. Cepilló las cejas perfectas. Pasó polvo de arroz por la punta de la nariz. Lorenza, como siempre esperó a que su ama terminara de mirarse. Después, tomó el abundante cabello castaño, lo separó en dos, dio volumen a las ondas que había formado con las tenacillas calientes. Las horquillas que lo sujetaban terminaban en flores diminutas. Lo recogió atrás con el peinetón español enriquecido de piedras. Un regalo de su amigo José traído de su último viaje a España.

Luz sumergió las puntas de los dedos en el agua de azahar de la jofaina de porcelana que estaba en el tocador y se humedeció detrás de las orejas. Se miró. La sirvienta colocó el collar de perlas y brillantes alrededor del cuello corto. La piel blanca y sin arrugas, cuidada con leche de cabra traída de los puestos y emplastos de yuyos secretos que sólo conocían Doña Luz y Lorenza, difícil de ver en otras mujeres de su misma edad. Cuando aparecía en los salones, siempre había exclamaciones de admiración ante su belleza, y esa extraña mirada.

Tomó la capa de terciopelo y piel y se la colocó en los hombros. Eustaquio, el cochero, la ayudó a subir al carruaje donde esperaban los lacayos para conducirla a la casa de los Martínez. Se festejaba un nuevo aniversario de la declaración de la independencia. A ella le agradaba esa fecha. No sólo la homenajaban por su poder y alcurnia, sino también por los conocimientos que tenía para hablar de política, de los últimos libros que llegaban de Europa o contar los mejores chismes que corrían por la ciudad. Además, su marido, representante en Tucumán treinta y seis años atrás, había sido uno de los más respetados personajes políticos. Ahora hacía menos de dos meses que era su viuda. Se corrieron entonces, feos rumores sobre su muerte y aún continuaban susurrando. Los comentarios se hacían en voz baja y en las sombras por temor a Doña Luz. Eran bien conocidas sus venganzas y confabulaciones. Enfrentar a la señora era un desafío con resultados desconocidos.

Luz imaginaba la fiesta que daría después para devolver atenciones. Su salón era el más famoso de Mendoza. Porcelana de la China, vajilla de plata, cristales, esclavos, la mejor comida, los conciertos y hasta las guitarreadas con los mejores cantores de la zona. Concurrían las familias más poderosas y de gran linaje. Los Villanueva, Molina, Zuloaga, Zapata, de Rosas, Correas, Calle y otras familias. El que no asistía a sus saraos y fiestas, era porque no pertenecía a la alta sociedad mendocina. Precisamente Tomás había muerto en medio de una de esas fiestas; menos mal que fue casi al final de la reunión. Detestaba perder un solo minuto en algo irremediable. Tapó a Tomás con un manta y tapó la noticia con una sonrisa, continuando el baile con la misma pasión de siempre. Mañana será otro día, le dijo a Lorenza. El nunca le importó demasiado. La sumisión de las mujeres y hombres a los matrimonios arreglados era una costumbre sin pensar en discutirlo. De todos modos Luz no era sumisa en otros aspectos. Audaz, divertida y contradictoria. Ejercía su poder en todas partes. Los saludos de la gente los domingos en la iglesia, demostraban que todos querían ser sus amigos.



Por fin había un buen motivo para salir. Una ocasión propicia, el aniversario de la declaración de la independencia. El trotar suave de los caballos le produjo una sensación de excitación. El carruaje transitaba las calles de los barrios San José, El Infiernillo y San Antonio. La fiesta era en una casa que quedaba pasando el Brazo del Río. Aún quedaba tiempo para pensar en Federico. Sabía que ellos también irían. Sacó el pañuelo impregnado en lavanda y se lo pasó por el cuello y el nacimiento de los pechos que mostraba el escote. Cuando lo saludara con un beso, él sentiría el conocido aroma dulzón y sensual que la perfumaba. Pensó en sus ojos azules, la barba rubia y tupida que no lograba ocultar los labios que ella deseaba apretar hasta hacerlos sangrar. Estaba segura de que esa noche Federico aceptaría una entrevista. Imaginó que sería apasionada. Pondría las sábanas de hilo y seda que bordaran las mujeres del paraje Alto de Godoy. Las mismas que lo hacían para los templos de San Agustín, Santo Domingo y La Merced.

Pondría los velones que fabrica especialmente para ella el negro Pascual. Las hierbas de la montaña y hojas de eucalipto quemadas en el brasero, destilarían perfumes especiales. Tendrían que ser muy discretos. Ella era una experta. No sería la primera vez que citaba a alguien en su casa sin que nadie se enterase. Los sirvientes amordazaban las bocas. Doña Luz podía ser muy sanguinaria en sus odiosidades.

Tenía ganas de tocar el cabello de Federico. Siempre se lo veía brillante y sedoso. Aurelia se encargaba de buscar flores de manzanilla y hojas para lavárselo. Aurelia no había heredado la belleza de las Corvalán. Tímida, sencilla y discreta. De todas formas, muy apreciada. Cantaba con una voz exquisita y jamás se negaba a hacerlo cuando se lo pedían. Se acompañaba ella misma en el piano. Pero como siempre, era Luz la que centraba las conversaciones. Aurelia terminaba mirando con tristeza a esa madre siempre misteriosa que se opuso con total desagrado al matrimonio con Federico. Alegaba que no eran de la misma prosapia, que ella merecía algo mejor. Pero pudo más Aurelia, que en porfía se parecía a Luz. Cuando conoció a Federico supo que sería su hombre. La ayuda del padre fue la que logró el casamiento y para no continuar las agresiones y peleas inexplicables con su madre, se trasladaron a Chile. Aún se lamentaba Aurelia por el llamado de Tomás para que regresaran por la caída de Rosas. A los pocos días su padre murió. Se sentía muy sola a pesar del amor de su esposo. La familia Mayer, con su modo autoritario la inhibía. Precisamente ellos insistieron para que fueran esa noche a la fiesta aniversario. No tenía ganas de ver a su madre y sentir el dominio con que la subyugaba. Tampoco le gustaba lo que veía en esos ojos indefinibles cuando miraba a Federico.

Ella recordaba hechos de su niñez. Apretada a su hermano en un abrazo asustado en las noches calurosas de enero, oían rumores de voces que no eran las del padre. El siempre estaba de viaje por que así lo exigía la patria. Fueron testigos horrorizados de las espaldas sangrantes de hombres o mujeres azotados sin piedad. Gritos, insultos, humillaciones siniestras y el recuerdo de gente que jamás volvió a ver. Sí, su madre era peligrosa.

Aquel 9 de julio de 1852 había amanecido con una nevisca. Los copos helados endurecieron la tierra del camino. Los álamos que había traído San Martín por el 20 eran esqueletos fantasmales en la oscuridad. Los caballos trotaban, largando humo de sus ollares.

Luz pensaba, planificaba. No entendía qué vio Federico en la insulsa de Aurelia. Pero no era problema. Nada era problema para María de la Luz. La corriente de su conciencia la llevó a la imagen de ese hijo suyo, tan incapaz. Los veintiocho años de Juan Bautista golpearon sus propios años. Pero qué importaba, si se veía tan joven como Aurelia. Eso era lo que prevalecía. Toda la vida había manejado las fincas, los bienes, el ganado, la gente. Ahora, a la muerte de Tomás, ese hijo insolente quería arrancarle la administración que siempre ejecutó sin que nadie se interpusiera. Ella no quiso hijos, pero igual vinieron para complicar proyectos. Lo arreglaría después. Era una reina en el manejo de intrigas para lograr lo propuesto. Ya vería Juan Bautista quién era su madre. Maldito sea.

Federico estaba parado debajo de la lámpara junto a Aurelia. Su mano acariciaba la espalda de su mujer. Desde el umbral, Luz observó el placer que le producía ese contacto. Sus risas compartidas la molestaron. La timidez de Aurelia se había perdido entre las sábanas de un matrimonio feliz.

Cuando la vieron entrar con su fiereza de siempre, el vestido atrevido y la sonrisa sensual, sus rostros se convirtieron en piedras. Se estremeció cuando Federico le besó la punta de los dedos enguantados. Hielo eran sus palabras al saludarla. Aurelia no se levantó. Solo, después, abandonó la silla para confundirse con los Corvalán, los Gómez, los Maza y otros que ya estaban llegando. En el medio de la fiesta le pidieron a Aurelia que cantara. Con voz magnífica cantó una tonadilla que decía de una déspota mujer que no sabía amar y que la tierra trémula tataría sin compasión. Era una provocación irrespetuosa. Sólo un dominio perfecto permitió que Luz no insultara o gritara. Pronto sabrían quién era ella. Luz.

Casi un mes después, precisamente el 6 de agosto, Aurelia, se abrazaba al cuerpo inerte del hermano. Hacía tiempo que el hermano mayor también había partido. Sus gritos barrían la casa. Las flores de una primavera temprana se movían sin sentido en los árboles frutales. Los dos perros de Juan Bautista aullaban apuntando sus hocicos al aire. Los peones y sirvientes iban y venían. La quinta “El Tapón” en la calle los Ciruelos, rodeada de cipreses y pinos se sumió en un lamento oscuro. Juan Bautista ha muerto.

Siete meses han pasado desde la muerte de Juan Bautista. Aurelia y Federico son invitados a la casa de don Melitón. Decidieron responder a las insistentes invitaciones. Lola de origen mestizo, es una cocinera que sabe hacer los mejores pastelitos y sopaipillas con arropé. La tarde se desliza entre el licor de mandarina y los últimos chimentos de lo que sucede en Buenos Aires y en Mendoza. Los Mayer comentan que le reclamarán a Luz la herencia de Tomás y Juan Bautista. También se habla de las fiestas cada vez más fastuosas y concurridas que organiza Luz. Es hora del regreso. Los primeros días de marzo aún son calurosos y esa noche especialmente, es una invitación para caminar. Dos sombras pesadas los envuelven. Aurelia no entiende qué sucede. Sólo recuerda que Federico lleva una pistola y dispara. Gritos, insultos. La mente es un caos, una negritud la invade hasta hacerla caer. Abre los ojos, aquella pesadilla continúa. A pesar del terror y tal vez por aquella fiereza de sangre de su madre, toma un puñal que aquellas ratas hermanadas habían soltado, pero es inútil. Otro ataque y vuelve a caer. Los asesinos son tragados por la noche.

*Avisen al decurión. Que los arresten. No hay caballos para perseguirlos. Es un horror. Qué atrocidad.*

La sangre seca en el bello cuerpo desnudo de Federico, despide un olor rancio. Lo pasean por el cementerio. La llave de la bóveda no está. Es que todo está oscuro y no se encuentra. Este cuerpo hay que tirarlo.

*Los asesinos son capturados. No somos culpables. Es la señora la que lo ordenó.*

Ella es una señora. No puede estar encerrada. Qué sería de nuestra sociedad, es tan distinguida. Hay un juez ofuscado. Condena a pena de muerte. Apelación. Ella dice: *Soy inocente*. El juez dice: *Dos mil pesos de multa y con eso se construirá una cárcel*. Piedra sobre piedra para que tape los llantos. Dos mil pesos es el costo, no hay prisión para Luz, la cárcel es para otros.

Marzo. Ocho años después. Es el tiempo del año en que se preparan los dulces y conservas, del arrope y la miel. Todo se ha evaporado. Luz se mira en el espejo. Lorenza ya no está. Otra chinita está arreglando el salón. Una vez más los preparativos de una gran fiesta. No hay nada ni nadie ya que moleste. Hasta ha prometido venir el Coronel Laureano. También ha invitado a ese joven tan atractivo que conoció en casa de sus primos. Lo convencerá para que se quede después de la fiesta. La noche ocultará sus años, la luna de marzo siempre fue su amiga. Es un mes que trae un calor especial aromatizado de uvas y aceitunas. La temperatura caliente le permitirá ponerse el vestido de verano, el que más le gusta. Sonríe segura del éxito, aún es la que domina la ciudad.

*-Qué les pasa a esos chocos, qué dejen de ladrar -* grita a la distancia.

A pesar de las órdenes de Luz, no todo está en silencio. Murmullos desconocidos invaden la casa, las iglesias, las calles, las plazas, el Tajamar, la ciudad toda. La tierra inflamada de odio ruge. La tierra se hace oír con graves gruñidos. La tierra se agrieta sangrante. Truenos que no son del cielo estremecen las acequias y los zanjones desbordados. Salen lenguas de fuego del vientre infernal. Una vez más los códigos se rompieron. El día se ha detenido en nada. Las aves desaparecieron de los árboles, los árboles fueron tragados por la tierra avarienta. Las esquinas y los patios con sus aljibes se fueron. Los caballos no relinchan. Las guitarras se quebraron en las manos de los tonadilleros. Sólo ceniza y tierra reseca. Todo se ha desvanecido. Un látigo inexorable azota, destruye y quiebra. Pronto los chacales comerán los despojos.

Doña María de la Luz está aferrada en lo que queda del sillón de terciopelo verde del salón. Una mano está tapada por adobes y paja desmoronados de la pared, que no logró sostenerla. Su rostro se ve extraño. Los ojos salidos de las órbitas. El cuello exageradamente doblado, pero, con distinción. La viga en su cabeza le da un aire chocante de gracia. Sobre el pecho quebrado sobresale un medallón abierto con el rostro de un hombre de ojos muy azules.

## Como de árbol

*El hombre es siempre el constructor de una cárcel. Y no se conoce a un hombre hasta saber qué cárcel ha construido.* Poesía Vertical de Roberto Juarroz

Tus ojos parecían revelar la imagen de un perro apaleado. Una mirada de abismo. Los puntitos centelleantes de su interior, divagan sin saber qué mirar, si llorar o quedarse fijos sin ver. Me acerqué para abrazarte y te encogiste rechazando mi amparo, mi lástima. Sentí el ruido de tu corazón al arrugarse. Te ofrecí senderos diferentes, aunque sabíamos que no los transitarías. La lucha no era para alguien convencida que no valía la pena. Te hice recordar los años del espíritu, cuando todo era memoria: la música, los personajes, quién era Brunilda y La Canción de los Nibelungos, los dioses del Olimpo, leer en griego recitando los versos de La Ilíada, cantar en inglés los temas de moda y cuando salíamos de aquel colegio mixto al que concurríamos, caminábamos haciendo piruetas en la acera tomados de la mano, ante la mirada cariñosa y sonriente de la gente en la calle. Después se angostaron las veredas que terminaron en casas aburridas. Fue entonces que una especie de follaje seco cubrió tu vida. Consideraste que habías llegado tarde a todo.

Los sueños, las fantasías, leer libros prohibidos, reír sin poder parar, la curiosidad de saber todo de la historia de los hombres, de amar por vez primera jurando “*es para siempre*”, se perdió en esa hojarasca que se remonta vaya a saber dónde, transportada por los vientos de agosto.

Te obsesionaba la muerte, no por morir, sino por la pérdida de tiempo. “*para qué discutir, pensar, opinar, trabajar, criar*”. *Cuando me cubra la tierra quién seré?*” Eso decías.

Me duele que ya no tengas la sonrisa que dejaste tirada en algún vericuerdo de tu vida. Me duele verte morder con furia una manzana tratando de recordar cuando íbamos al campo y nosotros mismos las cosechábamos. Me duele la imagen envuelta en el celofán del pasado de aquellos adolescentes, galopando montados en caballos como si fuéramos centauros, destilando el mismo sudor, la misma respiración alocada, apretados al lomo, dejando que los potros dirigieran la libre carrera. Me hablaste de que te había afectado enfrentar, invariablemente, traiciones, incomprensión, intereses extraños. Pensé que tu personalidad depresiva atraía aquellas relaciones negativas que te habían derretido el alma. Fue la causa de que nuestro primer amor se diluyera y se convirtiera en adorable amistad.

Dijiste: “*me debería convertir en un árbol, alto y frondoso así debajo de mí jugarían los niños; alegres, salpicando risas y tal vez algún llanto por un raspón en las rodillas*”. Estábamos en tu hermoso jardín sentados debajo del único árbol que, enorme, había crecido apoderándose del espacio por ser el único. Empezabas a murmurar y te pedía que hablaras más alto, para entenderte. No me contestabas, seguías hablando con voz de seda. Me decías que no admitías más a la gente que criticaba tu manera de decir la verdad. No soportabas más las mentiras con que desayunaban y con las que se iban a dormir.

Por aquel tiempo noté tu rostro más verdoso, tal vez fueran las luces de las hojas del árbol que brillaban bajo el sol. Tal vez fuese tu mala alimentación. En aquel otoño te supliqué que te cuidaras. Era una época fría para estar hasta tarde debajo del árbol, aunque sabía que era el espacio dónde advertías la vida, dónde disfrutabas una comunicación entre la sangre esmeralda que producía el desarrollo del árbol y sus ramas ocultas por el esplendor de las hojas.

El ascenso en mi empleo significaba el traslado a otra provincia. Fui a despedirme y como si intuyeras nuestro alejamiento, no te encontré. La puerta siempre abierta permitió que recorriera la casa de arriba a abajo. Supuse que estarías en tu apreciado jardín. Se me ocurrió que tal vez para evitar la despedida estarías oculta entre las ramas, donde muchas veces te subías con notable agilidad, para “pensar”. Te llamé con gritos, te rogué que si allí estabas, bajaras. Entonces oí ese murmullo que no alcanzaba a entender cuando susurrabas. Agudicé los oídos. Tal vez sólo era el viento entre las hojas. Respeté tu actitud de no querer una despedida nostálgica que produciría insondable tristeza.

Regresé muchos años después. Lo primero que hice fue ir a tu casa. Nunca pude tener contacto por ningún medio, detestabas el celular, el teléfono y no tenías internet. Un descolorido y vetusto cartel anunciaba la venta del inmueble. La puerta de la verja de hierro, rota y semi abierta. Di la vuelta y me introduje en el jardín. El árbol, aunque seca la tierra, había seguido creciendo.

Pregunté a los vecinos, nadie sabía nada. Y con ojos de secretos agregaron que a los interesados por la casa cuando recorrían el jardín los asustaba un rumor inexplicable, haciéndolos desistir de la compra.

*Qué rumor, pregunté. Como de ramas, como de árbol que habla.*

Me convencí. Allí estabas permitiendo que las aves aniden envueltas entre las hojas, entre las ramas que siempre fueron tuyas.

## LOS TIEMPOS, LA TIERRA

*“La tierra no es de nosotros, nosotros somos de la tierra” Osvaldo Maidana (descendiente tribu Wichí).*

*“Nada saben de la terrible amenaza que se cierne sobre el continente. No saben que nada volverá a ser como fue”. La Saga de los Confines (1) de Liliana Bodoc*

En el amanecer de la vida, aparecen los hombres. Ellos comienzan a explorar y dominar la tierra en su marcha inexorable a la evolución. Viven en cuevas dónde duermen sin soñar, sin saber que millones de años después se apagarán las antorchas y el fuego primitivo dejará grietas finísimas que desencadenarán otras historias, otros rumbos. Hablarán lenguas diferentes, tendrán creencias diferentes, moradas diferentes y se convertirán en hombres diferentes.

### *Y se inició la era de los laguneros.*

Por aquel entonces, algunos hermanos se asentaron en el Valle de Huentata, en las Lagunas del Huanacache. La tierra de los Huarpes.

### *Antes de la conquista*

El ritual del nuevo año se iniciaba con el solsticio de junio. La enorme luna, antes de que saliera el hermano sol, iluminaba la ranchada de quinchas, formada por chilcas, carrizo y paja recubiertos con barro.

Ofrecían el respeto y las gracias a Hunuc Huar, la divinidad superior que moraba en la cordillera, por el agua, por los peces, por las majadas, por los algarrobos que formaban bosques cerrados.

Ellos eran Pecne Tao, los hijos de la tierra, la tierra que les daba todo. Había que estar atento. El sol apenas saliera, rojo y dorado, daría un tranco de gallo, era sólo un fugaz instante y sólo los elegidos verían su danza.

Cerca de la Laguna, se ubicaban los cacharros de barro que cada cacique había amasado especialmente para la ocasión. Desbordaban de quinoa, algarrobas, calabazas, maíz. Los caciques cortaban ramas de la jarilla, que crecían cerca de los retamos, chilcas y chañares. Las mojaban en las aguas de la laguna y las sacudían en los rostros de cada uno de los habitantes, para sacarles el “histérico”.

Después, a la noche, prenderían una enorme fogata de ramas secas. El fuego purificaría lo denso y oscuro. En el ambiente flotaría una sensación de amistad y de reconocimiento hacia los ancestros y al Dios Infinito.

El patay, las semillas de chañar, las truchas y los patos laguneros serían el festín. La aloja se serviría en los vasos trenzados con junquillos, tan apretados que ni una sola gota del brebaje

se filtraría. Las plantas, los árboles, los animales, ofrecían su música propia. Había que retribuirles con los cantos, golpeteos de pies y manos, códigos que pasaban de generación en generación, desde las edades remotas del tiempo.

Después los cuerpos ardientes y desnudos también se trenzarían ceñidos. Murmullos excitados se elevarían hacia el cosmos etérico.

Al otro día, cuando el hermano sol estuviera muy alto, se recompondrían de tanta voluptuosidad, de tanta exaltación. Todo estaba escrito de antemano y todo era dirigido hacia la evolución del ser.

### ***Y se inició la era de la conquista.***

El tiempo transcurre muy aprisa. Yehú quisiera detenerlo, volver a los días de paz en la laguna. Dónde danzaban al compás de la percusión de los tambores en los festivales de año nuevo o los del verano. Los ritmos tenían un significado sagrado y se bailaba con devoción. Volver a aquellas reuniones en que se sucedían los cantos, los juegos, las charlas. Volver a esa vida que le había permitido amar a Tahué, ser de Tahué. Pero sólo les queda correr para no ser atrapados. Correr. Los pies levantan una polvareda formando olas de tierra que se les mete en todo el cuerpo y en el espíritu. Corren, corren.

Los ojos enrojecidos por lágrimas y polvo, están desorbitados buscando la duna grande. El terror da una velocidad sobrenatural a las piernas. Corren. Corren. No hay dónde esconderse. Los algarrobos verdes, con poco follaje, no son lugar que los oculte. Cercanos, se escuchan los gritos de la soldadesca embravecida y los cascos de la caballada. Corren, corren. El miedo alienta una fortaleza prodigiosa a las piernas en su desesperada carrera. Huir, huir. No podían enfrentar a esos desconocidos tan terribles que los convertían en cobardes temblorosos. Las tribus no conocen las armas. Son Huarpes Milcayac.

Saben que los soldados, cuando cazan a los hermanos y hermanas, a cualquiera lo pasan a degüello, después los despedazan y hasta a algunos se los comen. El hambre asola las tierras y los invasores se han acostumbrado al canibalismo, han superado la repugnancia, no tienen compasión. Otros son violados y entregados a los encomenderos españoles que los llevan como esclavos a Chile. En aquella lejanía mostraron su impiedad. Genocidio. Rapiña. Aniquilación. Tropelías. Los Huarpes, los de Cuyum Mapu, tierra de las Arenas, no han nacido para ser avasallados. Un pueblo entero clama pidiendo comprensión, pero nadie los escucha. La avidez del hombre civilizado, tapó la riqueza de una ancestral sabiduría.

No imaginaron jamás ese destino. Dónde estaba el Dios de los Cielos que permitió esa historia diseñada antes de que ellos nacieran.

Yehu con voz angustiada gritó: *-Corre, corre Tahué, está cerca la duna grande.*

El collar hecho de valvas y caracoles terrestres, salta sobre el pecho de Tahué. *-Dame tiempo, no lo resisto, me falta el aire.* Yehú, con la garganta reseca, entrecortado, jadeante, volvió a gritar: *-No lo tenemos, aprisa, corre, corre. Pide a tus pies un poco más, es la salvación.* Por fin, la duna más alta se presentó ante sus ojos, eso era lo que esperaban.

Casi sin respiración, cavan con las manos, con las uñas, desesperados, veloces, las espinas de los cactus se clavan, haciendo sangrar los dedos de piel oscura. El adorno de plumas de choiques y garzas está sucio por el sudor que cae a chorros de la frente de Yehú.

*-Tápate la nariz con tu blusa, yo te cubro con cuyum puulli, la tierra arenisca. La Pacha te protegerá.*

*-Cava otro hueco acá, junto a mí, Yehú, así ellos no te descubrirán.*

*-Silencio, no hay tiempo, no hables, no llores Tahué, calla.*

Yehú, después de ocultarla, corrió más rápido, más allá de aquellas dunas, golpeando la tierra con fuerza. Lo que quería es que los “cazadores” notaran la polvareda que levantaban sus pies. El tiempo está detenido. Ni el silencio lo apura. El mundo parece sin energía. Los restos del cuerpo colgado de la rama de un retamo, semeja una res. La cabeza ha sido colgada desde los cabellos por los que asoman algunas plumas, sangre y barro. Poco es lo que queda de él. De un brazo descarnado pende la mano tajeada por lanzas y heridas de espinas. No hay susurros del viento entre las hojas, ni brisas agitadas sobre ese pedazo de tierra. No hay pájaros que canten en las ramas. No hay sonidos del aleteo de garzas y patos. Entre reverberaciones del aire quieto, un enjambre de moscas es lo único que vive, cubriendo despojos.

La culpa del destripe fue de tres carabelas que no encallaron en el mar.

Cuerpos inertes, gente que faltaba, inútiles flechas y lanzas tiradas, restos del incendio era lo que había quedado del caserío.

*-Que Hunuc Huar los maldiga, Tahué gritaba desgarrada.*

Dos o tres ancianos se habían salvado, escondidos en cuevas que sólo ellos conocían.

El anciano le dijo: *-No pudimos hacer nada, arrasaron con todo. Se llevaron a los jóvenes. A los demás los mataron.*

La vieja Allayme le advirtió: *-Te buscan Tahué, saben que estabas con tu compañero. Son despiadados. Escóndete. Lo deseable para ellos son las entidades que nos pertenecen y nosotros, sin considerar que también somos seres.* La muchacha agudizó los oídos. Subió a la lomada, entonces divisó a los caballos que al galope guiaban los soldados otra vez hacia la ranchada. Los depredadores habían olido a su presa.

***Y la era de los siglos prosiguió su marcha inapelable.***

El hombre, mientras amasa el barro para hacer los jarrones y cacharros que después vende en el centro artesanal de la ciudad, le da las noticias de los antiguos a su hijo.

*Desde hace miles de años, desde nuestros ancestros se mide el tiempo, basándonos en una profunda observación del cielo. Tenés que mirarlo, podés aprender a predecir lluvias y sequías. Observá y verás cosas extraordinarias: los cometas, los cambios profundos de la Pacha, el movimiento del hermano sol y la hermana luna; el de las estrellas. Todo vuelve a*



*pasar, todo va, todo regresa, todo se reinstaura una y otra vez. Ahora nos han secado las lagunas, han talado los árboles, ponen alambradas, por eso ya no vienen las garzas ni los pájaros y muchos animales se extraviaron en el secano para no volver.*

*Hijo, hace milenios los hermanos poblaban esta tierra en miles, casi tantos como las estrellas. Hasta que llegó el despojo y la masacre. Los invasores no preguntaron quiénes éramos y qué queríamos, sólo nos desbastaron. La Pacha es una entidad mística. La tierra nos da la vida, nos sentimos cósmicamente hermanados con el árbol, el pez, el pájaro, el sol y la luna. La tierra se comparte, la madre no se puede dividir. Debemos retirar los escombros del pasado y sobre ellos reconstruir nuestro pueblo.*

Al atardecer, el joven sentado sobre la duna, espera a la majada que retorne al corral guiada por unos perros bochincheros. Observa el trote con que regresan levantando una gran polvareda. Le parece ver dos figuras semejanando seres, que desaparecen por las dunas que se forman detrás de los algarrobos. Medita sobre el heroico martirio, su sobrehumana mansedumbre. Son tan sólo sombras. Allá, entre las chilcas, las jarillas, los espinos y desde la misma tierra brotan clamores que no fueron comprendidos. El sol rojo sangre del atardecer se reclina en su lecho para dormir la eternidad.

*Es ante todo un mundo de extremos en el cual las personas son o muy desdichadas o muy felices, muy ricas o muy pobres".Siete Noches Jorge Luis Borges*

Era extraño sentir esa cosa adentro suyo, como los caminitos de las cabras, llenos de vericuetos. Quería despejarse y, la pucha, no podía.

Se pasó la mano por la frente, como limpiándola, pero la oscuridad no quería ceder. Parecía un espejo sucio por el hollín de la cocina. Precisamente se puso a ordenarla. Él vendría enseguida muerto de frío, debía tener algo caliente, si no...

La grasa se derritió en la olla negra, sumisa ante el poder de las llamas que sobresalían como diablillos en danza, producto de frágiles y secas maderas que recogía en la sierra.

Echó pelotitas de masa y mientras las daba vueltas trató de desgarrar esa pesadilla instalada en el corazón.

La culpa la tenía la película. Era la segunda vez que tenían esa oportunidad. En el 2001 vieron el primer vehículo en aquel remoto y alto pueblo de montaña y a estas damas que habían llegado al pueblo con una cinta y todo lo demás. Recordaba todas las escenas de aquella vez; pero ahora ella era distinta. Quería estar adentro del film, que mostraba aberturas a un mundo inalcanzable. Suspiraba encomendando a la memoria los rostros de las señoras tan refinadas de la asociación voluntaria, y a ella aspirando profundamente ese perfume que salía de sus cuerpos en cuanto se movían, para guardarlo eternamente dentro de la nariz.

Esta vez llegaron en jeeps y camiones de gendarmería en alegre aventura. Si hasta los cerros se asustaron de aquel movimiento inusitado y las piedras trataron de esconderse en el río. Los tiempos de ellos eran diferentes, para escuchar el silencio con sólo sentarse en una piedra, se podía oír a la Pacha murmurando, los cantos de los pájaros y el rumor que hacen las hojas de las pocas plantas que emergen solitarias. Ellos no eran percibidos por el mundo globalizado.

Ahora imaginaba que ella era, la Julie, la estrella de la "cinta". Por supuesto que montaba mejor que la protagonista. Las veces que tuvo que cruzar el río tomada de la cola del caballo para llevar las vacas que vendían en el otro lado, y eso lo hacía sola. ¡Ah! Pero la Julie tenía algo que jamás pensó que hombres así existieran. El hombre de la Julie, atento, cariñoso, ayudándola, amándola.

El Antonio durante la exhibición de la película sólo rezongó. *-Qué pavada-*.

Ese Antonio que la tomaba como los machos a las cabras y que cuando tomaba unas grasas de más, volvía con los ojos de líquido hirviendo y el cinturón ancho funcionaba igual que una lluvia furiosa. Pero ahora esa Julie tan bella, tan perfecta, le había mostrado que sí existía otro mundo y que detrás de los cerros terminaba el abismo.

Calculó por los rayos del sol que él ya llegaría, era mejor apresurarse. Puso el agua para el mate y derritió miel sobre los bollitos calientes.

Cuando entró, seco, serio, levantó la nariz como oliendo algo diferente.

*- Y a vos, qué te pasa?*

*-Por qué, pues.*

*-Por la mirada, la tenés igual que la perdiz de la sierra.*

Se sintió irremediablemente feliz, supo que por fin y hasta que llegara otra ilusión, tendría los ojos abiertos como pájaro único, llenos de algo propio que jamás nadie le quitaría

## YO SABÍA QUE NO ME IBAS A FALLAR

*"Cuando Dios es evocado, las cosas empeoran".*

*La Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) denunció que nativos de la comunidad Emberá Chamí fueron asesinados por un escuadrón paramilitar. Los actos fueron perpetrados por la autodenominada "nueva generación de paramilitares, que vienen sembrando el terror en las comunidades"*

Arrodillado, con gran respeto, rezaba en voz alta. Los hombres que lo acompañaban, se persignaban, rogando también con gran devoción. *-Te prometo Virgen Santa, que si me ayudas te prenderé una vela todos los viernes. -Nunca me fallaste, Virgencita. Sigue ayudándome para tener gloria y justicia.* Se habían sacado los enormes sombreros de paja que los protegían del sol que aturdiría a los habitantes de Los Narcisos. La antigua y colonial capilla estaba desbordada por ellos que, vestidos de negro, semejabán antiguos verdugos del medioevo. El sol luchaba para penetrar por las pequeñas ventanas sin dar tregua, iluminando la imagen de la Virgen con sus ojos de mirada desconsolada. Lágrimas de sangre pintadas, parecían brotar sin remedio desde el cerúleo rostro. El grupo volvió a santiguarse y salieron.

Los indígenas caminaban tan rápido como sus desnutridos cuerpos les permitían. Ya habían llegado las noticias de que las hordas del comandante Santamarina habían arrasado Los Narcisos.

En Lactec, las chozas diseminadas sin orden, quedaron aún más vacías después que sus moradores las abandonaron. Sabían que si lograban llegar a la selva que conocían bien, los paramilitares no se animarían a entrar. Se ensañaban con ellos que no tenían armas ni ya les quedaba coraje para defenderse, ni gobierno que hiciera nada, aunque su resguardo e intervención podría ser una respuesta contundente. Los acuerdos se violaban indiscriminadamente por las dos partes. No estaban claros los motivos de los ataques, se entremezclaban grupos de indígenas con otros indígenas, paramilitares y distintas fuerzas.

Aquel pueblo inerme y hambriento miraba hacia arriba, buscando los prometidos helicópteros del gobierno para contraatacar, aunque el cielo estaba azul y transparente no lograban divisarlos. Apresuraron la marcha tratando de llegar a la maleza. Allí el gran Árbol Guardián, los cubriría, como antes. Podrían escuchar los antiguos cantos, construir otra vez las casas como pirámides, rezar al Cristo mezclado con los dioses protectores de los ancestros. Recordaban con una tristeza tan infinita como el universo, aquellas promesas por las que se habían alejado del terruño. Ahora tal vez, podrían rescatar lo perdido.

El sonido del arrastrar de los pies de niños desfallecientes, de las mujeres con vientres esperando parir, de los hombres que olvidaron que habían sido guerreros, eran un

rasgido desafinado. El silencio entre ellos, se interrumpía con los sueños que brotaban, sueños de maderas preciosas de un bosque que ya estaba cercano, de los juegos que harían los hijos y de las noches de amor en la floresta caliente y hogareña.

Algo desusado ocurrió. Un frío no común para la zona, se abalanzó repentinamente. No tenían nada para alumbrar y la noche se hizo más oscura. El grupo descalzo y casi sin ropas, trató de protegerse debajo de los primeros árboles.

De pronto aquellas orugas gigantes avanzaron por la senda. Todo se convirtió en un carnaval dantesco, los repiques de las armas automáticas disparando fueron el acompañamiento de gritos y alaridos desgarrantes, súplicas, el terror y los llantos. Manos y brazos queriendo proteger sus cuerpos y el de los niños, eran grotescas formas desesperadas. El polvo que levantaba las corridas de la gente, las luces que salían de las armas y el ruido del tableteo, convirtieron el lugar en un infierno desconocido.

Los hombres violaban a mujeres, niños y hombres. El remate a todas las víctimas: degollarlas. Les producía una salvaje sensación. La diversión fue cambiar la cabeza de un hombre por la de una mujer, destripar a los niños y colgar las entrañas chorreantes en aquellos árboles que eran la entrada del Bosque. Decenas de personas masacradas sin explicación.

La matanza trajo un brillante río rojo que mojó la tierra. Su color se elevó al cielo, que en ese momento se despejó y el amanecer mostró sus fauces. Los cuerpos mutilados y húmedos parecían de fuego.

El comandante Santamarina se arrodilló en medio de aquel río. Nada de aquel pedazo de tierra había quedado limpio. Despojos de carne y sangre indígena, indígena como la del comandante, semejaban una grotesca alfombra. Se santiguó y dio las gracias a la Virgen. *-Yo sabía, Virgencita, que no me ibas a fallar.*

## LA CALLE DE ARENA

Cada diez kilómetros una playa diferente, pero la que me atraía era Tongoy. La costa norteña de Chile tiene el cielo siempre azul, el mar calmo y la gente del pueblo tranquila, sin curiosidad por los turistas que la visitan. La mayoría son pescadores o trabajan en el muelle, algunos tienen pequeños restaurantes donde se pueden comer los mejores mariscos y pescados.

Escribir para la revista me permite conocer la gente de otra manera. La mochila, el grabador y la notebook pesaban mientras caminaba por la calle de arena, buscando alojamiento en algunas de las casas que estaban “del otro lado”. No en la playa, concurrida y de moda, con bellos chalets frente al mar sobre el cerro que dominaba la costa. Yo quería ir al barrio de los pescadores.

*Doy Alojamiento*, decía el cartel. Entré en la casa, se veía limpia y prolija, además estaba construida sobre la calle de arena. Madera en el techo, en las paredes, en el piso. Parecía una caja para contener recuerdos. Me gustó, y la casera también; además, desde allí veía el mar que, juguetón, bañaba la costa de la playa de los pescadores.

La señora dijo que ella vivía atrás y que podía cocinar para mí. Era exportadora de mariscos, pero sólo trabajaba de tarde en el puesto. La mañana era para atender la casa y los huéspedes.

Abrí la ventana del dormitorio para que penetrara el olor del mar, también me llegó el de pan caliente, de allullas, de empanadas de la panadería que divisé enfrente y el de las frituras de pescados que estaban cocinando en los hogares. El olor excitó mis fosas nasales sin desagradar. Dejé la mochila y me fui a la playa.

A esa hora del atardecer ya casi no quedaba gente, sólo algas dormidas, conchillas y caracoles deshechos por las ávidas gaviotas y pelícanos que en picada caían sobre ellos para devorar la jugosa carne.

Él solo, con la habilidad natural de los pescadores, recogía la red. Me acerqué admirada para preguntarle si no era demasiado trabajo para una sola persona.

No crea “ñorita”, acá estamos acostumbrados, además ya viene mi “compaire” para ayudarme.

Miré sus músculos bronceados, su cabello desteñido por el sol y la sal del mar, descalzo sobre la arena, con un jean cortado arriba de las rodillas y una mirada decidida sobre la tarea que debía hacer, todos los días.

A medida que la red regurgitaba sobre la playa, salían de su vientre jureles, lenguados y jaivas violetas. Las algas, semejando cabelleras verdes traían enganchadas almejas y cholgas. Los ojos del hombre brillaban, tal vez, pensando en cuánto sacaría de tan buena pesca. Después lo supe, tenía que pagar la reparación del lanchón que necesitaba para obtener pesca mayor que sólo se conseguía más allá de la costa. Los mayoristas de Santiago sólo querían buena mercadería en forma diaria. El “Duna” ya estaba listo y él, ansioso por recuperarlo.

Juan sería mi historia. Casi todos los días lo acompañaba sobre la empinada calle de arena, donde quedaban marcadas sus huellas después que regresaba del mar para acercarse al bar, punto de reunión del pueblo. Ponía el grabador y Juan se reía fuerte, no imaginaba para qué quería yo su vida guardada en palabras.

Tomaba pisco hasta que su voz se ponía oscura y resbaladiza. Me contó de Lucía. Ella venía los viernes con la gente que armaba la feria de vendedores en la playa y se quedaba hasta el domingo. Recordaba que cuando la vio por primera vez, descalza, vendiendo

humitas en chala que ofrecía entre bromas y picardías, sintió que esa mujer valía la pena para acompañarlo en la lancha, unir sus cuerpos y soñar juntos el futuro. Después de unos cuántos piscos más la confidencia salió tartajante: *Tiene ojos negros de pestañas tías, perdone que se lo diga, pero yo la deseo cuando miro esos pechos que asoman peligrosos por el escote. Pero, sabe, la Lucía sólo bromea, me hace “tallas”, y no me da lugar para nada más.*

Aquella noche, mientras escuchaba en la grabación esa voz ardiente, algo insólito me sacudió: me hubiese gustado ser la Lucía.

La conocí el viernes siguiente. Juan me la presentó, enseguida me ofreció sus exquisitas “humas”, mientras se reía fuerte con todos los que pasaban y la saludaban. Su figura debía parecer muy sensual a los hombres. Yo también miré sus senos que bailoteaban debajo de la blusa, el cuerpo vestido con una calza roja muy ajustada, los pies oscuros de talones rajados sobre la arena, la boca que movía hacia un costado cuando hablaba y miré a Juan. Diferente, ansioso, temblando, tratando de obtener una promesa de la morena.

Ella le dijo que se quedaría todo el verano en las carpas que los feriantes habían instalado sobre la parte norte de la playa. La ilusión volvió a su cara sonriente. Le propuso salir esa noche. Yo tendría que esperar para saber que pasaría, esperar e imaginar.

Me acosté sobre la tibia playa y la luna sobre mi cara, sentí el cuerpo mojado, empecé a rodar, la arena me adobaba con sus destellos dorados. No me reconocí. Otra vez quise ser Lucía.

El Juan aquella noche enfiló por la calle de arena entre cientos de carpas. Las lámparas encendidas y los fuegos donde fríen pescado y otras comidas poblaban la noche con una luminosidad extraña y caliente. La nariz se dilató ante los aromas conocidos y todo su cuerpo se enervó pensando en Lucía. Se pasó la mano por el pelo mojado y silbó un último ritmo de salsa.

De una de las tiendas salió un hombre llamándolo. Era el Luis, otro de los compadres que venía de Ovalle y con el que tomaba tantas copas que al otro día no podía salir en busca de la “pescada”.

*Sólo una copita, compadre y se va a buscar a la cabrita.*

La farra duró hasta el amanecer. Cuando despertó los “chuicos” estaban vacíos como velando el sueño de sus amigos que aún dormían. Perduraba el olor de los erizos y piures crudos y del alcohol. Por primera vez sintió asco de aquellos olores ligados a la borrachera, a los vómitos y a la pérdida de una cita esperada. La noche anterior, prevaleció la trampa de la amistad y del sentido de la hombría.

Se compuso como pudo y fue hasta la carpa de Lucía. Salió una señora para decirle que ella lo estuvo esperando y que ya no estaba, que había regresado al pueblo.

*Siempre pasa igual. Ustedes, los hombres, prefieren el trago. Ella no quiere una vida como la mía. No quiere un marido borracho, como el padre. No volverá.*

Otra vez le pregunté si permitía que grabara lo que me comentaba en aquel bar tomando un espeso café, antes de mi partida.

*Ella debió comprender, uno queda como poco hombre si no acepta un trago de los amigos ¿no le parece, señorita?*

Estuve tentada de tocar sus manos, de poner su cabeza sobre mi pecho, de morder su boca. Reconocí que me alegraba su tristeza. El cuerpo del hombre despedía el olor salado del mar. Respiré hondo. Le sonreí con cara de confidente. Levanté la mochila y me despedí. Antes de subir al ómnibus miré la calle de arena que se perdía en forma irregular sobre el mar.

En el invierno volví. La playa ya no tenía la magia del verano. Parecía un pueblo abandonado. Se veía de otra manera, casi sin gente. Mientras caminaba hasta la casa donde había alquilado la habitación, imaginaba que vería a Juan como la primera vez, enrollando la red sobre la calle de arena y calculando cuántos jureles y jaivas sacaría. Tal vez logró que Lucía no sea sólo un sueño entre los tragos con los amigos y los amaneceres, tal vez lo aceptó con la resignación propia de la raza.

Me acerqué a la casa. La casera salió a recibirme extrañada. Expliqué que necesitaba terminar la nota. Pregunté por Juan.

*¿No se enteró? Un amanecer, después de muchos tragos con los compadres, se hizo a la mar. Fue un día de viento fuerte que arrastró el lanchón hasta las rocas, aquellas grandes, ¿ve? Desde entonces nadie más lo vio, ni a él ni al “Duna”.*

Ese día también el viento se debatía furioso levantando la arena que se metía en mis ojos provocando lágrimas tempestuosas.

Me despedí de la señora para siempre y caminé hasta el lugar por dónde pasaría el autobús. Luego desde la ventanilla miré las casas de madera, la playa y el mar. El movimiento no era el del verano, no se sentía el bullicio sobre el muelle, sólo algunos chicos corrían y jugaban, los puestos de pescados y mariscos no estaban desbordados de gente. Las bandadas de gaviotas con sus graznidos cavernarios revoloteaban tratando de conseguir el alimento. Me pareció un pueblo desolado. Miré por última vez la calle de arena. Yo, de regreso, al trabajo, a la cobardía, a la rutina.

Lo vi. Una imagen dorada, los cabellos desteñidos por el sol, los músculos de los brazos tensos, arrastrando su red repleta de peces que saltaban tratando de escapar de su destino.

*tallas: chistes*

*cabrita: chica, joven*

*Chuicos: damajuanas*



## LA BOBE REBECA

*Primera Mención de honor, concurso literario Universidad Juan Agustín Maza (2003)*

*Los grandes muertos son inmortales: no mueren nunca.*

*Nicolás Guillén*

Los viernes, antes de que aparezca la primera estrella, la madre se pone un pañuelo blanco y prende las siete velas del candelabro mientras murmura una oración en hebreo. El pan es el alimento principal y la sal es el símbolo del valor de lo escaso y lo lujoso. La madre ofrece estos dones a un amigo que arriba a la “isba”. Es la cortesía de costumbre con los invitados. Él comenta que llegan rumores de que Rusia ha entrado en guerra con Japón. Nicolás II domina toda la tierra rusa y también la Besarabia amada.

Mil novecientos cuatro es un año importante para la joven hija; pronto cumplirá quince y tal vez la autoricen a aprender a leer.

*Parece que el mundo estuviese detenido. El bosque silencioso y la bruma que nace desde la tierra helada, hacen estremecer su cuerpo. Busca leña para la cocina, que debe estar siempre encendida. Desde la lomada alcanza a divisar la chacra. Le da seguridad mirar las hileras de verduras y los árboles frutales desnudos. La soldadesca aún no había incursionado hasta esos campos, pero el temor y el peligro eran una constante. La guerra con los turcos existía desde que ella había nacido. Amontona las ramas secas apresuradamente; después vendrá su hermano a recogerlas.*

*De pronto el galope sobre el bosque semeja un rugir de bestias salvajes. La niña corre para llegar a la casa, los pies vuelan, pero no basta. Mucho antes la alzan sobre un caballo. Sobre las hojas de pino, la nieve sucia con sangre, excrementos de caballos, sudor de pesadilla. La niña pierde la batalla contra las hordas que invaden la estremecida tierra partida en pedazos, sumergida en un desamparo irreparable.*

Me despertó el ruido de una rama del manzano que porfiaba contra el cristal de la ventana. Un trozo de cielo se metió en mi cama. Recordé que estaba en la finca. Plenitud de manzanos, durazneros, ciruelos e hileras de uva fina. Era un bosque de sabores que, cuando niños, comíamos a hurtadillas hasta llenarnos la barriga; después parecíamos fantasmas por las diarreas que debilitaban hasta las ganas de jugar. Nos divertíamos persiguiendo a los patos, andando a caballo o descolgándonos de las ramas del sauce al arroyo fresco gritando como Tarzán al que escuchábamos todas las tardes por la radio. Jugar en la calle de arena, que alguna vez fue un río, era fascinante. Por ella sólo circulaban paisanos a caballo, algún Ford 40 que iba a las fincas y los sulkies conducidos por cualquier miembro de las familias para hacer mandados o compras en el pueblo. Para nosotros ese mundo era una aventura distinta cada día. La Bobe se reía cuando escuchaba nuestros diálogos inventados. La mirada envuelta en azul, a veces, me sorprendía porque estaba húmeda de lágrimas que rápidamente secaba con el pañuelo. Doña Dionisia, una mujer que siempre estuvo con mis abuelos, era la que ordeñaba a la Blanca. El ternero, hambriento y glotón, arremetía contra las ubres con el morro impaciente. La Bobe nos hacía ollas de arroz con leche y después nos “tiraba el cuero” en ayunas para curar el empacho provocados por tantos desarreglos.

*¿Cómo aprendiste, Bobe, si vos sos rusa y esto sólo lo conocen los criollos?* Entonces, de nuevo su mirada se volvía extraña, fruncía la boca con un gesto habitual, mientras la mano arrasaba los rulos de la frente, barriendo recuerdos para nosotros ignorados. *Es cuestión de práctica, nada más, “ingale”, las manos que curan no tienen raza ni religión.* Un té de manzanilla silvestre con azúcar quemada y a correr de nuevo.

Cuando Aaron andaba por los doce y yo por los catorce, la edad en que los chicos no saben demasiado, hablábamos en voz baja de nuestras fantasías, deseos y curiosidades. Hacíamos travesuras, como incursionar en la cocina, donde los frascos de dulce temblaban ante nuestro saqueo. Meterle sapos en la cama a doña Dionisia. Escuchar sus gritos era también una gran diversión. Con mi hermano observábamos por la ventana a la Felisa cuando se desvestía; ver sus senos de pezones oscuros, casi tan oscuros como su pubis y, sobre todo, saber que ella conocía nuestras miradas de incendio, produjeron los primeros movimientos agitados de las manos en el sexo imaginando los túneles secretos de la Felisa y nosotros en su interior. En la mañana, la muchacha, al servirnos la leche con torrijas de pan recién horneado y manteca batida por ella misma, se reía fuerte. El olor a jabón de su cuerpo se mezclaba con su voz pícaro preguntando si habíamos dormido bien, mientras rozaba nuestras caras con sus pechos juguetones. La Bobe había llegado en el año doce a la Argentina con sus padres, hermanos, primos y tíos. Escapaban de las guerras continuas de Rusia; había estallado la de los Balcanes y ya se sabía de una gran contienda mundial. Embarcaron junto a otras familias del mismo pueblo. Rebeca, entonces, era una joven delgada y rubia con esa mirada que semejava una hoguera ocultando razones. El pelo rizado y rebelde le caía en la frente, que siempre apartaba con ademán enérgico. En el barco, las familias arreglaron el matrimonio con el abuelo que también se alejaba del caos, de ser reclutado y servir, no se sabía por entonces, a cuál ejército.

Los amigos que habían arribado años antes los esperaron para llevarlos al campo, a lo que conocían, la chacra. Compraron unas hectáreas con viñedos y árboles frutales, algunas vacas, caballos y aves. Aquel lugar les recordaba a Besarabia, tierra atrapada, envuelta por sauces, álamos y un sol dorado y tibio. La finca mendocina se transformó en el rostro benigno de algo merecido. Se convirtieron en dos criollos más, con raro acento.

El hogar se completó con los hijos que, al crecer, tomaron cada uno su propio rumbo. Ninguno quiso quedarse con los viejos. Mucho menos cuando formaron sus propias familias. Al nacer nosotros se completó el circuito de la existencia.

De niños pasábamos los veranos con los abuelos. En las noches encendían una gran fogata en el enorme patio de tierra; a su alrededor se arremolinaban los peones, los chicos y algún vecino que venía a caballo cubierto con varias grapas. Del aljibe sacaban el agua para el mate, allí no podíamos acercarnos: *“es peligroso, en el fondo oscuro vive un ser que es quien llena el balde y se come a los niños”*. El mate pasaba de mano en mano mientras se esperaba el asado. Los abuelos se habían adaptado a los sabores extraños y nuevos.

Era el momento en que a la Bobe le brotaban los recuerdos. La luz y el humo de la fogata creaban una atmósfera mágica. Las miradas, igual que ríos cruzados, se clavaban en su boca. Contaba de los campos cultivados a pesar de tantas guerras, de la gente, de su infancia, pero a veces se quedaba tan callada que nos asustaba sin comprender por qué. La Bobe era un enigma.

La abuela preparaba las comidas con toque europeo y canto de tonadas, no podían ser más exóticas y deliciosas. Las nueras, algunas cristianas y otras judías, le preguntaban por sus recetas; ella, sonriendo, respondía en ruso, así nadie entendía. Mi hermana Ruth fue la única que aprendió ese idioma tan extraño para nosotros. A los varones no se nos permitía entrar en ese mundo secreto, donde Ruth y la Bobe manejaban frascos con hierbas y salsas. El humo que salía de las ollas sugería menjunjes de brujas. Ambas tenían la misma expresión de misterio cuando salían anunciando que el almuerzo estaba listo. Sabíamos que no sólo hablaban de comidas, la abuela le contaba mucho más a mi hermana. Nos sentábamos alrededor de la gran mesa rústica que jamás perdió el aroma de la madera lijada. El verano era la época en que nos reuníamos primos y tíos. Mi abuelo, después de comer, nos cantaba en ruso y en idish.

Con nuestro crecimiento aumentaron también los estudios. Esa y otras razones, impidieron que pasáramos tanto tiempo allí. No fuimos por varias temporadas, la única que lo hacía era Ruth. Cuando regresaba le preguntábamos por los abuelos, pero Ruth hablaba poco y nosotros no insistíamos. Por entonces mi hermana decidió irse a vivir a la finca. Era algo esperado. La tierra reclama legítimos herederos para que guarden sus entrañas.

Casi centenaria murió la Bobe. La enterraron como ella deseaba, al lado del Yeye, entre cipreses y lápidas con la estrella de David.

Después del sepelio mi hermana mostró fotos de los viejos en distintas etapas de sus vidas; tratando de prolongar el espíritu que tuvieron, como si aquellos rostros nos pudiesen decir qué había detrás de la muerte. En una de las fotos estaba la Bobe en la cubierta del barco, su pelo rubio recogido en un rodete. No sonreía; la mirada extraviada tal vez evocaba lo que había dejado o lo que había perdido. Miré a mi hermana: el parecido con la abuela era increíble, hasta en los cabellos rizados como los de ella y que siempre intentaba retirar de la frente. Ruth empezó a cantar en ruso aquellas canciones desterradas de los abuelos. Todo volvió a mi mente. La infancia, la adolescencia y el dolor de no haberlos disfrutado más. Continuamos mirando las fotografías, una de ellas tenía atrás una cartulina algo despegada que nos intrigó. Cuidadosamente retiramos aquella cubierta, hasta que descubrimos entre la foto y la cartulina un papel amarillento. La abuela le escribía a alguien una carta que jamás envió. Ruth empezó a traducir las líneas que se notaban: *“...casi todas las noches sueño con aquellos soldados que me arrastraron por las trenzas. Sus babas y sus alientos me cubren otra vez lacerando mi carne y mi juventud. Esa tarde enlutada, sentí un frío extraño que superaba todos los fríos de la estepa rusa. Sé que gritaba pero no me oía, quería limpiarme esa mugre, pero no soltaban mis brazos crucificados. Aún siento aquellos dedos hundidos por todo mi cuerpo, mi mente no podía entender esa atrocidad. Tengo en mi nariz el olor de la nieve sucia y de las hojas de los pinos que se adherían a mi falda levantada. Te acuerdas, Sara, la cara de todos cuando regresé abrumada por el espanto. Observaron mi ropa ensangrentada y sólo atinaron a decirme que no debía hablar, que lo olvidara, sino no me casaría y entonces qué sería de mí y de mi familia. Ahora estoy acá y...”*. Las palabras siguientes estaban desteñidas, desdibujadas.

Decidí alejarme para siempre del aquel lugar; pertenecía a una existencia anterior. Aquella noche soñé con la Bobe. Tenía puesto un vestido de colores y el pañuelo que

siempre sujetaba su cabello; me hablaba en ruso y yo le entendía; sentí el perfume de su piel y su mano posada sobre la mía.

Un amanecer ensangrentado por los rayos de un sol de verano me apuró a salir. Besé a mi hermana, subí al auto y antes de entrar en la curva me detuve para mirar hacia atrás desamarrando la juventud pasada. Sentí un escalofrío; la luz del alba me mostró a mi hermana igual que mi abuela, en la galería a la sombra meciéndose en la hamaca y saludándome con la mano. Supe entonces que ella cerraba el círculo. Era la sobreviviente de una historia cuyo final había quedado en viejas fotos y en una carta sin enviar.

A mi hija la llamé Rebeca. Todos deben recibir un apelativo con significado cuando nacen. Pensamos que era un buen nombre por aquella Bobe que desbordó los mejores días de nuestra infancia con juegos, secretos, amor y la superación del pasado, sin alimentar las pesadillas para que no la dominaran. Insondable es el destino de la nueva Rebeca. Como un gran árbol que cada año sus ramas y hojas dan más sombra. En mi hija, rondan fragmentos de genes de cada uno de nosotros. Mientras tanto el tiempo seguirá su marcha sin pedir permiso.

## EL OLOR A CATINGA TRAE PECES

Sus cabellos rubios, pringosos, desteñidos, se confundían con las hojas secas de los sauces. Me los imaginaba bien lavados y cepillados, brillando al sol, allí, a la orilla del Paraná. La niña, aferrada a la muñeca nos miró seria, inquieta, misteriosa, como el río. Le calculé unos diez años. Su mirada, desconocida para mí, fue un extraño llamado. La muñeca de loza antigua, con la cabeza rota y los ojos fijos, parecían la continuación de los de ella. Sentí desolación al ver un resto de pintura roja en los labios de la muñeca. Una mágica simbiosis desprendían las dos. Su presencia parecía plasmada en aquel paisaje desbordante de cañas, malezas, árboles verdes. Era como si no existiese el invierno, aunque en las hojas negras de las plantas acuáticas del río, se veían las fuertes heladas que soportaban.

La niña esperaba algo. La bolsa con ropa usada que todos los años preparaba para los guías isleños se la entregué a ella. La tomó ávidamente y se la pasó a su padre, quien de un envión la tiró al fondo de la canoa. El regreso a la choza sería más tarde, cuando pescaran algunas bogas para comer.

Desde nuestra lancha le preguntamos si había visto dorados o surubíes. Él contestó en su intrincado lenguaje de correntino y guaraní.

*-Los vi "cazando" en la boca del río.*

Antonio, nuestro guía, desilusionado de Buenos Aires había vuelto a su Corrientes. La oscuridad de la ciudad, lo asustaba. En el campo siempre hay luz, de noche se puede ver. Nadie como él conoce el norte del río en Esquina, El Colorado, El Toro, hasta San Javier. En cambio para Manuel no existen secretos hacia el sur. Los arroyos, los beriles, las correderas, los bancos de arena, las islas flotantes de troncos que emergen semeando apariciones de casas abandonadas. El Ingá y El Ingacito son sus territorios. Ninguno se mete en la zona del otro. Por menos de eso, sacaban cuchillos, o revólveres. Muerte y desaparición. Después, decían que el río los tragaba. Antonio puso la lancha en marcha. La imagen de la niña se veía cada vez más distante a medida que nos alejábamos. Sentí deseos de quedarme con ella, abandonar la pesca, preguntarle cosas, oír su voz de río, saber cuál era su mundo.

El guía se introdujo en un arroyo. *Se siente olor a catinga, acá hay cardume.*

Súbitamente todo había cambiado. Allí el agua era diferente, casi sin movimiento, semeando un pequeño lago sin las encrespadas olas revueltas y marrones del río. Los camalotes flotaban lentamente hacia las orillas formando un tapiz de lado a lado. Debajo de ellos bullía un universo de peces, víboras y minúsculos seres acuáticos.

Mientras esperábamos el pique le pregunté a Antonio sobre la niña y su padre.

*-Se dio cuenta que ella está "gruesa" ¿no?*

*-No es posible, si es una nena.*

*-El padre del crío puede ser el propio Manuel, el tío, uno de los primos.*

Imaginé la choza oscura, todos juntos, durmiendo, copulando. Actos privados sin concesiones. Apreté mis manos sobre la caña de pescar. Aquella cultura, su condición moral, tenue, animal, primitiva. Un mundo violento y real. Tenía que verla de nuevo. Podía estar despedazada. Tenía que ayudarla, llevarla con nosotros, salvarla de aquella infinitud perversa. Violada, jugando con una muñeca de loza. Al caer la tarde volvimos entre el rojo del cielo y el vuelo de los Martín Pescador que también regresaban a sus nidos. Nos detuvimos en el puesto de Manuel. Antonio ató la lancha y yo di un salto.

*-Me quiero llevar a su niña – le dije*

*-Para qué*

*-Quiero educarla, mandarla a la escuela*

*-Ella no necesita su escuela, acá tiene, no quiere irse. Esta es su casa*

Construido más arriba de la orilla, protegido de las crecidas avariciosas del río, el rancho tenía una arpillera que tapaba la entrada. Empezó a salir gente; niños, dos mujeres, unos muchachones. Caminaban lentos, una procesión exótica. Me rodearon impacientes, con gesto amenazante. Sentí el ronroneo del motor de la lancha, que seguía esperando mi regreso, como un escape, tal vez rápido.

El Paraná, inquieto, parecía entigrecerse, otra vez. No podía demorar más la vuelta, la lancha no resistiría olas demasiado furiosas. Volví a la embarcación. La mirada ensombrecida y burlona de Antonio no coincidía con su voz seria diciendo que mañana a las siete pasaría a buscarnos. Los guías habían sentido olor a catanga al norte, allá, por San Javier. Mi “creencia” había terminado y con ella el bloqueo de la realidad. La niña seguiría como siempre, como todos. No había conflicto. Pronto acunaría un bebé junto a la muñeca, sin saber de rebeldías, ni tener demasiadas penas. Yo supuse que ella quería que la salvara, pero, de qué.

Todo se mantendría igual. Aquella situación era la de siempre, la de antes, desde el primer ancestro. Sobrevivientes de una civilización, de un destino. Los hombres y mujeres isleñas seguirían gritando cuando sintieran catanga, el olor que trae cardume. Era su mundo. El sustento, la alegría de lograr una buena jornada de pesca. Trueques de harina, fideos o azúcar por un carpincho o pescado con los hombres que cruzaban el Paraná con sus enormes embarcaciones. Incesantemente escucharían, con la respiración suspendida en un anzuelo de creencias y leyendas alucinantes, los relatos de duelos, reyertas, venganzas. De las extrañas luces que flotan alrededor del árbol del Ingá y de que, aquellos que las ven, quedan ciegos, mirando eternamente soles de oro.

De noche, una ardiente ansia subiría como un pez remontando el río. Olor a catanga en las axilas, en el sexo. Un hálito rancio, treparía por las paredes. Miradas negras que transmiten deseo sin seducción. Un acto inmodificable sin amor. Y tal vez no fuese sórdida. Tal vez. La sombra de aquella realidad, había matado mi propio soñar. Únicamente me quedaba tragar el grito que para mí no era suficiente.

## Los Juegos, las mentiras

### EL VESTIDO DE ENCAJE DE BRUSELAS

*“En un mundo de hombres, la mujer inteligente se da cuenta de que el único camino de sobrevivir es ser más dura que ellos” Arturo Pérez Reverte*

Hacía tres años que mamá había muerto. Papá en un geriátrico. Yo, muchos años afuera. Entré en el cuarto cerrado. Era una habitación repleta de fantasmas. Al tocar los vestidos, los pulóveres, los abrigos, que despedían aún su olor, me brotaron los recuerdos. Nací en mil novecientos cincuenta, una década particular. Una infancia extraña. Los dolores y la desesperación de haber tenido una madre y odiarla. ¿Sabés lo que significa? Como si se hubiera muerto, entonces. A mamá la tenía en un pedestal. Mi adoración por ella, una glotonería. La miraba y la veía despidiendo una luz azul alrededor de su figura. Qué bella. Sus cabellos abundantes permitían los peinados más exóticos. Además, todo le quedaba bien. Sabía coquetear, maestra en seducción. Mi padre, enamoradoísimo, sufría por sus gestos y mohines, por su risa increíble, por sus escotes que mostraban tanto los senos.

Una noche papá tuvo que cuidar al abuelo internado de urgencia en el hospital. Me dormí escuchando las voces de Víctor, el amigo de mis padres, que había pasado a tomar un café. Charlaban con mamá sobre el ataque sufrido por mi abuelo y sus consecuencias. Una bruma de murmullos y quejidos me despertaron. Pensé que había muerto el abuelo. Me dirigí al cuarto de mamá. Ese hombre y ella se movían desnudos, gimiendo sobre la cama. Me pareció ver serpientes entre las piernas entrecruzadas de mamá. La luz de la luna entraba por los visillos de gasa de la ventana. Me asusté al creer que la ahogaba. Estaba paralizado sin poder ayudarla. De pronto vi que las manos acariciaban el cabello de Víctor y comprendí. Me fui a mi cuarto en silencio. Sólo al llegar, solté un llanto sordo por la pérdida. Esa noche mi madre cayó a un precipicio y no pude recuperarla jamás. Quedé huérfano. Sin madre.

Al otro día mientras me cepillaba los dientes, levanté la vista al espejo. Descubrí una mirada distinta en mis ojos enrojecidos y, asomando, dos pequeñas arrugas en el ceño que con los años se convirtieron en dos grietas profundas. Y nos convertimos en enemigos con mi madre. Todo se lo discutía, a todo me rebelaba. Peleábamos por estupideces. Yo le hacía el juego sabiendo que si le contestaba bien, todo terminaría, pero no. *Es la edad. Los adolescentes son así*, decía mamá.

A los pocos meses cumplí los catorce. Verano. Vacaciones en Mar del Plata. Mis padres salían casi todas las noches y me dejaban en el hotel. Esa noche bajé al comedor, aburrido. El camarero que nos atendía se acercó y me preguntó si quería salir a caminar. Fue allí en la playa,

cerca de Los Leones. Por supuesto que no había luna. Sus manos, brasas ardientes, se movieron en mi sexo. Después poco a poco hizo todo el trabajo suavemente, sin violencias, con amor. Noche a noche, después que finalizaba la atención de los pasajeros del hotel, nos encontrábamos. Yo esperaba con ansias poder escaparme del cuarto. Aún me asombro de su paciencia. Día a día crecía más y más esa locura del primer amor ardiente, su ternura me desbordaba. El cuerpo de él era mi delirio. Nos sofocaba la arena que tragábamos y que al escupirla provocaba ataques de risa. Éramos cómplices de la felicidad. Cuando finalizaron los días de vacaciones, sumé otro dolor nuevo. No lo vi nunca más.

Escribía largas poesías arrebatado por aquel amor, la pena de la ausencia y de ser diferente. Un día me di cuenta que alguien había revuelto mis hojas. Qué atrevimiento, hojear mi corazón fragmentado, mi constante estrujamiento en el estómago. Entonces puse llave por siempre a mi cajón. Mis padres nunca me dijeron nada. No es fácil tirar abajo lo establecido. Tenía que buscar a alguien a quién culpar. Eso hice. Mamá. Me parecía un verdugo. La infiel, la mentirosa. De pronto estaba en la otra acera. Ya no corría junto a mí tomados de la mano persiguiendo mariposas o imaginarias aves antediluvianas. Culpé también a papá. Por soportar lo que seguramente sabía con tal de que nada interfiriera en su universo. Déspota de gustos personales, prefería mostrar una imagen de felicidad perfecta. Para él, todo. Los hombres nacen con un instinto frío. Primero sus necesidades y después la de los demás. Mamá demostró que con manipulaciones se podía obtener más de los que le estaba permitido. Y en su controversia nos volvía locos. Mi padre le compraba hermosos regalos. Con chillidos que atravesaban las paredes y me avergonzaban, ella se los tiraba por la cabeza, reprochándole que se los trajera para cubrir alguna infidelidad. Él, mediante una sonrisa torcida decía con sorna que estaba loca, pegaba el portazo y se iba. En cambio cuando ella discutía conmigo, se atrincheraba con papá, que le daba la razón. Otras, me apoyaba con dualidad marcada. De una de sus manos me llovían generosidades de todo tipo, con la otra, y de un plumazo, me las sacaba, resaltando con voz de reproche, todo lo que hacía por mí. Eso fabricaba un bloqueo hacia toda posibilidad de comprensión. ¿Me lo merecía o no? Cuando creía con ilusión que la conformaba, producía un acto tremendo de histeria por razones desconocidas. Yo la miraba con sorpresa, la ilusión convertida en rabia por la injusticia. ¿Qué hice mal, mamá? Parecía que ibas en un sinfín, componiendo lo que rompías. Papá, a veces, me miraba con ojos perrunos y se quedaba callado. Cuando ella se iba, me acariciaba la cabeza, provocándome un letargo de ternura con manos toscas y duras. Lástima que no lo eternizaba.

Se practican vejaciones con palabras, actitudes y maestría para cargarte culpas. Mi personalidad se convirtió en una cueva inaccesible. Por supuesto, vino el cambio: saber fingir. Aún lo hago, en todos los órdenes de la vida. Mi mundo es complicado. Como profesional debo disimular para no perder réditos.

Terminé la secundaria y harto de las peleas, dónde la guerra siempre era perdida e insostenible, expresé mi deseo de estudiar en otra provincia. Lo que buscaba era un lugar seguro, después comprendí que era contradictorio. Ese lugar seguro que se busca en realidad no lo es tanto, es un laberinto del cual cuesta salir porque no se ve la luz del escape. Entonces con mi determinación mamá hizo un escándalo. Se pasó una semana



en cama con el habitual acto de estar enferma. Era otra de las conductas para obtener lo que quería.

En aquellas ocasiones papá cedía a los caprichos igual que yo. No soportábamos los gritos, llantos, palabras entrecortadas, ataques que la dejaban sin respiración. Se golpeaba el pecho, diciendo que el corazón le estallaba. Esa mirada que denunciaba: *por culpa tuya estoy enferma*. Madre arrebatadora. Madre bipolar. Esta vez juré ser de manera diferente. Me iba igual, ya era mayor. Escuché los habituales: *qué maldad, qué será de mi vida si te vas*. Lo logré. Cuando me recibí, me fui a Europa.

Ya te dije, a los catorce todo se fracturó. Dónde termina el sueño y empieza el fraude. Cómo mantener un estilo de vida que no aprueban los demás. Fue una de mis épocas más dolorosas.

Los deseos de los compañeros por las chicas, por supuesto no eran los míos. Me reía fuerte para que pareciera que éramos iguales. Descubrí las mentiras de los adultos y aprendí las mías. Temblaba de miedo por tantas estafas. Era un trabajo no olvidar el invento para repetir exactamente lo mismo. Es una oscuridad la memoria. La mentira es una forma de la maldad y da coraje. Muchas de las falacias eran deseos no cumplidos o excusas para que no me castigaran y ocultar lo que realmente sucedía. Tenía un don: inventar. Imaginaba una familia soñada. En ella nadie simulaba, ni ocultaba, ni engañaba. En ella había padres y hermanos que se besaban y abrazaban. Se charlaba sin eufemismos ni pudores. Imaginaba, tipo Hollywood, una chimenea, y nosotros alrededor de los leños ardientes, proyectándonos del mismo modo que leones y su manada.

Tardé bastante en olvidar aquel primer amor. Hasta que aprendí que son locuras temporales. Después de un tiempo, el amor se volatiliza semejando golondrinas en busca de días mejores. En el momento de la pasión el mundo se transmuta de arriba abajo. Uno no quiere separarse ni un instante de quien ama. Después lo cotidiano va arrumbando el amor hasta que no sabes dónde ubicar el trasto y lo tienes que desechar.

Empecé a envejecer separado de afectos verdaderos. Mis parejas duraban un par de años, después parecía que un viento helado se levantaba como sombra entre nosotros. A veces soplaba de un lado, a veces del otro. Al final debía cerrar una vez más, puertas y ventanas para no congelarme. Recién entonces compadecí a mis padres. Entendí que los errores de ellos son misteriosos y los hijos los repiten cuando son padres. Claro, yo lo veía en mis amigos que tenían familia.

Ahora volví a la casa. No fui capaz de llegar antes de que mamá muriera, tal vez por no sentir la muerte, tal vez por no volver al antiguo espanto de ver esa mirada, la boca cerrada en el gesto amargo. Pero tuve que volver. La casa debía ser vendida. Mis tíos la habían mantenido, pero ya estaban hartos, ellos también eran mayores. Así que tomé la determinación de suturar el pasado. Recorrí las habitaciones, crucé el comedor y la cocina hasta llegar al enorme patio de baldosas coloradas. Me senté en una de las sillas de hierro, deslucidas por la antigüedad, con ausencia casi total del luminoso esmalte blanco, que ostentaban antaño. En las macetas, sólo algunos restos de plantas secas. Evoqué aquellos días de geranios, rosas y malvones desbordando los recipientes de barro. Las fiestas en ese mismo patio. Mamá y la empleada doméstica esmeradas en

pulir y hacer brillar toda la casa. A la mañana siguiente flotaba un olor a cigarrillos mezclado con lustra mueble. La música de moda del tocadiscos llegó a mis oídos con claridad, envolviendo los pasos de baile de los invitados. Y mamá como siempre protagonista de aquellas noches. Su gracia y desenfado para aquellos tiempos que atraían tanto a hombres como a mujeres. Me levanté de la silla. Estaba refrescando en el patio. Me pareció increíble volver. Socarronamente vinieron a mi mente las letras del tango. Volver.

Entré en el cuarto cerrado. Una habitación repleta de fantasmas y recuerdos. Al tocar los vestidos, los pulóveres, los abrigos, que despedían aún su aroma, brotó la infancia, la adolescencia, los rostros de todos.

Tomé la decisión. Me desvestí lentamente. Sobre la cama, minuciosamente, puse el pantalón, la camisa, la corbata, hasta los calzoncillos. Dejé los zapatos uno al lado del otro junto a la medias grises. El vestido negro de encaje de Bruselas de mamá, se deslizó algo ajustado por mi cuerpo, el tocado de lentejuelas, sobre la cabeza. Después vinieron los guantes de seda, las medias y las finas sandalias. Me miré en el espejo. El pasado ya no existía, carecía de consistencia. Sin embargo, los espectros se corporizaron. Aquella imagen erizó mi piel: mamá, arrebatadora, con ojos acechantes me miraba desde el espejo. Yo, era madre. Entonces volví a amarla.

## Cambiar de escenario

Soy Clara Ibaceta Berger. De vientre judío. Los parientes de mamá dicen que soy judía, los otros me consideran católica. Papá era muy religioso. Siempre iba a misa los domingos, hasta que su artrosis le impidió caminar hasta la iglesia San Vicente Ferrer. Le gustaba ir a pie. Iba meditando y pensando qué cosas podían mejorar su vida o cómo ayudar a los demás. El respeto de sus creencias entre los esposos era absoluto. Del tema nada se comentaba. Cada uno en lo suyo. Mamá, los domingos, preparaba varenikes y ghefilte fish. Me divertían, eran distintos en todo. Se amaban tanto. Después de cincuenta años de casados continuaron tomándose de las manos y dándose besos. Al acariciarse se tocaban el corazón. Jamás fueron un reflejo apagado y amarillo de fotos antiguas. Cuando decidieron casarse fueron al Registro Civil. Solos. Mamá, había dejado una carta a sus padres: *Hoy me caso*. Papá, lo mismo. Empezaron como si no hubiesen hecho otra cosa en toda su vida. Nada de luna de miel, ni de familia. Todos enojados, los católicos y los judíos. A ellos les sobraba amor. Pronto mamá quedó embarazada y se ilusionaron con la llegada del hijo, que fui yo.

Evoco el patio de grandes macetones, el aroma de una sopa de verduras muy sabrosa y su rito de los viernes, prendiendo velas con un pañuelo puesto en la cabeza, mientras rezaba en hebreo.

Mi vida se desarrolló como muchas: estudios, novios, conflictos, etapas de espiritualidad, de zurdaje, de desilusiones, de cambios en las ideas, de amantes, de trabajo. Soy abogada. Un día me llamaron de un diario que deseaba tenerme como columnista. Una abogada que supiera de leyes y derechos, que escribiera sin miedos. El diario trataba casos sensacionales que se profundizaban sin importar presiones o amenazas. Al director del diario le encantaban mis ácidos comentarios. Conocer las reglas es poder manejarlas hasta el infinito.

La tarde en que Alberto, el director, me ordenó que debía realizar la cobertura de un caso en una provincia cercana, me cayó malamente. Me dijo: *le "ponés" lo peor, quiero pobreza, abusos, miseria, fotos descarnadas*. Con esos temas el diario se vendía como pan caliente. *-Si querés seguir acá, tenés que hacer lo que todos: meterte en el juego-* finalizó Alberto. Le respondí que lo que le había gustado era mi forma de escribir con libertad. No era propio que la cambiara, que entrara en un juego diferente. No era mi estilo. Lo demás era como un espejismo en el desierto; siempre está unos pasos adelante, pero el sediento no logra alcanzarlo. Bajé disgustada al bar de la galería. Me sentía harta de todo. *Si querés esto, dame lo otro*. Al final había que ceder. Era cuestión de poder. Pedí un café al mozo y saqué un cigarrillo. Esteban, un compañero, se acercó a encenderlo. Se inició la charla. Me miró con ojos tranquilos, con una mirada sin jirones. Me preguntó la causa de mi cara enojada.

*-Los humanos decimos que el cielo es arriba y la tierra abajo. Y ¿si fuera al revés? ¿Quién marca los límites?*

*-Decime porqué, me dijo.*

*-Cada elemento de la creación es lo que es. No hay nada que puede existir sino es, lo que es. Cuando los demás quieren que cambies tu esencia todo se va al carajo. Es como sentir que no pertenecemos a nada, ni acá, ni allá. Estoy herida, lo mejor es renunciar para que no me debiliten. Me voy, Esteban.*

En ese bar de la galería donde las voces de todos se elevaban para poder escucharse a sí mismos, donde el bullicio era un entrechoque de palabras, tazas de café que se estrujaban contra los platos clamando por un trato mejor, Esteban me tomó la mano, acarició mis dedos con una intensidad diferente. De pronto no oí ninguna voz, se borraron todos los rostros, el humo de los cigarrillos era una envoltura aislante suspendida en el espacio, sólo la electricidad de los dedos de Esteban, con quien hacía dos años que trabajábamos juntos, que discutíamos, que jamás lo miré con otra actitud, en tan sólo una décima de segundo trituró mi espacio físico, sacudió mis pesadillas, y apagó todos los reflejos conscientes de mi ser. Aún hoy recuerdo el olor de su chaqueta de cuero marrón cuando abrazados salimos del café y nos fuimos a caminar encandilados con la luz que brotaba desde nuestro interior. Vivimos cinco años increíbles. Hasta hicimos un diario propio. Siempre hay una mañana, una tarde o una noche en que arriba la fragmentación. Aquel día me dirigió la mirada del adiós. Yo no quería aceptarla. Hubiera preferido ser ciega y seguir sintiendo el roce de sus caricias en cada pedazo de mi cuerpo. Cuántas cosas que no existen uno hace que sean reales. Quería que su mirada fuese la misma de ayer y de cinco años antes.

Pasaron años. La llamada registrada en el contestador con la voz de Esteban me congeló: *no puedo creer que tengas el mismo número de teléfono, te busqué en guía y seguís ahí. Así sos vos, siempre igual. Qué ganas de verte que tengo.* Dejaba un número para contestarle. Lo hice. Nos encontraríamos más tarde. *Ay, pensé, En este momento, con este trabajo, con esta angustia, con estos años, con esta mala salud.* Pensé en ir a una maquilladora, a la peluquería, ponerme clara de huevo, o una crema antiage, buscar la antigua minifalda. La curiosidad me dominaba. Saber de su vida, de su silencio, de lo que recordaba. Me acerqué al café sin que me viera. Como antes, se sentó al lado de la ventana. Espié su rostro, el cabello, el ceño fruncido, el cuello doblado para poder leer algo que tenía sobre la mesa. No había cambiado demasiado. Yo sí. La expectativa había finalizado. Sentí escalofríos por la erotización flagelante a la que me sometí, a la que me victimicé sola por tantos años. En aquel instante todo desapareció como un flash. Me pareció que mi alma trastabillaba. Volver a verlo fue el peor fraude a mi imaginación. Me alejé para siempre de la atadura del recuerdo y de los días pasados. El recuerdo se transformó en una mochila tirada al río. Tendría que buscar otro tiempo para rellenar. Me volqué a escribir para revistas y diarios. Era mi modo de renacer. Mis columnas o notas se centraron en temas ecológicos, la naturaleza, las fiestas de pueblo, el medio ambiente. No quería saber nada del alma, ni de derechos, ni de envidias, ni de luchas de poder y soberbia.

En esa ocasión, la revista me pidió cubrir una zona turística, notas sensibles además del paisaje. Era lo mío. Allá fuimos con el fotógrafo que conocía de notas anteriores y con el cual habíamos simpatizado. Río arriba, en absoluta soledad, la lancha

se hamaca en el vaivén provocado por el ritmo cadencioso del agua que susurra su canto único. Los sauces y otros árboles lamen con hojas y ramas descolgadas las orillas del ondulante del río que hoy está manso y yo también. Un hornero grita en lo alto indignado por nuestra intromisión. El ruido que hace el agua sobre el casco de la embarcación me adormece. El ala del sombrero cubre mis ojos protegiéndolos del sol. Me invade una modorra sensual. La caña descansa en la mano. Por momentos deslizo el sedal o vuelvo a ajustarlo. Espero el pique. Entonces estaré alerta de nuevo y las ganas de vencer al pobre pez. El cuerpo joven de mi fotógrafo se interpone entre el sol y yo, cubriéndome de una sombra de seda. Me retira con suavidad la caña de mi mano dejándola en el soporte. Todo es como un rito voluptuoso, un preámbulo al acto siguiente. La lancha es una cuna y por ahora quiero mecerme en ella. Algunos empezamos a pensar en la existencia cuando llegamos a un punto límite. El fotógrafo y la columnista. Qué vulgar para cualquiera, sin embargo era mi tiempo de jugar, de cambiar el escenario, el sentido del erotismo, del afecto y el delirio del amor esperado.

## EL OTRO LOBO

*En lugar de destruir su personalidad, sólo consiguieron enseñarlo a odiarse a sí mismo.*

El Lobo Estepario de Herman Hesse

Se paró en medio del campo. Le di arranque y nada. Levanté el capó y cuando vi cómo humeaba, comprendí. Sentí que mi vida también se detenía junto a aquellos hierros, a aquel motor que no quería más. Estábamos fundidos. Jamás había experimentado aquella sensación de vacío total, de no saber qué hacer. De cómo continuar. En ese instante, solo, detenido en el medio de la nada, sentado en la camioneta que también permanecía muda, la sensación fue nueva y extraña. Si me hubiesen arrancado algo de mi cuerpo no lo hubiera sentido. Floté en un retroceso de años, de imágenes, de preguntas. Quién era yo. Qué estaba haciendo allí en lugar de haber aceptado hacía una punta de años el empleo en la Municipalidad. Qué tranquilo estaría, próximo a jubilarme, con obra social y la “mar en coche”. Y casi seguro con Francisca.

Qué había hecho si no incursionar en pequeñas aventuras locales, convirtiendo el campo en jungla y a su fauna en terribles fieras. La sensación me indicó que mis ensueños y fantasías dominaron mi destino.

En aquella zona inhóspita, sin vehículo, eras un fantasma. El trabajo de recolección de huesos de animales, plumas de aves, de ñandúes, diseminadas en la región, piedras raras o con vetas de minerales que las hacían tan hermosas, era mi modo de subsistir. No todos podían hacer cientos de kilómetros, conocer las vastas tierras del sur, meterse hasta las rodillas en la nieve, sacar solo a la camioneta de un atascadero, soportar el sol del verano y los vientos. Ellos eran entidades vivas. Sonidos o murmullos o bramidos guiaban mi labor. Igual salía a la recolección aunque estuviera rabioso. Su furia levantaba la arena y la tierra. Era cuando encontraba los mejores huesos que hacían años escondían su final.

Todos me conocían: los capataces y los peones de estancias, los artesanos y hasta algunos turistas que volvían a veranear año tras año. Apenas veían asomar la trompa de la camioneta al final de la calle de los artesanos, se acercaban presurosos gritando: *¡Ahí viene el Ernesto, veamos qué trae!* Yo los dejaba que revolvieran la cajuela. El material que traía, se convertía en gargantillas, collares, pulseras, colgantes, llamadores de ángeles, lámparas y tantos objetos. Cuando recorría los stands sonreía orgulloso al ver mis “cosas” transformadas artísticamente. Aquello que me costaba esfuerzos, sufrimientos y soledades.

Miraba el campo esperando con violenta inquietud que alguien de recorrida a caballo o algún vehículo pasara por ese camino de tierra. Sería cuestión de esperar y no pensar. Me recosté en el asiento tratando de dormir, pero igual que en las noches, las imágenes pasaban vertiginosas. Allí no tenía las pastillas, ni nada que valiera la pena. Como yo.

Hacía rato que los hijos se habían ido a la Capital a estudiar. En los veranos venían a revivir los mejores años de la niñez. Visitaban a los amigos y se quedaban en la casa de la madre. Ella vivía con el profesorcito de historia, el que conoció después de la separación.

Con Francisca nos cruzábamos en el pueblo. Si estaba sola, se detenía a charlar un rato. Empezábamos hablando de los chicos y de sus vidas en Buenos Aires. Cuando levantaba la vista para mirarme sus ojos ya no eran tan grandes; habían perdido el asombro. Yo metía las manos en la campera para no tocarla. Las ponía rígidas. Si las aflojaba, se dedicarían a dibujar la línea de su rostro, a acariciar las mejillas, a meter los dedos en su pelo que ya no era renegrido. Era mejor amar que ser amado aún a costa del sufrimiento. La miraba y volvían a mi mente aquellas carreras por el campo solitario. Caímos en alguna duna o en algún matorral donde nuestros gemidos de placer se confundían con los graznidos de los pájaros, de las avutardas y de los mugidos de las vacas pastoreando.

Después vinieron los dos chicos y no pudo acompañarme más. La soledad la entrampó. Reproches, deudas, la distancia, lo de siempre. Yo me quedé con la camioneta, ella con la casa. Y adiós. Miré las estrellas. Se veían descolgadas, enormes. Me sentí pequeño ante tanta grandiosidad. Parecía que en aquellas horas me había achicado y que mis músculos y mis células, se asociaban ante la levedad del instante.

Tal vez elegí ese tipo de trabajo para escapar. No comprendía aún de qué, a pesar de que por entonces, Francisca, siempre me decía que sentía odio por mí mismo, que aquellas marchas de días por los campos eran mi propia huida. Yo me reía para adentro pensando que eran celos a mi libertad, a mi independencia. Ahora allí, solitario, aquella voz retumbó igual a un rugido. Las relaciones se van entramando como los actos de una pieza de teatro, todos actuamos según nuestra conveniencia. Dirigimos los ojos, el cuerpo, las manos, la voz, a fin de sacar provecho y para creer que tenemos razón.

Pasa el tiempo y de pronto hay una desconocida enfrente. Ya no sabés qué dicen sus silencios, ni comprendés esas actitudes malvadas. Y uno se pregunta si fue un equívoco al pensar que era la persona con quien quería compartir la vida, si realmente la conocía o si había tenido la mirada cubierta por velos. Un día me dijo que ya no gozaba porque sabía cuáles eran mis gestos rutinarios que aborrecía. Los años pulverizaron los mejores momentos y su desprecio se hizo profundo y finalmente sucumbí. Yo sangraba por los cuatro costados por tantos lonjazos. Me demoraba cada vez más en llegar, ya no pertenecía a nadie.

Agudicé mis oídos y mi mirada. Escuché un rumor sobre el camino, prendí la linterna. La sombra recortada contra la luna, me brindó un alivio radiante. Los círculos de acero que dominaban mi estómago, se aflojaron. Mi mente aturdida comenzó a aclararse. Todo sería distinto después que lograra sacar la camioneta de allí. Barajar y dar de nuevo. Le sonreí al cielo centelleante porque de alguna manera el que se acercaba me salvaría. Empecé a vislumbrar una nubecita de tierra e imaginé al jinete taloneando al caballo.

Hacía días que el capataz de la estancia San Carlos, andaba buscando unos novillos por lo que había extendido el área del recorrido. Cuando divisó la camioneta del Ernesto, imaginó que andaría buscando huesos. Al acercarse se espantó. El rostro apoyado sobre el volante, estaba arrugado como el de un anciano. Los ojos abiertos parecían mirar lo que no pudo ser. Los cabellos rubios, una continuidad de su pálida cara. Masa sanguinolenta ya seca, era su pecho tajeado. Unos moscardones se habían encarnizado con el cuerpo, que ni la presencia

del capataz logró espantar. Las huellas de las patas de un caballo, giraban alrededor de la camioneta.

A Francisca los golpes fuertes dados en la puerta no la sorprendieron. El policía le explicaba que ella y sus hijos eran los únicos parientes, que tenían que reconocer el cuerpo, retirar la camioneta y algunas pertenencias. Que dinero y documentos no se habían encontrado.

La luna sobre el lago quieto conmovió a Francisca una vez más. Había nacido en la zona, pero siempre miraba asombrada el misterio de aquellas aguas que a veces se levantaban agitadas como el mar, otras como esa noche: una taza de leche color porcelana. Miró los árboles milenarios, que habían crecido y se habían desarrollado por cientos de años y que semejaban siluetas de gigantes negros contra la luz nocturna. Los recuerdos se atropellaban. Francisca se preguntaba si fue cobarde. Pero supo que no. Los sueños diferentes, las prioridades con miradas distintas rompieron el amor. Como un florilegio miró los trozos de su pasado. El nunca resolvió los problemas ni los enfrentó. Esa fue la diferencia entre ellos, sus contrastes de cómo encarar la vida. Un escalofrío le erizó la piel, pensando que nunca más se cruzarían por las calles del pueblo. Que nunca más él la miraría como suplicando por un poco más. Ernesto murió con las botas puestas en medio del campo. Tal vez en su propia inquina por sí mismo decidió que así fuera y buscó esa cesación sin saberlo.

Numerosas piedras blancas con destellos de cuarzo se hallaban diseminadas por el suelo. Francisca tomó la más grande y la arrojó al lago imaginando que era la mochila del pasado que debía asesinar, igual que a Ernesto. Había soltado los garfios. Eligió otra piedra, aún más blanca y brillante. Antes de subir a la camioneta la guardó en el bolsillo de la campera. Sonriendo dio marcha al motor pensando en que el lunes podría cobrar el seguro dejado por él a su nombre.



## Dónde estás, José

*“El incidente sirve para recordarnos lo extraña que es toda existencia, en la que todo fluye como el agua que corre...”*  
Como el agua que Fluye. Marguerite Yourcenar

José se había casado hacía una punta de años. Fue una boda arreglada. El tenía treinta y dos y Elvira un poco más. Lo convencieron: se sentía solo. Los ojos enormes de seria mirada de la mujer lo habían atraído. Así llegó a la vida de ella, una ráfaga de destellos. Por aquel entonces era empleado contable en una farmacia, donde mucho más de eso no lograría.

Al comienzo se sentía feliz y excitado. Sentía gratitud por Elvira. Pensó que el amor vendría como un pájaro azul. Se había convertido en el secretario de la empresa de su mujer. Un habilidoso administrador que manejaba la bodega junto a su esposa. Ella, al principio, mostró ternura y algo de pasión. Con el transcurrir del tiempo el carácter se le agrió, revelando una personalidad desconocida, excesivamente maniática en el orden y el aseo sin soportar ver absolutamente nada fuera de lugar. La solariega y suntuosa casona heredada de abuelos y padres tenía semejanza de museo: porcelanas, jarrones, bibelots, delicados cristales, lámparas antiquísimas, cuadros de personas o paisajes desgastados por el tiempo, muebles de estilo francés que los viejos trajeron en mil novecientos ocho junto a las cepas originarias. Para Elvira era de gran comodidad vivir cerca de la bodega en una casa señorial en extremo cuidada y mantenida. Aquellas antiguas cepas se convirtieron en extensos viñedos que dieron sus frutos y ganancias. Luego fueron incrementadas por el único hijo, un hijo que después de estudiar enología viajó por Europa, donde conoció a la madre de Elvira. Allí se casaron. Regresaron a Mendoza expandiendo tierras y viñedos y la bendición de una sola hija. Cuando sobrevino aquel trágico accidente falleciendo los dos, Elvira tenía veinticinco años. Entonces cambió. Se convirtió en un ser responsable y hermético. Cuando decidió casarse con José, los que bien la conocían se asombraron sin entender la decisión.

Con los años aumentaron las fobias y el malhumor de la mujer. José tenía que sentarse casi en el aire para que no “arruinara” el terciopelo de las viejas sillas. Los finos manteles bordados, estaban cubiertos por un nylon frío y transparente. José intentaba mantener charlas, aunque fueran sobre la bodega, pero ella no daba pie. Sus relaciones sexuales se transformaron en mecánicas y torpes. En las pocas ocasiones que consentía ser besada, evitaba que la lengua jugara el ritmo del roce sensual y húmedo.

El televisor presidía la mesa de las comidas. Elvira con los ojos fijos en la pantalla, se llevaba la comida a la boca lentamente. Según las referencias o el programa, el tenedor o la cuchara quedaban suspendidos en el aire, sus ojos redondos, ahora sin arreglos, se abrían atentos. Tampoco en esa circunstancia se podía hablar. Él seguía con gran irritación aquellos movimientos sistemáticos. José se hartó de que su empeño por avivar el afecto quedara incinerado en la fogata de la soberbia y de la reprobación. Sus acciones eran

siempre criticadas. Elvira cada día aumentaba la actitud negativa con un humor de perros. No era capaz de vibrar en la misma frecuencia.

Cada hebra luminosa de la vida cotidiana va encontrando su lugar de manera sincrónica, para Elvira eso no existía. Él se cansó de luchar para lograr puentes entre ellos. Ahora sentía el cansancio de todas las distancias. No podía quedar vacío de esperanzas, de sueños. La mujer, ciega para ver latir las estrellas o soñar con locuras que despiertan risas y alegrías. Fue por entonces que decidió dormir en el otro cuarto y quedó así establecido sin decirse palabra alguna, con gran alivio de Elvira que en realidad hacía rato que deseaba aquel cambio y tal vez por un pequeño vestigio de antiguas costumbres no se lo había planteado.

José, con discreción, salía con mujeres que eran todo lo contrario de su esposa. Mujeres de muchas historias que a los ojos de él, eran un atractivo más. Ellas eran luz, risas, sexo, desorden, aromas ardientes en los cuerpos. Fue cuando comenzó a pensar en la libertad. Todos los días imaginaba de qué forma podría lograrlo. Si se iba, quedaría desprovisto de todo capital. No podía tirar la suma de lo logrado así como así.

La palabra libertad le producía un eco en su mente. Lo impulsaba a buscar una nueva forma de conducta tratando de atisbar la salida del laberinto tortuoso e insoportable en que se había convertido su vida. La libertad era la ausencia de cadenas. Cavilaba en aquellos hombres de una leyenda, encadenados dentro de una cueva, condenados a ver únicamente las sombras de lo que el espacio exterior les proyectaba, filosofando que esa era la única realidad: un mundo de oscuridades, un mundo de engarfiados en donde ellos mismos se ponían cadenas pensando que era la forma de vivir. En ese mundo habitaban, llorando y gimiendo, imaginando que alguien se compadeciera y les mostrara un camino diferente. Ese era el universo de Elvira del cual no tenía intención de cambiar. Él tenía que resolver cómo lograr algo tan disímil a los limitados propósitos de la insufrible mujer.

Se desvivía pensando en liberarse. Era una tarea ardua mantenerse firme en el objetivo que deseaba alcanzar. No quería más convencionalismos, ni códigos que la sociedad en la que se manejaba le imponía. Anhelaba decidir enojarse o mantenerse alegre o triste, sin importar lo que los otros, con sus prejuicios, le indicaran qué hacer. El desprecio y la altanería de la esposa, una humillación sin tregua. Cuando podía salir con alguna de “aquellas” mujeres, todo era aceptado sin preocupaciones ni preguntas.

Planificó hasta el último de los pormenores. Eran los días en que ella viajaba al exterior para la venta del vino de la bodega. El se quedaba; el negocio debía seguir organizado y prolijo, como ella ordenaba. Miró de nuevo el interior del maletín, no faltaba nada. El pasaje, la tarjeta del banco, el pasaporte, la agenda. El celular lo dejó en la mesita del hall de entrada, la chequera y una nota. Cerró con llave la puerta, la dejó debajo de la maceta y subió al taxi que estaba esperándolo en medio de una solitaria nocturnidad opaca.

La policía de investigaciones examinó toda la casa, hasta la última porción. Nunca pudieron saber quién fue el asesino o asesina de Elvira. La había encontrado la muchacha que hacía la limpieza lunes, miércoles y viernes. Ella sabía que la señora estaba de viaje. El señor, el viernes, le dijo: hasta el lunes. Era una mujer metódica, sacaba la llave que dejaban

debajo de la maceta pintada de amarillo, abría la puerta y la colocaba en el mueble del hall; después iba a la cocina, se ponía un delantal e iniciaba el aseo. Esa mañana, todo le pareció distinto. Sobre el mueble lo primero que vio fue el teléfono móvil del patrón, las llaves del auto, la chequera y la nota que leyó pensando que le dejaba indicaciones. Fue entonces que aspiró aquel olor nauseabundo que venía de la cocina. Al entrar creyó que Elvira estaba dormida. Su cabeza estaba apoyada sobre el primoroso mantel cubierto por un transparente vinilo. Los cabellos le tapaban la cara. Supuso que después de leer la nota que le había dejado el marido, donde le anunciaba que quería el divorcio, no habría dormido en toda la noche. La tocó para despertarla. Entendió con horror lo que pasaba. El brazo frío, rígido. El olor emanaba de ese cuerpo. Dominando el espanto llamó a los gritos a José. Nadie respondió. Hizo lo que siempre le recomendaba la señora Elvira: *usted por cualquier cosa extraña llame al 911.*

A José lo buscaron en todas partes, en todas las provincias, en todos los países limítrofes y en el universo entero. La cuenta del banco cerrada y sin saldo alguno.

Los esfuerzos de los investigadores fueron en vano. Los interrogantes, incalculables. Nadie había visto nada. Ni entrar a la señora, ni salir al señor. Por semanas los titulares de los diarios, las radios y los canales de televisión no hablaron de otra cosa. ¿Cuándo, cómo y por qué volvió antes Elvira? ¿Quién la asesinó? ¿Por qué dejó José una nota pidiendo el divorcio? Entonces, conjeturaban algunos, él no podía ser el matador. Muchos discurrieron que era un crimen por encargo. El estrangulamiento según los forenses, fue rápido y certero. El exquisito mantel bordado a mano en las Islas Canarias había sido cortado minuciosamente en tiras, una de ellas fue la herramienta usada para ahorcarla.

Han pasado varios años. Aún hoy algunos preguntan ¿Dónde está José?

## COMO SIEMPRE

Como siempre el mate tibio en mi mano, me producía la evocación de la tierra colorada y el sacrificio del obreraje. El mate pasaba de su boca a la mía, nos uníamos en ese instante por la bombilla cargada de sabores agridulces y perfumados. Siempre me daba la sensación de algo propio, de raíces envolventes. Tomaba ella, después me lo pasaba, yo lo recargaba con un poco de yerba y una pizca de azúcar.

Nos pusimos a hablar justamente de raíces, del espectáculo artístico que había visto la noche anterior referido a lo autóctono, de la presencia de tantas personas con origen indígena que vivían en la ciudad y que habían colmado el teatro. La conversación se profundizó en lo histórico y en la globalización, que rompía con la poca cultura propia que teníamos, invadiendo con ritos y costumbres ajenas. Me encantaba charlar así con ella. En ese momento entró en la cocina Francisco recién salido del baño, perfumado y con el cabello húmedo. Sentí que el odio por él estallaba en mí. Ella saltó como un resorte. Le exprimió las naranjas, le sirvió café, hizo tostadas, atendiéndolo solícita, con saltos cortos a su alrededor y una charla que semejaba un cacareo. Nuestra conversación se truncó, como siempre. Revolví ideas en mi cerebro, busqué retornar al tema, ella sólo tenía oídos para ese hombre. Francisco después de desayunar se fue, saludándome. Ella lo persiguió hasta la puerta, parlotando, preguntándole qué quería para el almuerzo, qué iban hacer a la noche, que esto, que lo otro. Cuando el ruido del motor ya no se escuchaba, recién regresó a la cocina.

*-Siempre igual, vos. Dejás todo por la mitad, especialmente en lo que a mí me atañe. No te importa lo mío, sólo el mierda ese cuenta. Mis ideas, mis proyectos no te interesan.*

*- Es que él se va apurado a trabajar, tengo que ser considerada. En cambio vos como no tenés trabajo, no tenés nada que hacer, sobra el tiempo para charlas.*

La rabia aumentó desmesurada. Yo mismo desconocí semejante cólera.

*-Qué culpa tengo yo de no conseguir trabajo. O te parece poco todo lo que lucho por agenciar algo, carajo.*

Estalló dentro de mí un furor incontrolable. Esa voz dulzona tratando de hacerse solidaria, sin embargo con un fondo de reproches contenidos. Sentí que mi mano se levantaba como si no fuese mía. Pegué un feroz puñetazo en la mesa. La taza y el plato del desayuno de Francisco cayeron al suelo, reventados.

*-Estoy harto de que no me des pelota, siempre la cortesía es para los otros, yo nunca cuento para nada, grité desesperado.*

Su cara asombrada aumentó mi indignación. Quería que discutiera, que me diera la razón, que reconociera por fin, que yo no le importaba. Mis gritos y mi dolor eran estallidos habituales entre nosotros, pero en ese momento sentí algo distinto. Imaginé los comentarios entre ellos a la noche, cuando se acostaran, entrelazando sus piernas, acariciándose. Esas

imágenes pasaban por mi cabeza en flashes vertiginosos, aumentando mi rabia. Siempre agachaba la cabeza para no enfrentarme, pero esta vez no lo hizo, se rebeló.

*-Estás chiflado, salí de acá, no te soporto más.*

La voz chillona gritando retumbó en mi cabeza. No me quiere. No me quiere. La furia se transformó en terror. Un vacío indescriptible penetró en mí dejándome desolado. Por fin la voz destemplada se calló y dejé de taparme los oídos.

Sobre la mesa de la cocina descansa grotesca la cabeza doblada en forma ridícula. Siento mis manos pegajosas. Las miro. Están sucias de rojo. No comprendo. Toco la cabeza de mi madre, ella se derrite en el suelo, desplomándose. De la garganta sobresale el cuchillo de cocina, que no está, como siempre, en el soporte de la pared.

## EL MACHETE DE RAMBO

*Primer premio Certámen Literario Club Mendoza de Regatas (1990)*

*“Un niño temeroso de perderlo todo, había hallado el medio de atarme a él para siempre.” Marguerite Yourcenar. “Memorias de Adriano”*

En cuanto llegue a casa lo llamaré, le diré que venga, que se de una vuelta. Ni sabe cómo estamos. Se lo comento a mamá. Ella me dice que le diga que tengo tos, también me sugiere que descolguemos el teléfono, así se preocupa y viene a ver qué pasa que no contestamos. Yo prefiero esperar. Al final fue mamá la que llamó para invitarlo a cenar, pero como siempre está ocupado. Mejor me voy al patio a jugar con Toby, desesperado por correr y brincar para que le tire palos; después me los trae moviendo su cola oscura. Desde el patio veo a mamá por la ventana de la cocina, pelando papas con mirada ausente. Seguro está pensando en aquel momento en que papá le dijo que se iba, que alquilaría un departamento, que necesitaba estar solo para no sucumbir, que esa asfixia de pájaro hundido en el barro era intolerable. Mamá dijo que cómo es posible, que veinte años de matrimonio para ella tan felices han sido eso: felices para ella. Lo terrible es que ni se había dado cuenta de nada, enroscada en la neblina de tanto amor por él, intacto como el primer día. Ahora se siente basura inútil, un desperdicio que hay que tirar. Yo respiro su propia desdicha y siento súbitos dolores de estómago; un miedo raro, sin saber por qué. Además esas confidencias me hacen sentir incómodo, igual que aquel día, en que, sin querer la sorprendí desnuda en el baño.

La semana pasada me llevó al alergista. El médico le dijo que algo pasaba en la familia, que mi tos era psicológica. Mamá bajó la cabeza sin contestar.

Ya no los escucho últimamente, sólo escucho las órdenes de Rambo, él si sabe salir de las situaciones más difíciles.

Creo que papá ese día reventó, o tal vez lo pensaba de antes y no sabía cómo comunicarnos que se iba. Y nosotros aquí sin darnos cuenta. Observo a mamá y veo las lágrimas que corren por su cara pálida, ella dice que es la cebolla que está cortando. Yo sé que es el no poder llevarle el desayuno a la cama, lavarle las camisas y todo lo que él necesita a cualquier hora.

Hasta el patio me llega el repugnante olor del guiso de papas, lo hace porque es el predilecto de papá. Le aviso que hoy es jueves y que hasta el sábado él no viene. *Es por si acaso*, me contesta. La miro con mis ojos cubiertos por el humo de guisos indeseados y sigo jugando con mi perro. Le comento a Toby que hay que obedecer las órdenes que da Rambo; parece escucharlas también porque salta en forma más alocada. No sé si ellos lo saben, pero sin mi padre todo es insoportable, me siento como Rambo dando machetazos en la jungla porque quieren atraparlo.

Ahora es aburrido irse a dormir y que papá no me abrigue, sofocándome en broma con la frazada. Es difícil levantarse y que no me diga todas las mañanas que me cepille bien los dientes. Los sábados viene, hace un asado para los tres, pero ya no es divertido como antes, cuando decíamos malas palabras en secreto, nos reíamos a escondidas de mamá, que ni se daba cuenta. Ya no es el mismo sol, ni las mismas estrellas. Ahora Rambo sigue solo, luchando para poder escapar. Estoy harto de tantos no. Que no tiene tiempo, que no puede ir a buscarme a la escuela, que no llamemos a la oficina, que no esto y lo otro. Todo se desmorona igual que cuando apilo mis juguetes y se caen semejando un terremoto. El tiempo ahora es tan largo. Mamá vive distraída. Dice que me va a llevar al psicólogo, que estoy huraño, que cada día hablo menos, que no entiende por qué no quiero jugar con los otros chicos.

Hoy es sábado. Pronto llegará y haremos el asado juntos. La noticia la dio después de terminado el almuerzo. Yo estaba terminando el flan con dulce de leche y no pude seguir tragando cuando él nos comunicó que lo trasladaban a la sucursal del Norte, que no podía llevarnos ahora, después se vería. Sentí que mis once años son una vejez para tanta soledad futura. Los miré. Parecían cuadros con ojos en relieve, ni notaron cuando me fui al patio incapaz de escuchar las súplicas humillantes de mi madre, su llanto lastimero pidiéndole que nos llevara con él. Es tan triste saber que él jamás vendrá a buscarnos. Estoy espantado porque ella no se da cuenta y sigue ciega aferrada de un gancho suspendido en el humo de un guiso de papas. Rambo se aguanta lo peor. Yo no quería llorar, sentí que mi cara se encogía. Les voy a decir que regalen mi caja de herramientas, sin papá que voy a arreglar yo solo. A ella no la voy a querer más; es por su culpa él se va. Las órdenes de Rambo se deben cumplir de inmediato para poder salvarse y no caer prisionero. Yo sé lo que quiere, yo escucho su voz.

Miro las brasas que aún humean del fuego del asado, se parecen al fuego de la ametralladora de Rambo. Papá ha dejado todo abandonado: el salero, el cuchillo, la tabla de la carne. Oigo que me llama para despedirse, pero no quiero entrar. Ya sé que me va a decir: que cuando vuelva me llevará al zoológico, que hagamos planes para entonces, que me traerá regalos. Y para que los quiero si él no está. Queda tan poco tiempo...

Atiendo la voz de Rambo. Llegó la hora de cumplir las órdenes.

Los ojos de los padres son más que un relieve mirando el boquete húmedo de rojo. El filoso cuchillo del asado es una risa de plata en la garganta del hijo. Abruptamente los restos de aquel fuego se consumen. Un suave viento levanta las cenizas. El perro gime. Sabe que nunca más tendrá con quien jugar.

## EL LENGUAJE FINAL

*“...minuciosamente se odió; odió su identidad, sus necesidades corporales, su humillación...”*  
*“Sufrió con estoicismo las curaciones, que eran muy dolorosas...”*

**El Sur de Jorge. L. Borges**

Hermana mía, que quieta estás. Pareces la Dama de las Camelias, novela que tanto te gusta. Te hablo, porque sé que puedes oírme. Algunos que volvieron del coma dicen no recordar, pero intuyo que me escuchas aunque ni siquiera parpadees.

Otro día más y te sigo hablando y continúo a tu lado. Formo un puente de palabras, donde en algún momento, tal vez, tus ojos se crucen con los míos.

Siempre me hablabas sobre nuestra infancia, te encantaba evocar aquellos días. Incluso cuando lo hacías, retornabas a ser la niña alocada, traviesa y hasta *machona*, como decían las vecinas, con su ceño fruncido. Qué risa nos daba, y a propósito hacíamos cosas que sólo les permitían a los varones: subirnos a los árboles, hacer piruetas en la bicicleta y tantas simplezas más.

Quiero recordarte el año cincuenta: “Año del Libertador General San Martín”. Me harté de ponerlo en todas las hojas de los cuadernos de la escuela. Yo iba a cuarto y tú a sexto. Era una disposición nacional. Había que cumplirla. Entonces teníamos una nación patriótica de verdad y los gobernantes tenían ideales y pensaban en el pueblo y no en ellos individualmente.

Qué dirían los chicos de ahora: llevábamos pluma y tintero. De regreso a casa, mamá gritaba porque no podía sacar las manchas de tinta del bolsillo del delantal y de nuestros dedos. Todos los días la misma recomendación: *tengan cuidado, ni la lavandina saca esas manchas*.

Te acuerdas de aquellas revistas que esperábamos ansiosas. Las traía el mismo diario hasta nuestra casa. Ya no existen más ninguna de ellas. Y de nuestro afán de leerlas antes que mamá. Ella opinaba que había notas que no debíamos leer.

Nos escondíamos en la despensa, ese lugar especial, dónde la familia guardaba los frascos de dulces, jaleas, escabeches y las alineadas conservas de tomates, pimientos, cebollas y berenjenas. Parecía el jardín de un templo hindú.

Te susurro en tu oído: ¿te acuerdas de la enciclopedia “Tesoro de la Juventud”? Las láminas de irresistibles lugares, sus paisajes, su historia. Nos hacía soñar con viajes inimaginables. Mamá la compró, porque como su título aludía, su concepto se refería a los bienes del espíritu, a la riqueza del saber humano y los jóvenes éramos los destinatarios. Allí podíamos encontrar además, el sabor encantado de las narraciones populares, las maravillas del mundo, los adelantos de la ciencia, biografías de famosos hombres y mujeres. Tantos interrogantes contestados. Hasta lecciones de francés e inglés, poesías, costumbres exóticas. Que atractivo era. Tal vez aún ande por ahí, en algún cajón olvidado, con las páginas amarillentas o roídas por lauchas intelectuales.

Yo me sumergía en la lectura y hasta que mamá no me daba un tirón a mis trenzas, no me daba cuenta que me estaba llamando. Mi trono era arriba de la bolsa de azúcar o de nueces, que también se guardaban en ese cuartito desbordado de riquezas de la tierra.



Te acuerdas cuando papá compraba las naranjas al verdulero que pasaba con su carro tirado por un caballo, cargado de frutas y verduras recién cosechadas. Esperábamos la siesta calurosa para sentarnos a la orilla de la acequia que bordeaba la acera de casa. El agua color canela corría cantarina y metíamos las piernas para refrescarnos mientras chupábamos la fruta. El jugo dejaba manchas de soles bermejos en nuestros rostros infantiles.

Y las vacaciones. Éramos ejércitos anhelantes disfrutando la larga travesía hasta San Carlos, a cien kilómetros de nuestra casa en la ciudad. Allí el abuelo tenía la finca. En cuanto bajábamos del Ford 40, el viejo iniciaba las recomendaciones: *no corten sandías verdes, no se suban a los árboles, no les saquen los huevos a las gallinas que están "echadas", no persigan a los patos, cuidado cuando anden a caballo*. Pobre, no entendía a esos mocosos modernos y atrevidos. Nosotros no lo oíamos, ansiosos por arremeter con todo lo que él no quería. Qué importaban sus rezongos. Lo hacía para cuidarnos y para que no cometiéramos daños inútiles.

También teníamos nuestros amigos de la zona. Con ellos andábamos a caballo, saltábamos alambradas, nos bañábamos en el arroyo y disfrutábamos de las fogatas nocturnas que hacían los peones del abuelo. Ellos tenían sonrisas disimuladas, mientras nos aterrorizaban con relatos de hombres de dos cabezas y animales extraños que aparecían sin saber cuándo, ni dónde.

Nos quedábamos más de un mes. Volvíamos con las piernas dibujadas con arañazos de los yuyos espinosos y de las cortaderas que brotaban en las orillas de los arroyos.

Mamá sin verificar siquiera, cuando volvíamos, pasaba el peine fino por nuestras cabezas sin lástima.

Por aquel entonces se apostaba enfrente de casa a la hora solitaria de la siesta un mendigo al que llamábamos "el hombre oscuro". Nosotras mirábamos como se masturbaba, ocultas por los visillos de la ventana del living que, como telones de actos prohibidos, eran testigos del despertar del sexo.

Después vino la época de las "pasaditas" por la calle, frente a nuestra casa, de los chicos que nos hacían la corte en bicicleta. Los mirábamos con sonrisas cómplices. ¿Te acuerdas cuando Marcos se cayó de cabeza por mirarme? Con nuestras risas burlonas y las de nuestras amigas se terminó en ese segundo el primer enamoramiento.

Y llegó el "crecimiento", el desarrollo, como decían las señoras. Hablar a escondidas de papá y los hermanos porque nos daba terrible vergüenza. La ignorancia de no saber nada del sexo, porque mamá no hablaba de "esas" cosas. Así los tabúes masacraron los orgasmos del futuro.

Y nos enamoramos y cómo: bailando *cheeck to cheeck* al son de Frank Sinatra, los Plateros, Mario Clavel; haciendo acrobacias bailables con Bill Halley y Elvis Priestley.

Después entré en el laberinto: boda, hijos, trabajo, divorcio, temores. Tú no. Te quedaste en casa sintiendo que así la vida no te atraparía. Te convertiste en la tía de las sonrisas con gusto a caramelo y oídos inundados de confidencias y demandas de mis hijos: *Tía, cóseme este botón. Llego tarde porque me acompaña la tía. Tía, hacé flan con dulce de leche. Tía, tía...* Eras un robot con alma de madre incansable. De solo mirarte quedaba agotada. Si hace tan poco tiempo cosiste las perlas del vestido de mi hija para su boda. Ahora te veo tan quieta. Enchufada a mil cables. Los ojos fijos de escafandra me aterran. Tu boca abierta ya no chorrea jugo de naranjas. Es una baba inextinguible que moja la sábana, la cama... a mí.

Te sigo hablando por si acaso.

Como siempre fue sorpresivo el ataque, agazapado y devorador. Los médicos me dicen que es inútil que te hable, que no oyes. Nadie puede explicarme por qué entraste en

esa urna sin recuerdos en que se ha convertido tu cerebro. Desconozco tus senderos actuales, los de tu mente callada y oscurecida. Mientras te cuido, observo las sondas con líquidos diferentes, formando el circuito de tu sangre y de tu débil aliento. Este abismo, ya irremediable de prolongar eternamente tu invierno. Con tu motor de cohete, se que odiarías verte así. Te desmayarías de vergüenza si te enteraras que observamos esta soledad pétrea en que te has convertido.

No tengo la llave para entrar a tu mundo. Sólo sé que ahora en el lugar de tus alas de ángel, tienes cables para mantenerte. Te sigo hablando de los recuerdos compartidos, pero tus ojos y tu boca siguen desesperadamente inmóviles. Dame una pista. Es insoportable ver cómo lavan tu cuerpo desnudo y te cambian pañales a los que retornaste sin saberlo. Tu pudor ancestral, tu soltería antigua, ahora es avasallada por jabones y antisépticos. Para ti son ametralladoras arrasándote.

Pero, me pregunto: hasta dónde no sabes, cómo sé que no escuchas, cómo me entero si deseas que te arranque de ésta neblina eternal y te guarde ya lejos de estos, que parecen buitres, desgarrándote. ¿Qué hago con esta humillación que tal vez, sufres?

Te conozco tanto. No tolerarías que sigan descubriendo tu sexo virgen para asear el descontrol de tus brechas. Tendrías un rubor de siglos en tu rostro, imposible de borrar.

Si me dieras una sola señal. Si es inapelable que mi mano sea guiada para cortar las sondas, lo haré. Forjarías lo mismo por mí, sin titubear, hermana. Como lo que lograste y que yo no podía. Mensajera incesante, cubriendo mis propios horarios para aliviar mi destino. Ahora no sé si quieres seguir balanceándote de este trapecio sin red.

Pero ¿qué sucede? ¿Qué es ese sudor de perlas en tu rostro? Me doy cuenta que es el lenguaje final, el que marca tu deseo.

Son tan insólitas esas lágrimas redondas por tus mejillas de nácar.

Con mis labios seco tu llanto, mientras mis manos retiran las sondas por el final.

## QUE BIEN QUE NOS LLEVAMOS ¿VERDAD?

*"Nuestra sociedad, como muchas otras sociedades, tiene la característica de ser androcéntrica, esto quiere decir que toma al hombre, como medida para todas las cosas, como prototipo del ser humano y todo lo creado socialmente, responde a las necesidades del varón, es decir, todo gira a su alrededor"*

Entré a la casa. Me exasperaba encontrarlo siempre en el mismo lugar, balanceando la silla, sentado frente al televisor, con ese horrible pantalón de jean deshilachado cortado a la altura de las rodillas, la botella de cerveza y pelando maníes que llevaba de un empujón a la boca.

*Te demoraste*, dijo, soplando la pelusa rojiza de los maníes que se desparramaron sobre la mesa. Estaba sin trabajo. Pero esto hacía tiempo que no le preocupaba.

Sin esperar nada, se levantó, me rozó con sus piernas velludas, tocó mis pechos, bajó la mano por los muslos, la pasó por la espalda, pellizcó las nalgas. Puso esa mirada: *sé exactamente lo que necesitas*.

Siempre dice lo mismo. Arrasa ritualmente con las mismas cosas. Me empujó a la cama. Los dedos ásperos que pinchan, subieron apurados la falda, bajaron la tanga, recorrieron lo conocido. Comencé el jadeo. Cerré los ojos para acelerar su excitación y dominar la mueca de derrota. No sabía si fingir un poco más. No estaba de ánimo para seguir la farsa habitual.

Traía tarea a casa para poner al día el archivo de la oficina, siempre lo hago. El sabe que hay que cuidar mi puesto ya que la única que trabaja soy yo. Es importante respetar esto. Por lo tanto se apura, resopla ruidoso, me inunda y sus ojos se blanquean semejando una vaca. Se relaja, enciende un cigarrillo, de los míos, se instala otra vez frente al televisor y convencido dice: *Qué bien que nos llevamos ¿verdad?*

## BAJAR EL VOLUMEN

Recostado en la cama, con las manos debajo de la cabeza, escucha el nuevo compact que le prestó Eugenio. Pita fuerte y seguido. Burbujas aceradas suben hacia el techo, formando nubes pequeñas que tratan de escapar, sin lograrlo. Gago mantiene cerradas la ventana y la puerta del cuarto.

La letra de aquella canción habla de soledades, de atropellos, de abuso de poder, de policías torturadores, de niños sin niñez.

*viví tu vida, hoy*

*no hay retorno, no hay canción*

*sólo un grito ácido, no hay vida anterior*

*nadie escucha, no hay canción*

*viví tu vida, hoy*

Su hermana golpea la puerta, gritando que baje el volumen. *Salí de la pieza. Ponete a estudiar.* Gago sube un poco más la música. *Ordená ese cuarto.* Se estremecen los vidrios de la ventana. *Sos un vago.* Se estremecen sus oídos. *Ventilá la habitación.*

La casa retumba sonora, aturdida.

Desde que el padre murió, hace tanto ya, todo cambió. Su madre entonces, evadió las preguntas de un chico que no entendía la ausencia interminable, los grises de la tarde, la pelota abandonada, los domingos sin esa mano fuerte que lo llevaba a pasear. Poco a poco dejó de preguntar. No soportaba el suspiro y *si tu padre viviera, te lo podría explicar.* Así creció. Le gusta la calle. Los amigos. Ellos sienten como él, aunque los padres estén vivos. A veces encuentran argumentos, disparan ideas, suposiciones. Intercambian CD. Tocan guitarra. Se reúnen en el kiosco del barrio al caer la tarde, con su luz cómplice desdibuja las miradas y promete misterios. El borde de la acequia, es un buen lugar para sentarse y charlar. El agua estancada, con su olor azufrado no es molestia. Las charlas se centran en las críticas a la familia.

*Ellos te miran con lástima... No sé por qué sos así. Los viejos del 60, olvidaron todo.* Los triunfos son los otros hijos. *Y eso que los criamos a todos igual. Es tan inteligente tu hermano. Qué maduro es para hablar. Estudia todo el día.* Para qué preocuparse, igual todo está podrido, como el agua de la acequia. Igual terminás adentro de una caja.

Cervezas. Puchos. Un ardor salvaje entre las piernas y en el medio del pecho. Hablar de las chicas produce risas desacompasadas se oyen en toda la cuadra escandalizando al barrio.

La casa es gris y apagada. Excepto su habitación. El mismo la pintó. Tiene la música que le gusta, los posters que cubren hasta el techo, la gata durmiendo arriba de la cama y cajas de cartón apiladas con fotos del padre, del viaje de egresados de la primaria y de un picnic del año pasado. No tiene en cuenta a nadie de su familia. Son solo sombras convivientes.

Está harto. *Baja el volumen.* Harto. *Estudiá.* Harto. *Cortate el pelo.* Harto. *Bañate.* Harto. *No usés aro, pareces marica.* Harto. No entienden nada. La vibración de la música lo envía a un túnel sonoro, donde los sentidos son diferentes. Las voces son otras. Los golpes en la puerta empezaron de nuevo. Su madre, seguro, le habrá contado a su hermana lo del tatuaje. Ella le grita que salga.

*Por qué te hiciste eso. Así te gastás la plata que te da mamá.*

Ella no entiende que es lo único que pudo elegir en su cuerpo. No entiende que hay un progreso a su alrededor. Es una valentía hacerlo y tener la libertad de elegir. A su hermana le asusta lo diferente. Se ha tatuado algo distinto de los otros. Alrededor de cada brazo, envolviéndolos, una cadena formada por cuadrados superpuestos de colores. Todo el grupo se hizo algún tatuaje. Se sienten identificados entre sí. Eugenio un dragón, expulsando fuego por su boca. Roberto una mariposa. Luis una calavera. Cuando su madre lo vio, espantada, le preguntó si eso salía. Dijo que era para siempre, por eso le gustó. Cajas rodeando eternamente sus brazos. Los golpes en la puerta, empezaron como siempre. Pero algo distinto en la voz eléctrica de su hermana le hizo abrir. *Eugenio se mató.*

Siente que está parado en el medio de la nada. El dolor de mierda de nuevo, insostenible. Una garra asentada adentro. Se tira en la cama. *Al final, Loco, lo hiciste.* Sube el volumen del compact de Eugenio. Nadie le dirá hoy que el sonido está fuerte. Podrá escucharlo todo el tiempo que quiera. De un manotón tira las lágrimas de su cara y sube más el volumen.

## **BACK – STAGE**

*El viento tiene que salir desde más atrás para que se sienta real*, gritó el director, mientras el sonidista aleja el parlante tratando de lograr lo que el viejo le repite una y mil veces.

Sentado en la desvencijada butaca del antiguo cine del pueblo, no hace más que dar y dar órdenes. Nada lo conforma. Habitado a los teatritos de Buenos Aires rellenos con secretos, los evoca con nostalgia dolorosa. Hace tiempo que nadie cree en él.

Se levanta furioso, sube los peldaños enceguecido por la rabia que marca aún más su patético andar. Va detrás del escenario para gritarle de nuevo al hombre.

*-El viento para que sea real, debe salir desde más atrás, ¿entiende?-*

Trata de arrastrar él solo, la plataforma que sostiene el parlante, pero todo se le viene abajo. En la caída engancha el desgastado telón de terciopelo y el pesado caño de hierro que lo sostenía. Lo último que escucha es el iracundo viento que sobre el pueblo se ha levantado y bulliciosos aplausos de espectadores soñados.

## CADA COSA EN SU LUGAR

Yo no sé por qué la gente se trastorna de esa manera, cuando las cosas no están en su lugar. Marisa grita que quien le ha revuelto los libros, que no encuentra el de historia y tiene que estudiar. Mamá busca por todos lados, pero tampoco lo encuentra. Me escondo en el cuarto de la empleada que por supuesto no tiene empleada. Doy vueltas las páginas del libro de historia, asombrada de la ropa rara que llevaban esas personas. Sombreros grandes, uniformes con adornos, mujeres de caras chatas, con rulos en la frente, asomando grandes pechos por los escotes y esos ojos que miran desde las imágenes, fríos, inalterables. Qué vestidos terribles, largos, o muy lisos o con muchos vuelos, cerrados, desbordantes de puntillas. Debajo de algunas fotos decía: Josefina de Bonaparte o Reina Victoria, General no sé cuántos, Emperador tal.

Mis siete años y mi gran curiosidad, hace que tome los libros de mi hermana. Ella tiene dieciséis, se viste con pantalones que muestran el inicio de la cola y la barriga. Mucho más linda que la ropa de las señoras de los libros. Cuando me canso de hojear las páginas, lo vuelvo a su sitio. Soy un fantasma travieso. Mi hermana es la mayor, después viene Nicolás, Roberto, Juan y yo. Con Juan somos compinches, me lleva sólo dos años. Nos divertimos mucho escondiendo las cosas de nuestros hermanos, que se vuelven locos para encontrarlas.

La que trabaja es mamá. A papá lo echaron un día y nunca más consiguió trabajo. Claro, si ya tiene como cuarenta y tantos años. Es viejo. Poco a poco se terminó un dinero que le dieron. Mamá suspira y dice que antes todo encajaba bien, cada cosa en su lugar. Compartían los gastos, las deudas, salíamos de vacaciones, nos compraban tantas cosas. Pero papá se puso triste. Se sienta todo el día frente al televisor. Fuma de tal manera que no se puede respirar. Parece que nada le interesa. Ya no quiere jugar conmigo y me dice que salga de su lado con voz de monstruo. Mamá le ordena que haga la comida, que nos cuide. Ella está en el trabajo todo el día. Llama a casa cuando puede para saber que qué estamos haciendo. Jugámos en la calle y volvemos a cualquier hora. Total, papá ni se da cuenta. Cuando llega mamá empieza a buscarnos por los vecinos, en la placita. En el baldío no. Prohibidísimo. Se vuelve loca cuando no nos ubica y se pelea con papá. *Lo único que te pido es que cuidés a los chicos, que sepas dónde están, mirá si se roban a alguno.* Se retuerce los dedos, arruga la frente, dice que tiene un nudo en el estómago, que no puede comer, llama por teléfono a todo el barrio, hasta que nos ubica en la casa de alguien o jugando en las calles cercanas.

Cuando nos ve a todos adentro de la casa, resopla. En realidad se la pasa resoplando, y dice: *qué alivio, cada cosa en su lugar.* Yo no entiendo lo que dice, pero como se pone contenta, también sonrío.

Papá cuando está animoso, hace proyectos para irse del país, dice que después, cuando le vaya bien, vendrá a buscarnos. Eso me da pesadillas. Y si no vuelve, y si se olvida de nosotros, y si encuentra otra familia, y si no veo más a los abuelos que los requiero y si no me dejan que me lleve al Boby y a mis Barbies y si no veo más a mis amigos del barrio. Y

si no puedo ir más a lo de Don José a buscar los caramelos que me gustan tanto. Los tendrán allá? Yo no lo sé y eso me hace llorar.

En mis sueños entro a un cuarto dónde todo está patas para arriba, revuelto, nada está en su lugar y de pronto se oscurece y todo lo que hay en él se me viene encima, me tapa, me ahoga. Yo grito porque no veo. No sé por dónde escapar. Me despierto. A veces viene papá, a veces mamá. Me calman y me duermo de nuevo.

Hoy cuando llegó mamá del trabajo preguntó como siempre por todos, pero Juan no apareció. Papá había ido hasta el kiosco con él, se entretuvo charlando con el dueño, y volvió solo a casa. Mamá le preguntó con rabia por mi hermano. *No sé, creí que se había venido.* Lo buscaron por todo el barrio, en el baldío también. Vino la policía. Dieron aviso a la televisión. Yo veía la cara de mi hermano en la tele y me reía. *Qué lindo que sale el Juan en la televisión.* Apareció al otro día, se había ido con unos chicos a jugar más allá de las vías y se perdió. Caminó toda la noche, hasta que lo encontró una señora que lo llevó a la comisaría. Los retaron a mis padres, les dijeron que tuvieron suerte, que podía haber sucedido que nunca más vieran a mi hermano, que tenían que cuidarnos a todos con responsabilidad y otras palabras difíciles, que vigilaran en dónde estábamos, que algún día iban a lamentar una desgracia. Mamá empezó a llorar y no paró más.

Cuando llegaron a casa, seguía llorando abrazada a mi hermano, mientras miraba con cara enojada a mi papá que se veía como más petiso, mientras decía a cada rato: *Pobrecito, pobrecito, si por lo menos cada cosa estuviese en su lugar.*

Hoy papá llegó con la noticia de que se iba a Miami. Se va mañana, lo dijo así como si se fuera al almacén de la esquina, pero cuando me mostró el mapa y vi que lejos está, comprendí a mamá, a Marisa y a mis hermanos. Ahora sé qué lo que sucede cuando cada cosa no está en su lugar.



## UNA VOZ

Miró por la mirilla. No había nadie. Se acercó a la ventana, corrió la cortina y tampoco había nadie. El jardín se veía envuelto en una soledad de rocío. Los árboles pertrechados en filas silenciosas, movían sus ramas diciendo no, que allí no había nadie. Se desconcertó tan solo un poco, porque sabía que la voz estaba. Entonces, la buscó dentro de la casa. Tenía que identificarla. Subió al piso alto. La buscó en las habitaciones. Subió al atillo tan común en las casas norteamericanas, pero no la encontró. Bajó a la cocina y la buscó. La buscó en el baño, en el garaje, en el sótano. El rumor persistía. Abrió los cajones de los muebles, miró los estantes. De pronto tropezó con la encomienda aún sin abrir. El sonido venía de allí. Empezó a romper los sellos, las cintas pegajosas, la etiqueta con su nombre.

Entonces apareció. Y los recuerdos. Se acordó de los amaneceres, de las noches de verano, de la cordillera, de las calles de tierra del campo y de algunos barrios, del humo de las hojas quemadas, del hielo del invierno en las acequias, del vino granate, su intensidad aromática, frutada, la belleza del oscuro color; de la estupidez provinciana, de las erres arrastradas, de las elles sin ye, de la fiesta de la vendimia. De los eternos “parados” en las esquinas del centro o frente a los cafés jurando que conocían a todas las mujeres que pasaban.

Hacía muchos años que se había ido, que se había salvado asombrado de su destino, de la vida de intersecciones fortuitas que permitieron que no desapareciera. No quiso volver en el ochenta y tres porque en aquel entonces, aún le dolían las cicatrices de las quemaduras, del agua helada, de la picana, de las otras torturas, de los que ya no estaban y de los que no se dieron cuenta. Y ahora este paquete abierto con las cenizas, una carta y fotos inútiles. Comprendió que no debía buscar más. El tiempo es una lápida y él ya lo había enterrado. Miró otra vez por la ventana, el jardín, la entrada a la casa y las casas de los vecinos; el ladrido de un perro y el rumor de la fuente.

La voz se aquietó. En ese momento hubiese querido volver a oírla, pero supo que no volvería a escucharla jamás, que solo quedarían esas cenizas, esa carta, las fotos, un paquete abierto con tajos, sin recuerdos, aceptando que debía vivir conteniendo el aliento, sellando el pasado.

Empujó la puerta y salió. Los pájaros chillaban volviendo a los árboles, nidos nocturnos. Desde el cielo oscurecido por la noche, una luz destellante le anunció que él también tenía un tiempo con futuro.

## UN OJO QUE MIRA

*“Tú eres quien va a decidir el curso de los acontecimientos” Paul Auster “Un Hombre en la Oscuridad”*

Como de costumbre se observa delante del espejo. Es un pájaro. Ojos inquietos. Boca pequeña, nariz alargada. Los brazos, alas desplumadas. El cuerpo, encorvado y delgado. Es un pájaro en quietud, que se refleja en el cristal. El quiere traspasarlo con la mirada. Ese deseo de mirarse y ser otro, lo debilitan. Siempre sumido en una tenebrosa angustia. Fue solitario desde siempre. Su familia no entendía por qué era tan callado. Desde niño prefería recluirse en su habitación, para no tener que compartir bulliciosas charlas o afectos familiares. No le interesaban sus temas, y los veía como fantasmas que hay que soportar. A los dieciséis se fue. Jamás se preocupó por volver o saber de los suyos.

En el acto de copular en que lo formaron, moldearon un destino, sin sospechar que sería un fraude. La semejanza con los suyos le aterra. Su sangre fragmentada, se atasca perpleja. Cambia constantemente de trabajo. Cuando pasa cierto tiempo, se hastía de lo que hace y emprende algo nuevo. Cada vez que cree que la búsqueda ha terminado, observa que no hay raíces. Pareciera que los pies levitaran sobre la tierra. No existe nada que logre sujetarlo. Es igual a un bailarín, pero en su salto magistral, no logra volver a ubicarse en el escenario.

Una bruma espesa se forma delante del espejo, cuando se observa. Una y otra vez lo limpia, pero en vano. Desde siempre percibe una identidad que domina la casa y su vida. No puede descubrirla. Sabe de esa presencia que lo invade todo. Hace tiempo que la busca, pero es inasible. Una vestidura flota por las habitaciones. No tiene imagen, no tiene cuerpo. Lo enajena y no le permite ocuparse de nada más.

Si sale, retorna pronto atormentado. Piensa que quizás en ese momento de ausencia, se pueda corporizar sin verla. Es una atmósfera enrarecida. Debe estar atento a cualquier señal. Sabe que no es un espejismo. Una pared está totalmente cubierta con fotos donde siempre está solo. No hay otras personas en ellas. A veces, están cambiadas de lugar. O al revés. Es el otro el que lo hace. Quién sino. Casi no come ni duerme. Se va produciendo lentamente una metamorfosis. Espera acongojado el momento en que él aparecerá. Quiere conocerlo. Esa es la meta. No le importa que se presente con una máscara o con el rostro verdadero. La casa sufre el mismo cambio. Se desgasta, se aja, se ensucia, se esfuma. Un olor particular ahoga la respiración. No puede permitirse abrir las ventanas. Tal vez, él se diluya por ella sin haberlo visto.

Esa noche trata de que el sueño no lo venza. Finalmente cae extenuado en un sillón. Al rato despierta por el ruido de algo deslizándose. Por fin lo conocerá, sabe que está allí. El cuarto tiene una luz distinta. El espejo está envuelto en una luminiscencia. El mago está delante, observando. Se aproxima para verle el rostro. A medida que se acerca al espejo, éste parece alejarse. No comprende lo que sucede. Extiende las manos para tocar al mago. Logra llegar. Pero lo único que ve es su propio rostro. Está desfigurado por el hambre y el desvelo. Un

grito irreal sale de su garganta. Estrella con fuerza su cabeza y las manos contra el espejo. Queda hundido en el cristal. Fragmentos de su piel y de su sangre, empastan todo en rojo.

Las fotos de la pared, una y mil veces reproducidas, tienen lo mismo. Es una mirada indivisible. Se produce entonces, una insólita ilusión, las múltiples fracciones del espejo roto, repiten una y mil veces un ojo que mira, ya sin ver, la realidad. Por el cristal de la ventana, la luz rojiza del amanecer entra en el cuarto y limpia la bruma.

## ASÍ COMO LE DIGO

*Primera mención Premio Literario Vendimia/1998*

Así como le digo, señorita Elcira, son veinticuatro años que estoy con la señora Matilde. El niño Héctor tenía veinticuatro años, imagínese, ya es abuelo. Señorita Elcira, yo he aguantado mucho en esta casa y sé cosas. Usted me dice que por qué no me fui. Y qué sé yo, una se va quedando y quedando. Yo confío en usted, por eso le voy a contar lo que pasó. La señora Matilde no le tenía paciencia al finado señor Roberto. Era tan bueno. Eso que dicen las sobrinas que las manoseaba cuando eran chicas, son mentiras, a mí nunca me hizo nada, yo era joven también, bueno un poco gorda y petisa, pero joven y no me tocó nunca, un señor. Se acuerda como se vestía y qué perfumes que usaba. Las brujas esas hablan así porque son sobrinas por parte de ella. No querían venir, dicen, porque él las correteaba y les mostraba lo que usted ya sabe, pero yo nunca vi nada, señorita Elcira.

Se acuerda del negocio de Doña Matilde, señorita Elcira, usted sabe lo bien puesto que estaba, ella trabajó siempre. El señor en cambio tuvo mala suerte, todo lo que emprendía le salía mal. Usted también pasó mucho tiempo sin venir, por eso le cuento.

Ella le decía con voz de ogro que era un vago y que gastaba la plata que a ella le pertenecía, pero no es cierto. Lo que pasa que él era dirigente y tenía que estar bien vestido, pagar comidas y salir con personas importantes. Doña Matilde lo peleaba cuando él, un poco "pasadito" y con perfumes diferentes regresaba a la madrugada. Pero ella debería haber comprendido que hay que aguantarse algunas cosas por tener un marido tan lindo, un señor. Hasta que se enfermó. Entonces, todo cambió en esta casa. Había que atenderlo, hacerle comida especial. La señora Matilde rezongó siempre diciendo que se comía la comida especial y después la de ella. Pero picaba nomás, para sacarse el gusto, pobrecito. Le hago estas confidencias porque yo sé que usted nos quiere bien.

Un día el hijo que gana mucha plata con la cadena de ferreterías, les pidió que cerraran los negocios. Le salía más barato hacerse cargo de ellos y de mi sueldo, que estar pagando las deudas, pero, la señora Matilde acostumbrada a trabajar empezó a salir con las amigas. No aguantaba estar en la casa todo el día sin hacer nada, especialmente por no tener que estar en compañía de ese santo que fue Don Roberto. Es una mala, señorita.

*Ya voy doña Matilde*, qué querrá ahora, es tan celosa, no quiere que charle con usted. Ya imagino, que no puse bien los cubiertos en la mesa. El tenedor a la izquierda, el cuchillo a la derecha. Que saque la porcelana por su presencia, señorita Elcira. Si hace 24 años que hago lo mismo, qué mujer odiosa. Como si yo no supiera llevar la casa.

*No me grite, señora Matilde. Ya voy.* Un día la ahorco y listo. Me tiene harta.

Sabe, cuando le daban los ataques al señor, ella me pedía que llamara a la ambulancia. Claro que pasamos más de diez años llamándola, nadie le creía al pobre señor, ni los del Coordinado. Bueno, un día fue cierto y se murió. Con 86 años merecía descansar, no le parece señorita. El día que se murió, también se quejó doña Matilde, dijo que cómo no se

murió antes, “*ahora soy una vieja*”. Qué perversidad, verdad. Nosotras somos de la misma edad, sabe, quince menos que el señor. Cuando se enfermó, se dedicó a leer libros, la señora decía que eran cochinos, yo nunca los vi, así que no sé. Además pedía que doña Matilde lo bañara. A ella le daba asco. Varias veces se lo comentó a la sobrina por teléfono. Yo escuchaba todo, usted sabe en una casa no hay secretos. Decía que don Roberto le hacía hacer “cosas”. Pero jamás le creí, si él era un señor. Imagínese, si a mí me hubiera pedido que lo bañara, lo hubiese hecho con todo respeto, pero nunca quiso. Eso y mucho más, no vaya a pensar mal, por favor, quiero decir lo que él hubiese deseado, pero al enfermarse sólo quería depender de esta mujer.

¿Le agrada este programa de la tele señorita?, si no se lo cambio. Hace años que miro la televisión desde el living, casi desde que enfermó don Roberto. No crea que uso lo que no me corresponde. Como la señora Matilde salía o ayudaba al hijo en la ferretería, nos quedábamos los dos mirando. En realidad charlábamos, yo le hacía masajes en el cuello. El se quedaba quieto, relajado, mientras, podía oler el perfume que salía de su cuerpo y mirar el brillo de su pelo rubio y entrecano, mientras con suavidad le masajeara ese cuello dolorido. Cuando la señora llegaba, cenaban en el comedor, yo en mi lugar: la cocina, como corresponde a una buena empleada. Después de cena me sentaba con los patrones en el living y conversábamos los tres, ahora las dos, somos una familia.

Nos peleamos todos los días, pero ella no puede estar sin mí. Además no sabe hacer nada, yo me quedo porque me da lástima dejarla, a pesar de mi edad pueden tomarme en otro lado, verdad señorita Elcira. Me alegro que la lleve a pasear a su casa. Así descanso por unos días. Me callo porque ahí viene, otro día le sigo contando.

*Adiós señora Matilde, cuídese mucho, deme un beso, claro que la voy a extrañar, váyase tranquila, yo cuidaré de todo, que haría yo sin usted señora, siempre tan buena, no me haga llorar, por favor, sí, sí, le doy otro beso, cuando vuelva le voy a tener esos panquequitos que tanto le gustan y le tendré las sábanas cambiadas y la casa con un arreglo especial, pondré rosas en el jarrón de cristal, lavaré las cortinas, todo como a usted le gusta señora Matilde, me dolerá su ausencia, pero prefiero que usted disfrute señora. Adiós, que les vaya bien, cuidado con la velocidad señorita Elcira.*

Como siempre limpio su retrato señor Roberto, miro su cabello y siento en mi cabeza el recuerdo del perfume de su cuerpo, su rostro encantador con esos ojos que parecen mirarme, esa boca que es una provocación y la convicción de que usted me amó.

## LA SOGA TRENZADA

*Tercer premio internacional concurso Casa de la Cultura de Santa Fe/2000*

Las flores del almendro caen, nieve de pétalos sobre el pasto del parque. A mamá le encantaba esta época. Pero ya no podrá verla.

El jueves cumpla catorce años. Mi tía rezonga cosiendo los botones del blazer, mientras me dice que, lógicamente, este año no habrá festejo. No se da cuenta de que no quiero nada. Ni su beso frío, ni su regalo de lástima, ni llamadas. Solo, con mis demonios y mis ángeles.

Cuando murieron mamá y mi padrastro nos fuimos a vivir con la abuela. Aún tengo el recuerdo del sabor en mi boca de sus galletas olorosas a vainilla y la leche con chocolate. De pasarme a la cama grande, aspirando las sábanas con perfume francés que ella adoraba usar. Me dormía abrazado a su cuello, así desaparecían los monstruos que atormentaban mis sueños. Lo mejor eran las historias que me contaba de mamá. Decía la abuela que mamá había sido traviesa y revoltosa. Hasta que se enamoró de papá. Yo miraba la foto del casamiento. Mi madre, con esos ojos de mirada increíble entrando a la iglesia del brazo de mi abuelo. Escuchaba a la abuela, tratando de rescatar su cara, su risa, el tono de su voz, pero su imagen se volvía más borrosa cada día y eso me desesperaba. Miraba las fotos para recuperarla, estúpidos papeles fijos que se ajaban entre mis manos mientras las lágrimas desbordaban mi rostro y humedecían la cama.

Necesito respuestas pero nadie puede dárme las. Los porqués se amontonan en gritos que no salen de mi boca, sólo los formulo dentro de mí. Porqué mi familia se fue achicando. Porqué tantos accidentes. Porqué mi abuela se murió, peleando con un cáncer que no tuvo en cuenta que yo me iba a quedar al cuidado de tías gruñonas. Se me terminaron las historias y la ternura. Quién traza tanta muerte sólo para nosotros.

Alguna de las hermanas de mamá se hace cargo cada tres meses. Mi tía nunca pregunta cómo me va en el colegio. Sólo me dice que estudie. Siento que para ella soy como un simple recambio de flores de estación, a las que hay que regar de vez en cuando para que no se sequen. José, no es mi papá, ni es mi padrastro y mucho menos puede reemplazar a mamá. Tampoco puede ser mi abuelo. Es sólo hermano y no basta. Entonces me acordé de aquella película en la tele. Unos presos se evaden de la prisión con una soga de trapos tan firme como la libertad que tomaron prestada de ella. Eso me dio la idea: yo también podría escapar. Tal vez podría tener mi liberación. Entonces, empecé a juntar trapos y a tejer una soga, encerrado en mi habitación mientras tramaba el escape. Cada metro, una idea más.

*Qué es esa mugre que estás amontonando.*

*Para descargar tristezas, tía.*

Su mirada de lástima sin entender, me enorgulleció. La soga es sólo mía. Mis manos trenzándola me recuerdan las de mamá y la abuela. A veces parecen salir voces de la soga trenzada, pero no digo nada, quién le va a va a creer a un chico de mi edad. Sigo trenzando mi desolación. Cuando anudo las tiras, no escucho gritos ni reproches.

Aquel día la tía, la más nerviosa de todas, explotó. Sintió que su paciencia llegaba a su fin.

*.Acá no hay lugar para ese montón de trapos, tiralos.*

Escondo la soga entre las ramas del árbol, en donde ya no hay más flores blancas.

La soga ha crecido enormemente; si me envuelvo en ella, sentiré menos frío. El viento caliente levanta tierra y hace caer las últimas hojas del invierno. El jardín parece flotar. Cuando mi tía vea la sombra que se proyectará desde las ramas del viejo almendro, va a pensar que es tan solo un muñeco desechado que ya no sirve para jugar. Entonces, enrosco la soga a mi cuerpo, a mi cuello, para poder volar.

## EL TRABAJO DE JUAN

Qué suerte que mi marido tiene este trabajo, porque hoy en día... Tengo que plancharle la camisa. Mañana tiene que llevar al ministro a una reunión con el gobernador. Mirá si le dicen que suba al despacho para darle algún otro mandado. Él siempre espera sentado en el auto, hasta que el ministro se instala en el asiento de atrás y le dice: Juan, vamos acá o allá. Tiene que estar presentable. Mi Dios qué pila de ropa, yo no soy una máquina. Todo no lo puedo hacer. Ah Me olvidé de llevar los zapatos negros al zapatero. Los tacos no dan más.

Si se hace la fiesta del personal, tengo que estar impecable. En las reuniones donde invitan a la familia, el secretario me observa con una mirada que dice todo. Igual son unos podridos. Se creen que con fiestitas nos van a conformar.

El secretario debe ganar bien. Que ropa que viste. La mujer es un adefesio. Ni con plata la arreglan a esa.

No sé que ponerme. El solero azul es escotado. Yo no lo engañaría a Juan, pero es divertido que a una la miren así. Con lo que me gusta bailar. El señor Sartó, siempre me saca a bailar. La bruja de la mujer me mira, pero yo sé que a Juan le conviene que sea amable. En la última fiesta me pidió que le diga Raúl, mientras me apretaba y sentía su deseo ardiente sobre mí.

Dios, casi quemo la camisa. Bueno lista, una cosa menos. Prendo la radio en la FM, su música me encanta. No sé cuando Juan va a arreglar la antena. Nunca tiene tiempo de nada. Ya no acaricia como antes. Ni me besa como antes, sólo cumple creo, para no olvidarse y porque el cuerpo se lo reclama. Pobre, es que está cansado. Mejor prendo la tele mientras hago la cena. Ah¡ cómo hacen el amor estos dos en la novela y recién son las nueve de la noche. Horario de protección, es una risa. Los mocosos después están apurados por probar. Mejor lo cambio. Estas películas me gusta verlas con Juan. En realidad se duerme enseguida. Voy a mirar las noticias, pucha el noticiero es la misma porquería de siempre, que Maradona, que el banco, que la inseguridad, la bolsa, la jubilación, los maestros, ya nadie se acuerda de Cabezas ni de López, ni de nadie con nombre y apellido. Todo sin resolver y encima los cambios de cargos se los siguen dando a los mismos como si les dieran un premio. Mejor apago el tele. Pensar en Sartó es más divertido. Si me hace alguna insinuación en la fiesta de Setiembre, yo le digo que sí. Todo sea para que el Juan avance. Al fin y al cabo si una no hace algo te comen las lauchas.

Está sonando el teléfono, justo ahora que puse a freír las papas. Si es Roseta, media hora por lo menos.

*-¿Hola, quien habla?, ah, señor Sartó, como le va. No, no, no puedo tutearlo, me da no se qué. ¿Que lo mandan al Juan a San Lucas con el ministro por tres días? ¿Que no me preocupe por la ropa, que le compraran algo? Y si, una solita siempre se queda. Hasta luego Sartó. Bueno, bueno, hasta luego... Raúl... Si quiere pasar a tomar un cafecito, pase nomás, Raúlito, siempre estoy en casa.*



## Proyectando sombras

*Estamos en un proceso de flujo constante, nunca permanecemos igual, cambiamos constantemente como un río y como un río no podemos comprender como somos. Heráclito*

Hacía rato que charlaban sin ponerse de acuerdo. La luz de la tarde caía sobre el living casi en penumbras. Emilia se levantó, prendió la lámpara y sirvió dos copas de vino merlot. El cristal tallado de las copas resaltó aún más la belleza del granate oscuro, tan vivaz. La intensidad aromática, frutada, con intención de hierbas y bayas negras, se balanceó sobre la habitación.

Te lo digo, Enrique, basta de caer en las mismas trampas. Hacia dónde vamos con esta estupidez ideológica, con este acostumbramiento cómodo de aceptar lo que tenemos. Nos rendimos ante caudillos mafiosos, y hasta perdemos la perspectiva de saber quién es quién.

Enrique, con su tono tranquilo, le contestó: *-quién es honesto, quién finge y a quién le importa tener vergüenza de la mirada crítica de los más jóvenes. Es tan fácil mentirle a quién quiere creerte.*

*-Pero, Enrique, participamos en el devenir. No sabemos cómo son las cosas, sólo lo que se observa o cómo lo interpretamos, muchos las intuyen, pero no tienen el coraje para promulgarlas para que no les digan que viven de esperanzas erróneas.*

*-Emilse no comprendes. Vivimos en mundos interpretativos y a veces nos equivocamos porque suponemos mal. Todo cambia, nada permanece por demasiado tiempo.*

Emilse levantó la copa de vino, admiró su color y su aroma, después lo paladeó lentamente, como si el ritual la potenciara. Arremetió una vez más. Al exhalar las palabras, producía un son vaticinador:

*-Tal vez seamos como el río con su proceso de flujo constante. Nunca permanecemos igual. Nada es lo que parece. Y ahora vos, querés que participe del nuevo partido. Lo pensaré. La tónica es vivir del escándalo, ni siquiera nos asombramos o indignamos tanto el saber de la corrupción y el caradurismo. Además el escándalo a algunos les produce réditos.*

La noche se proyectaba con sus sombras, apoderándose de la casa sólo iluminada con la luz del portal y la lámpara del living.

Enrique sopesaba la situación, insistiendo porque conocía los valores de Emilia.

*-Deseamos que te integres. Existe la luz. No pueden ir tanto tiempo en contra de las ilusiones y los derechos. Las mentes de los hombres desean más información y empiezan a establecer este derecho. Todo lo que hay que hacer es saber mirar por las ventanas galácticas que están a nuestro alcance y no queremos verlas. Son los seres humanos quienes, con su libre albedrío, diseñan su propio destino.*

Ella se quedó en silencio pensando en los temores de siempre.

*-Nos domina el miedo, Enrique. El miedo al ridículo, el miedo a que nos defrauden, el miedo a no poder, el miedo a la venganza y a la calumnia, el miedo a que “si el río suena...”.*

*-Hay que cambiar desde adentro, poniendo las cosas en su lugar, sin esperar demasiado. A la larga veremos buenos resultados.*

Él miró su reloj impaciente.

*-Te pido que dejes algunos de tus proyectos en la oficina de Gabriela. Verás que compartir tus ideas con nosotros será sensacional.*

Se levantó del sillón, dejó la copa vacía sobre la mesa y acercándose trató de acariciarle el cabello. El ademán de ella lo contuvo.

*-No hagas trampas vos también, no hace falta que uses esta estrategia para convencerme. Si decido compartir mis proyectos, es por propia convicción no por hormonas derretidas.*

Se volvió a sentar. Aquel gesto involuntario de querer abrazarla, viéndola tan desprotegida, magnífica en su vehemencia, fue algo primitivo.

*-Está bien. Sigamos con el tema. Hay gente que no ha sucumbido a los hechizos de una civilización materialista, del espacio de poder.*

*-¿Vos creés? Lástima que tantas veces se haya perdido esa acumulación de herramientas personales como en un almacén abandonado.*

*- No vivamos respirando las deudas del pasado, dejemos la nostalgia típica de los argentinos, siempre nos victimizamos, pero no hacemos nada para cambiar. Parece que gozamos columpiándonos en la desgracia que nos aqueja. Yo creo en que tenemos que armar un nuevo país.*

*-¿Qué querés? ¿Que escuche el susurro de antiguos sabios, maestros y chamanes que anunciaban una nueva tierra? Me hacés acordar lo que decía Federico Luppi en Martín Hache.*

*-¿Qué decía? Esa película es vieja.*

*-Que la patria es un verso, que él no tenía nada que ver con los tucumanos, o los catamarqueños, o los sureños. ¿Te das cuenta? Ese es nuestro problema, no sabemos de nosotros mismos y tampoco nos importan los demás.*

*-Insisto, me siento un visionario, nunca me metí en esto, soy otro, tengo una nueva dimensión de lo que sucede. Sé que te va a ir bien, hay cambios.*

*-Está bien, iré a conversar con Gabriela.*

Gabriela fumaba un cigarrillo tras otro, provocando un ambiente denso que asfixiaba a Emilse. Las carpetas ocupaban todo el escritorio. Las preguntas que le hacía, una tras otra y con el cabeceo de constante aprobación, le producía vértigos. Necesitaba tomar aire. Abrió la ventana que daba a la peatonal, mientras Gabriela gritaba que la cerrara. El invierno se había prolongado. Ese octubre de baja temperatura, acompañaba con su ritmo terminante a los pobres y a los no pobres, que también tiritaban pensando en una país que hacía rato que no existía.

*-Emilia, esto va a cambiar, no será una mentira, lo tuyo es tan simple, tan realizable, no sé cómo no se nos ocurrió antes. Te ayudaré a que tus proyectos sean promulgados.*

*-Si. He tomado estos ejemplos basándome en pueblos modelos, zonas remotas como la Media Luna Roja de Pakistán, comunidades rurales que acogieron positivamente estos cambios, en base al respeto de su cultura y de su religión. Hace tiempo que estudio esta información para aplicarla a lo nuestro.*

*-Los presentaré mañana mismo. Pronto tendrás noticias mías.*

El ruido de los aplausos, igual al sonido de la tierra bramando por un terremoto, casi asustaba. Todos de pie la aplaudían a ella. Elegantísima, con un vestido blanco

escotado que destacaba los senos, el cuerpo, el pelo y los ojos negros, de mirada abisal. Una sonrisa de triunfo sin descanso, brillaba en los labios rojos. Todos desfilaban rindiéndole honores para felicitarla.

Emilia salió trastornada del recinto, parecía que los aplausos que aún se escuchaban, la empujaban a la calle despidiéndola con furia. La lluvia que tanto amaba, le pareció infausta. Lo que una persona le puede hacer a otra nadie es capaz de imaginarlo. Corrió sobre la vereda salpicada por la lluvia. Levantó la mano para que el taxi se detuviera. Entonces, sentada en el automóvil, lloró.

Gabriela mientras tanto, levanta la copa con Malbec para brindar por la aprobación del prodigioso proyecto presentado como de su propia autoría. Para ella la vida era un carrousel. Un solo caballito era poco para hacerla girar.

## EL VENTILADOR

El ronroneo del ventilador de techo del cuarto de aquel hotel de provincia, me molestaba los primeros días sin dejarme dormir, pero después, el zumbido fue la inducción al sueño.

Siempre me alojo en hoteluchos para que el viático me rinda. Generalmente soporto frío o calor, sin términos medios, pero, vender sábanas y manteles en el campo no es tan difícil. Este año el verano se presenta más alocado y caluroso que nunca. La temperatura en la habitación del hotel es sofocante. La noche está adentro. Apago la luz de los focos que están debajo del ventilador. Estoy rendido. Anduve mucho entre las chacras, tan alejadas unas de otras. El auto no tiene aire acondicionado y el calor del motor se introduce por los pedales, los asientos, las ranuras; invade las piernas, los testículos, se encarama por el vientre, llega a los brazos, a la cabeza con pesadez.

Las sábanas de la cama del hotel están calientes, siento un embotamiento tal, que me laten las sienas. Gotas de agua brotan detrás de mis orejas y se escurren por el cuello hasta llegar a la camiseta que está empapada en sudor.

Tendría que darle más velocidad al ventilador, pero tengo pereza. El calor es una nube gris que envuelve el cuarto, asfixiándome. No tengo más remedio que levantarme. La perilla marca tres, la ubico en cinco y me vuelvo a acostar.

El zumbido se escucha más intenso, como si fuera una respiración dificultosa. El cambio de la velocidad produce un sonido diferente. Será cuestión de acostumbrarse a él. Me adormezco. De pronto escucho un chirriar distinto, parece el quejido de un niño. No entiendo por qué no puedo alcanzar la tecla de la lámpara para prender la luz.

Mis ojos se acostumbran a la penumbra del cuarto ubicando mejor los muebles. Miro el ventilador que gira enloquecido. Hay una sombra en el techo, que durante las dos noches que pasé allí, no había visto.

Trato de levantarme. Quiero saber qué produce esa sombra, pero curiosamente no lo hago. Me siento pegajoso. Una sustancia envolvente sube y continúa hasta el ventilador, que al girar, despide gelatina por la habitación, cubriendo todo, incluso mi cuerpo. Tiene un olor particular. La luz de la luna refleja su color ambarino, parece algas de mar.

Insisto en despegarme la sustancia, sacudo con fuerza la mano y logro desprenderla. Ahora con la mano libre, despego los pedazos que se adhieren en las piernas. Me doy cuenta que, en realidad, eso sale desde el ventilador para caer sobre la cama, sobre mí, en toda la habitación.

El espanto me paraliza. Los quejidos del artefacto se convierten en chillidos horribles. La velocidad aumenta aún más. Se puede desprender del techo, entonces, las aspas se convertirán en filosas navajas. Quiero gritar para que alguien me escuche, para que alguien lo detenga, pero la mucosidad ya está penetrando en mi boca, me ahoga. Las manos

y piernas vuelven a cubrirse, me paraliza. El aire frío que produce el ventilador, solidifica la sustancia formando extrañas figuras que parecen tener vida.

La asfixia es casi total. Trato de poner la mano en la garganta para despegar esa asquerosidad. Me doy cuenta de que esa cosa me asesinará. Por mi mente pasan los rostros de mi familia. Sé que me encontrarán muerto, en un hotel miserable, sin ninguna razón explicable. Hago un último esfuerzo para liberarme.

Oigo distante unos golpes. Algo me sacude.

*-Señor Ortega despierte- Qué le pasa. Deje de gritar así. Despertará a los demás.*

Abro los ojos y abrazo a ese hombre que me mira con cara de sueño y disgusto, sin entender mi afecto.

Introduzco de cualquier manera la ropa en el bolso. Quiero salir lo más pronto posible de esa habitación calurosa. Pongo la mano en la cerradura de la puerta para alejarme definitivamente de allí. Miro por última vez el ventilador que gira normalmente en velocidad tres. Observo que, de las paletas gotea un líquido ambarino gelatinoso.cae sobre mi mano puesta en el picaporte, la sacudo, no puedo despegarla, es demasiada sustancia. Todo es una masa uniforme adherida a la puerta que no puedo abrir.

El hombre tenía una mano en la garganta, la otra extendida y apoyada en la puerta de forma enigmática. No tenía explicación. El médico de emergencia diagnosticó: muerte por asfixia.

## LAS MUÑECAS Y YO

*“Erotomanía” es el término que ha llegado a dominar el discurso psiquiátrico. Las patologías del amor incluyen potencialmente apasionamientos y creencias enfermizas de ser amado. (Consultor de la Salud N° 142)*

La voz de mi madre diciendo que fuera a jugar con otras niñas, era una molestia hasta en el recuerdo. Me gustaba estar sola. Es decir, las muñecas y yo, un sólo acuerdo. Las chicas del barrio eran muy tontas, no sabían jugar, ni seguir mis fantasías, ni siquiera las que eran mayores, además me daba cuenta que se reían a mis espaldas y eso era un dolor. Sin hermanos, mis padres se preocupaban de mi soledad. No entendían cómo podía pasarme las horas hablando con mis muñecas. Vestirlas o reprenderlas era divertido, un espacio de poder absoluto, preguntas y respuestas a mi gusto.

Después, en la secundaria seguí casi igual. Mi mundo no se parecía al de las otras, esas risas por los muchachos, esas muecas de retardadas para conquistarlos, me enfermaban. Desconfiaba de ellas. Sabía que se burlaban de mí. Intuía que mi momento se revelaría por sí sólo.

En la universidad, me dediqué a estudiar y ahora llegó el momento de recibirme. Empiezo de inmediato a trabajar. La empresa solicitó los mejores egresados y se decidieron por mí. Por fin tengo mi departamento. Mamá lloró como si me fuera no sé donde. Es lo que soñé siempre. Un mundo propio, sin interferencias, sin oír las divagaciones de los demás que tanto me aburren. Sin nadie. Nunca me gustó confiar en las personas.

Hoy encontré una flor en mi escritorio. Miré a la secretaria, que sólo sonrió. Recorrí con la vista a cada uno de los empleados, ninguno se atrevería a tanto. Cuando entró el ingeniero de la sección de compras y tomó la flor, comprendí que él, con ese código me decía que yo le gustaba.

Fue repentino. En un instante y ya estaba dentro de mí. Asombrosamente, conoció mi espíritu, mi forma, mis ideas. El momento de felicidad fue perfecto. El objeto de su intención me llegó en una descarga tan inesperada, que no escuché nada de la explicación para la próxima campaña de marketing. Al final, alcancé a oír lo del viaje juntos, los contratos a firmar, que los directivos confiaban en nuestro profesionalismo para el éxito de los acuerdos, que nuestra capacidad y bla, bla.

La valija tiene mi mejor ropa. No la de siempre, más audaz. También un camisón de gasa. No la preparó la profesional, lo hizo la mujer.

En los encuentros de negocios, tengo que concentrarme, porque el roce de sus manos y el de su mirada, me paraliza.

Casi no pudimos estar solos, entre las reuniones y comidas con los empresarios no quedó tiempo. Esta tarde volvemos con los contratos firmados. Su mano apretando muy fuerte la mía y el beso en ella, diciéndome gracias, fue levitar en el avión de regreso.

El chofer de la empresa nos fue a buscar al aeropuerto y me dejó en la puerta del edificio. Me di cuenta de que él no se bajó por los posibles comentarios en la oficina.

Esperé su llamada, estaba segura que lo haría. Luego, recordé que nunca le había dado mi número de teléfono. Si no estaba muy cansado, volvería. Y lo hizo. Me asomé a la ventana y lo vi allí, en la esquina mirando mi departamento. Su timidez conmovedora, me enamoró definitivamente. Comprendí que no subiría. Noté el saludo de su mano y el alejamiento por la calle que oscureció su presencia. Esperé la mañana, sin pegar un ojo. Lo primero que vi fue la rosa sobre el escritorio. Blanca, de tallo largo, tan delicada. Sabía que él la había dejado. Se comunicó de inmediato, sin poder bajar ya que en su oficina había demasiado trabajo. Su voz parecía cansada. Seguro que pasó la noche en vela, como yo. No me sentía incomoda por sus atenciones, al contrario, tendría que tomar la iniciativa. Le di mi número particular de teléfono, percibí su agradable sorpresa, típico de un enamorado tímido. Con la excusa de continuar hablando de las negociaciones, propuse almorzar juntos. La mesa del restaurante, ubicada al lado de la ventana, tiene una luz distinta que viene de la calle y le da en el pelo que lo hace más rubio y en la mirada. Habló un rato de negocios y después noté que ese juego amistoso de palabras, encerraban una pasión, que por algún motivo no podía expresar libremente. Me di cuenta de que quería llevar la relación a algo profundo, por la devoción de sus ojos y cuando toca mis manos para afirmar lo que dice. Pasan los días. Todo igual, la rosa diaria, los almuerzos, las charlas, las miradas, el roce de mis manos con las suyas. Al hacerlo, una sensación exquisita nos aletarga, es el anticipo de la cópula. El beso de saludo lo hace con la delicadeza de los que aman apasionadamente.

Decidí escribirle. Tendría que contestarme y eso le daría la oportunidad. Mis manos corren veloces por el teclado. Puedo decirle todo. Le cuento de mi infancia, mi adolescencia, de mi vida a partir de conocerlo hace unos meses. *Sé lo que sientes - le escribo. - Esta noche, en vez de mirar mi ventana y alejarte por la calle oscura, saludando con tu mano resignada, puedes subir, te estaré esperando.* La firmé con la lapicera que nos regalaron en el encuentro comercial que hicimos juntos, mi nombre y mi amor.

Fui más temprano a la empresa para dejar la carta en su mesa antes que él llegara. Luego bajé a mi oficina. La rosa blanca ya está en mi escritorio. La secretaria, al ver mi sorpresa, por primera vez me pregunta, si quiero otro color. Le digo que no. Después hace otra pregunta.

*Usted participará del regalo de casamiento del ingeniero con nosotros, o lo hará personalmente, ya que son tan amigos.*

Subo desenfadada para rescatar mi carta. El ya la tiene en sus manos y me mira azorado. *Te aseguro que yo nunca estuve en tu calle, creí que sabías de mi noviazgo con Celina.* Se que miente. Sé que me ama. Pero por alguna extraña razón, sigue con el juego, como el de mis muñecas y yo.

## ESPERANDO LA NOCHE

*El verdadero sabio conociendo la naturaleza del Universo, emplea la Ley contra las leyes: las superiores contra las inferiores y mediante la Alquimia transmuta lo que no es deseable, en lo valioso y de esta manera, triunfa. Consiste, no en sueños anormales, visiones o imágenes fantasmagóricas, sino en el sabio empleo de las fuerzas superiores contra las inferiores,...La transmutación (no la negación presuntuosa) es el arma del Maestro. “El Kybalión” Edición Kier 1991*

Diariamente realizaba lo cotidiano: trabajar, atender la casa, los hijos. La regañaban porque a veces parecía suspendida, no estar atenta a pesar de su vitalidad, la sonrisa constante, ojos de mirada inquieta y luminosa, reflexiones inteligentes. Esperaba anhelante la noche y su mundo. Las horas le parecían detenidas hasta entonces. Suspiraba después de cenar, limpiaba los platos, decía hasta mañana, cerraba la puerta y el universo del cuarto le pertenecía por completo. Se alistaba para recibir aquello que traían las sombras nocturnas: un insistente y misterioso deseo de manipular sueños extraños. Vivir otros tiempos, hurgar otras vidas, recuerdos almacenados con experiencias de antiguas eras a través del onirismo. En esas tibias vigiliadas movía imágenes de reencarnaciones de existencias transitadas. No podía explicar a los demás lo que pensaba y sentía. Nada venía de la nada, el futuro se basaba en el pasado. La conciencia era parte del universo, transformándose por diferentes sitios hasta encontrar donde alojarse de nuevo.

Al abrir la cama, las sábanas despidieron el agradable aroma del enjuague. Su contacto la reconfortó dispuesta a soñar. A poco de dormirse la mente se trasladó a clanes prehistóricos que ordenaban no olvidar su origen y destino. El sueño llegó en apacibles olas. No tuvo noción del tiempo transcurrido cuando un extraño y fuerte desgarrón la estremeció con vehemencia. Presintió que se elevaba. No hubo dolor ni conmoción. Era lo esperado una vez más. Miró la cama desde lo alto y a todos los habitantes de la casa profundamente dormidos. Quiso llamarlos para que fueran testigos, pero temió que todo se desvaneciera y se entregó con docilidad al viaje.

El cielo descubría un azabachado color; las estrellas mostraban dimensiones desconocidas. Atravesaron un hueco más oscuro aún. Entendió que era transportada en un vehículo suave y silencioso. Entonces los Seres le hablaron. Hacía esfuerzos para percibir lo que le decían. La invadió el temor que todo se diluyera. Inconexa preguntaba cosas triviales. Con asombro escuchó las voces sin comprender. ¿Por qué la eligieron? ¿Lo merecía? O tal vez designaban a cualquiera para transmutarlos a un cosmos diferente. Sólo debía disfrutar del viaje inextricable y se dejó llevar a esa sinfonía astral que producía una sensación prodigiosa y desconocida. Uno de los Seres la miró. Los ojos eran una pantalla. Vio en ellos su propia vida en los albores del primitivismo y el andar a través de los tiempos. La representación deslizó siglos ancestrales de encarnaciones pasadas. Pudo ver en aquella singular pantalla que estaba en una gran casa medieval, que subía por una ancha escalera de piedras que la llevaba al piso superior hasta desembocar frente a una enorme puerta de dos hojas. Le mostraba, no



sabía cómo, que si abría esa puerta hallaría los secretos de antiguos poderes y sabidurías. De súbito percibió que todo era real. Oyó la risa extraña de quién estaba detrás de esa puerta y que, con su mente la incitaba a traspasarla para encontrar y poseer la suma absoluta de los conocimientos. Quedó petrificada. Un gélido viento revoloteó sobre el rostro que la hizo reaccionar y en una carrera alucinante bajó la escalera. Se había resistido a esa inmensa puerta que simbolizaba una mente irreconocible. Era el borde de un velado abismo.

El viaje ya no era placentero, sufría demasiado ante lo ignoto. Advirtió que le estaban exigiendo, no sabía quién, una decisión vital. Era contradictorio. La congoja la hizo sollozar. Tuvo lástima de sí misma y maldijo el tiempo en que había cerrado los antiguos canales de Luz. Ese pensamiento la trasladó con celeridad, como en todo sueño, otra vez frente a la puerta maciza. La abrió despacio. Una neblina tenue flotaba en el ambiente que no impedía observar los viejísimos libros, que, en estantes cubrían las paredes. Buscó al que se había reído, pero no lo encontró. Miró un enorme libro abierto sostenido por un atril. Las hojas de finísimo papel tenían impresos signos que podía entender. Explicaban que mediante la alquimia se conquistaba la supremacía de hacer combinaciones únicas, conocer la fórmula de materiales reuniendo las moléculas sólo con la mente. Supo por qué los antiguos sabían de la energía encerrada en las piedras. Penetró en un cúmulo de secretos que estallaron en su cerebro igual que lenguas de fuego. La estremeció la sensación de que un gran peligro se cernía sobre ella si continuaba interpretando aquellos símbolos. Quiso evadirse del lugar, fue entonces que la figura del hombre de la risa siniestra apareció atascando con su enormidad la salida. Buscó con desesperación a los Seres que la habían guiado, pero ya no estaban. El sueño era pesadilla. De pronto el alivio. Los pies que se elevan y la alejan del espacio sufriente y de Aquel que conocía su destino.

Por fin el regreso. Cuando volvía de esos viajes se deslizaba tranquila en su propio cuerpo físico que la esperaba como un delicado estuche tendido en la cama. Esta vez, algo no encajaba. Comprobó que no podía ingresar en la contextura. La sensación de la introducción al cuerpo era siempre prodigiosa, sin embargo esa noche algo se lo impedía. Trató una y otra vez. Había vuelto tantas veces. Con estupor se vio inanimada sobre la cama sin lograr integrarse. Las elaboraciones oníricas que experimentaba era la experiencia que le sucedía mientras soñaba, y que nadie podía explicar. Cuando ella lo comentaba solo a algunos, le decían que era la gran fantasía sin explicación.

En aquel amanecer sin devolución, los lamentos de la familia sumida en profunda congoja no les permitió observar que la respuesta estaba en la niebla que cubre la ciudad semeando figuras. Una, es la de una mujer que flota buscando lo inmensurable.

## SINFONÍA DE ADANES Y EVAS

Estaba inclinada, al lado de la ventana, bordando el delicado tapiz. Los hilos multicolores se entrecruzaban, dibujando vaya a saber qué rebeldía. Era su escape del enclaustrado ambiente colonial. Aunque todos la mirasen, nadie podía atravesar sus laberintos de fantasmas y de voces. La luz de las velas reflejaba en el vidrio su perfil. En lo alto de la cabeza, el rubio rodete a la moda de la época parecía protegerla.

En el otro sillón, él leía un libro y fumaba su pipa. El espeso humo le daba un aspecto infranqueable. Sacó el reloj con tapa de oro del bolsillo del chaleco y le anunció con tono de orden que se iba a dormir y la esperaba. Ella sabía lo que esto significaba: ir a la cama sumisa y callada, cumpliendo el deber de esposa formal. Un apurado subir del ruedo del camisón y la penetración egoísta y animal del dueño y señor de la casa. Luego quedaba en libertad para soñar con imágenes y alucinaciones.

Trató de dormir para abreviar la noche y entorpecer las horas. Pero era imposible, el fluir de su conciencia era un galope de caballos desbocados. Suspiró hondo. Fue cuando escuchó un ruido proveniente del salón grande. Imaginó que alguna “chinita” andaría aún levantada ordenando para dejar todo listo para el día siguiente. De todas maneras decidió averiguar quién estaba trajinando a tan altas horas de la noche. Cubrió su cuerpo con la pañoleta azul que ella misma había tejido con la habilidad de una araña laboriosa. Prefirió bajar descalza, silenciosamente. Eran tiempos de revolución. También podía ser algún fugitivo, introducido por alguna de las sirvientas.

No vio a nadie. Se dirigió a la cocina a tientas para buscar un candelabro. Al prenderlo, la luz la encendeció iluminando un sector, el resto estaba ennegrecido en la sombra. No sintió temor. Empezó a recorrer toda la planta inferior. Ahora el ruido lo sintió arriba, provenía de la habitación de doña Brígida, que desde su muerte permanecía cerrada. Subió la ancha y familiar escalera extrañada, pues sólo ella oía esos sonidos ajenos. Pasó con agilidad frente a su dormitorio, al llegar delante de la puerta del cuarto de quien fuera su suegra, la abrió con cautela. Al entrar, lo vio sentado en la orilla de la cama con el uniforme manchado con sangre y barro de lucha. La espada, fatigada, tirada sobre el piso. Nuevamente comprendió que no sentía miedo. Se dirigió lentamente hacia él, dejó el candelabro en la mesita, y sin saber por qué, sacó un pañuelo del cajón. Trató de limpiar el asombro de sus ojos cubiertos de tierra y la muda pregunta de sus labios agrietados. Puso el delicado dedo sobre la boca en señal de silencio. Él cerró los párpados. Hacía tanto tiempo que huía. Había encontrado el fin de la noche que devora.

La pañoleta protectora cayó desmayadamente. La represión desapareció. Liberarse sin saberlo. Sin necesidad de palabras, él soltó los lazos del camisón, con lentitud de felino empezó a besar los pies, las rodillas, el vientre. Sus dedos giraban, tocaban, provocándole estallidos de placer, tal vez, perversos. Su proximidad le producía un frenesí y un júbilo incontrolable, plasmando una perfecta sinfonía de Adanes y Evas sin serpientes.

Cuando despertó estaba en su propia cama, miró el lugar vacío dejado por el esposo que se levantaba al alba para atender los campos y la hacienda.

Presurosa, urgida por el recuerdo de la noche, se dirigió a aquella habitación. La puerta con llave, por años, era una frontera inasible y lejana.

Bajó a la cocina, buscó la vieja llave revolviéndolo todo. Tomasa la miró burlona, con la superioridad de los que saben donde están las cosas simples. Abrió la puerta del enorme aparador, sacó una caja y en el fondo, la llave.

Victoriosa, los pies parecían rayos volviendo a subir, introdujo la llave que quería resistir el forcejeo impaciente. Por fin, abrió. La habitación estaba sola, impecable, intacta, impoluta. La colcha estirada, un candelabro frío y apagado desde hacía tiempo. Hasta el aroma de antiguos perfumes y gastados olores de encierro flotaban en el ambiente.

Al retirarse, cabizbaja, dio la última mirada de solitario adiós a una sinfonía perfecta, y que no sabía si de verdad la había interpretado. Entonces, lo vio, asomándose irreverente por debajo de la cama. Levantó con alegría salvaje el fino pañuelo manchado de sangre y barro y lo guardó entre los majestuosos pliegues del vestido.

En aquellas noches, después que su marido se da vuelta para dormir, ella toma el pañuelo pasándolo ardientemente por su cara. Nadie puede explicar porque amanece con el rostro cubierto de sangre y barro.

## EL DÍA QUE FUE SU DÍA

*Hoy puede ser un gran día,  
plantéatelo así,  
aprovecharlo o que pase de largo,  
depende en parte de ti.*

Joan M Serrat

Continúo con los ojos cerrados. No quiero que el sueño se me licue. Me despabilo con indolencia. Las imágenes recorren mi mente. Trato de asirlas con las cisuras, los lóbulos, el cerebelo. Imagino mis sesos, tibios, indiferentes a mi estado de ánimo. Sólo cumplen su misión. Como mi alma; ella no da las órdenes, no es tangible. Las órdenes las da mi cerebro, porque se lo digo yo. ¿Quién realmente soy?

No deseo que se me vayan las escenas del sueño tan extraño. Floto en él para que no se diluya nada. Al personaje de mi sueño lo veo muy serio. Penetro en una habitación, supongo que es la de él. No hay fotos, ni adornos. Los muebles pelados. Alguno que otro libro, muchos CD. Un equipo de música.

Suena el timbre. Seguro es el diariero. Sigo con los ojos cerrados; que lo atienda otro. La suavidad de las sábanas es agradable. Me concentro profundamente. Tengo que sujetar los detalles. Miro la habitación del sueño. Y a él. Está ahí. Intuyo que puede suceder algo irremediable. El hombre soñado me dice: *-no quiero lazos, miro la vida de reojo.*

Mi hijo se asoma a la puerta. *-Si, estoy bien, tengo sueño,* le digo. Retomo. No dejan ni siquiera recomponer un sueño. Nunca se tiene intimidad. Claro, es en nombre del amor, pero asfixia, oprime. Aferrarse a la familia es odioso, pero natural.

Hoy es el día de salida de mi marido con sus amigos. Seguro que vendrá a la madrugada, como de costumbre, con una sonrisa encubierta. Ya no digo nada. El desgaste me tiene constreñida y sumida en pensamientos que una y otra vez van y vienen. Me hago la pregunta imbécil: ¿dónde se dilapidó la pasión, los besos, la mirada de confabulación entre los dos? Lo que queda es una caricatura borrosa de lo que fue. El monstruo del tiempo devora todo con un apetito insaciable y socava sin piedad los cimientos del amor.

Espero que nadie de esta casa siga interrumpiendo mi modorra y mi quimera de continuar con lo soñado. Hago un esfuerzo, vuelvo a reconstruirlo; se nota que a su habitante no le interesa el lugar. Sólo estar y escuchar música. ¿Qué música será? En el sueño no lo sé. Ahora, despierta, tengo curiosidad. Tal vez él sea yo. Siento un susurro en mi mente, dice que no quiere tener apegos de ninguna índole; que sólo quiere escribir historias. ¿Será esa su voz o es la mía?

Tengo que ducharme, vestirme. Ir al trabajo. Soportar a la jefa. Su desprecio y su despotismo por un sueldo injusto. Después volver a casa y continuar la labor.

Si sigo pensando acá, tirada en la cama, no podré pasar a buscar la ropa de la tintorería. No importa. Eternizo quedarme con los ojos cerrados; igual ya es tarde para todo. Hago un último intento

de retomar lo onírico. Repaso las escenas como flashes de un film. Él allí, de ojos verdes. Yo, como observadora. Puedo captar la mirada. Me asombra tanto rencor. Ahora rememoro que él tomó unas tijeras y cortó papeles con fuerza. Cortó y cortó. Se desembarazó de los merodeadores del pasado, de las aves de rapiña que lo han desangrado. Se hartó de las relaciones estancadas, de lo arcaico, de los caminos cerrados, de los impedimentos absurdos. Me dice que la fiesta de los otros terminó y que ahora empieza la de él.

Yo podría hacer lo mismo. Pero no. Mis miedos, mis cargas, mis tabúes, mis dogmas, mis prejuicios, no me lo permitirían. Se precisa de mucho coraje para dejar atrás años de condicionamientos, décadas de falsedad. Sería como morir, como si nunca hubiera existido. Nadie se acordaría de mí.

Me tengo que levantar.

Pienso en lo metódico del desayuno: hacer las tostadas, exprimir las naranjas, observarlo a él que, sin mirarme, como si fuera invisible, conversa con los chicos, comenta temas del diario, les pregunta por sus actividades y se ríen. ¡Chicos! ya tienen veinticinco y veintisiete. Podrían irse. Pero dónde van a estar mejor que acá, con esclava a domicilio y sin paga.

Suena el teléfono, debe ser de la oficina. Que revienten. Hoy no voy.

Qué barbaridad, las imágenes ya se desdibujan, no logro sujetarlas. Continúo acostada. Con el rabillo del ojo veo que se asoma por la puerta mi hijo, otra vez.

El sueño desapareció. Únicamente me queda el rostro del hombre alucinado. Aún no sé si era él o si era yo. Es curioso cómo se juntan las cosas coincidentes en una misma ocasión. Sólo hay que saber decodificarlas.

*“Tú puedes. Hoy puede ser un gran día”*, dicen los programadores de liderazgo y Serrat. Como si fuera tan fácil. Significa dejar el rebaño. Terminar con las postergaciones. Estar sola con una misma, hacer lo que se desea, porque en realidad se dedica la atención a toda clase de cosas inservibles. Pego un salto y me levanto de la cama. Entro a la ducha. El agua cae sobre mi rostro, sobre mis sesenta años Me visto para no sentirme desnuda ante el derrumbe y el desamparo.

Tiro ropa adentro del bolso, la tarjeta con mis ahorros. Bajo en silencio las escaleras. Me siento joven, divertida y sin respiración. Desde la cocina me llega la música de la radio. La voz de Serrat es lo último que oigo antes de cerrar silenciosamente la puerta y tirar la llave en el jardín.

“...Hoy puede ser un gran día  
donde todo está por descubrir,  
si lo empleas como el último  
que te toca vivir.  
Saca de paseo a tus instintos  
y ventílalos al sol  
y no dosifiques los placeres;  
Si la rutina te aplasta, dile que ya basta  
de mediocridad. Hoy puede ser un gran día  
date una oportunidad...”

## ***SOPLA EL VIENTO, BOCHA, SOPLA***

*(Basado en una historia real de Mendoza) Mención Especial Concurso Internacional cuentos cortos Club de Leones de Bs.As (2001)*

Los perros ladraron diferentes, casi chillaron como un hombre asustado.

*A la mierda, acá debe haber algo.*

Buscó entre algunas jarillas, que parecía increíble que aún existiesen. Al tocarlas largaron su olor particular. El Bocha pensó que después las cortaría para un asado con gusto especial. Sus ojos oscuros miraban tratando de taladrar los yuyos.

Los perros gruñeron al encontrar la zapatilla casi escondida debajo de la tierra suelta y seca. Comenzaron a escarbar hasta que salieron los restos de un pie y después los restos del cuerpo. El Bocha sin poder controlarlo, largó el vomito encima. Era el loco Lucho. Reconoció perfectamente la ropa, esa, tan de pituco del barrio Dalvian que le gustaba usar. Hacía un mes que lo buscaban, él y la policía. Por esa zona pasó veinte veces y ahora por fin lo encontró. Tenía que esconderse, sino sería el próximo. El asco fue por el olor nauseabundo que despedía el cadáver putrefacto. Y tal vez una cierta lástima. En aquel ambiente no se sentía demasiado una pérdida, prevalecía el miedo y el anhelo de no ser el próximo. Una cultura diferente. El “trabajo” los hacía duros, bloqueados, no había ocasión para nada más. El Bocha y el Loco, con su forma de ser, lideres autoritarios, despertaban temor, averiguaban convidando una cerveza, dando porros, suministrando armas caseras y de las otras, diciendo que andaban en la pesada, siempre con unos pesos en la mano, así, conseguían los datos. Creían que nada podía pasarles, eran amigos de la cana. En La Alumbrada todos conocían los códigos, sabían que nadie podía confiar en nadie, se la jugaban a cada instante. El significado de la vida era sobrevivir, cada instante era rico en urdir estrategias para lograrlo.

Ahora el Loco estaba ahí, por la mitad, comido por las alimañas del campo y los perros cimarrones. Miró para todos lados, escuchó un viento frío, que soplaba sembrando silbidos.

El tableteo interrumpió los sonidos de los ladridos y hasta el soplar del ventarrón. Solo quedó un remolino furioso que levantó la tierra seca, cubriendo los cuerpos. La mano inerte del Bocha quedó prendida al cadáver de uno de los perros, que, sangrantes, con los ojos abiertos igual que los del hombre, parecían mirar el cielo para entender porqué.

## CAYÓ LA PATOTA DEL BARRIO MALLÉN

*Que hay un tiempo para dar y otro para recibir, un tiempo para pensar y otro para decidir. Que hay un tiempo para olvidar y otro para entender. Hay un tiempo para ganar y otro tiempo para perder.* **Ruben Blades**

“*Cayó la patota del barrio Mallén*” Así decía el título de la nota con detalles de los motivos y énfasis en la bravura de la chica.

El barrio Mallén, había sido uno de los primeros en formarse como asentamiento. Con los años, las nuevas casas se dibujaron en forma un poco más prolija. Se hizo necesario establecer una comisaría y posta sanitaria para atender a los vecinos. A ésta, generalmente llegaban por balazos, cuchilladas, golpes, tajos, hemorragias por abortos provocados, y a veces, cuerpos sin retorno. Bastante trabajo tenía la policía: detención por agresiones, hurto, violaciones, asesinatos. En algunos casos no intervenía; resultaba mejor el ajuste de cuentas entre ellos. Ya se sabía, entraban a la galera y a los pocos días estaban de vuelta. Un circuito sin fin. En ese conjunto lo valioso consistía saber *con que bueyes se ara*.

La familia Barraza venía del norte. Ellos, habían llegado a Mendoza hacía varios años atrás. Un amigo del mismo pueblo los llamó. Su patrón necesitaba más brazos para la cosecha. Los tres se quedaron. Levantaron la casa en el barrio ayudados por otros paisanos.

Cuando sus padres cosechaban, Gloria niña, jugaba cerca sentada sobre el suelo. El silencio de la siesta le hacía escuchar como la tierra susurraba. Aún *oía* esos sonidos. Las viñas piden permiso al silencio para mover hojas y racimos.

Gloria sabía perfectamente cómo eran sus vecinos y de qué patotas o comparsas había que cuidarse. No tenía miedo. *Los miedos son los criminales de la humanidad; te anulan antes de tiempo, te apresan*. Eso le decía siempre su padre y ella lo tenía muy en cuenta. Además se había criado entre esos ocupantes. Conocía a los marihuaneros, a los chinchorreros, a los ladrones y a los asesinos. Con algunos hasta había jugado cuando chica. Pero al crecer se alejó naturalmente de esos grupos.

Este era el último curso de secundaria. Por fin. El trabajo le impidió terminar antes, pero ya estaba. El próximo año se iría a Buenos Aires con su tía, que trabajaba como empleada en una casa de familia acomodada.

Gloria trabajaba en un supermercado; al salir tomaba el autobús que a diario la dejaba cerca de las dos de la tarde en el barrio.

Ese viernes descendió del colectivo con la decisión de estudiar. El lunes rendiría la última evaluación y sería perito mercantil. Un sueño, una realidad.

Brotaron de la esquina. Eran cinco. Reconoció al Tordo y al Lito; los otros tres, desconocidos. Apuró el paso; sólo le quedaba media cuadra hasta la casa. Ellos fueron más

rápidos. El Tordo siempre le decía al verla pasar, que quería ser el novio. Ella jamás contestaba. Ahora estaba allí. Como un gallo, cacareando.

La insultaban con palabras obscenas peores que cuchilladas. Risas grotescas y chillonas. Amenazas de que la violarían. Graznidos de pájaros sangrientos. Uno de los muchachos que no conocía, morocho, alto, que despedía olor a vino rancio, tocó uno de sus pechos y luego, rápido, la manoseó hasta abajo. Entonces, una rebelión desconocida penetró en la piel, en las células, en los ovarios. Le dio bronca, una bronca ancestral. Pegaba con los puños, lanzaba puntapiés y gritaba con un sonido que, después se dio cuenta salía de su garganta.

Los muchachos se fueron. Bien sabían que la comisaría quedaba a un paso. Allí entró frenética, con tiritones de rabia, preguntando si no habían escuchado nada. Le tomaron la denuncia con cierto resguardo.

Llegó a su hogar agitada. Los padres dormían la siesta. Se bañó y luego fue a la cocina a tomar unos mates. No podía alejar la sensación en el cuerpo de esa mano que la vejaba. Tuvo suerte, pensó. Lo peor era cómo transitaría en el futuro, cómo haría para ir a trabajar, para volver, ir al colegio, salir. La policía no podría cuidarla en todo momento, los padres trabajaban durante el día. Algo que no sabía cómo manejar estaba ocurriendo.

De pronto escuchó el motor de un vehículo: empezaron los tiros. Las balas retumbaban en el frente, en la puerta y en las ventanas. Sus padres salieron despavoridos del cuarto sin entender qué sucedía. Le dijeron que se derrumbara en el piso. Después de un rato los delincuentes se fueron. Sólo dejaron las marcas; y flotando la pestilencia del miedo.

No se atemorizó, corajuda volvió a denunciarlos, con nombres y apellidos. La policía los encontró refugiados en una casa y los detuvo. Dos menores y los otros que apenas habían alcanzado la edad para ser adultos.

Esa misma noche, en el barrio Mallén, tres sombras cargaban una vieja camioneta con unos pocos muebles, algunos bolsos con ropas y objetos de poco valor.

El barrio, un lugar de remembranza como si en realidad, no hubiera existido. Ya sabían que en pocos días más la patota: libre, a lo sumo en dos o tres. La chica y los padres están convencidos, el retorno sería por más. La aprensión de toparse con alguno de estos malandras, la cuota diaria. No podían aceptar esas reglas, las balas florecerían. Por una vez sabotear a aquellos seres de cerebros alimentados de drogas, de impunidades, de anorexia en el alma restaría el gusto de la venganza derrochado en la nada. La familia nunca más podrían ser descubierta.



## **El silencio del pueblo**

El silencio se adueñó del pueblo. La gente solo decía lo necesario y aún menos. Todos esperaban el cadáver del Indalecio. Darle el último adiós. Lloraban los ancianos, los hombres en el bar del pueblo, las mujeres que habían tenido romances con él y las que habían anhelado tenerlo. No pregunten porque era tan amado. Había engañado a varios amigos con las esposas. Por lo demás era solícito, generoso. El favor que le pedían, allá iba, no importaba la hora y hasta dónde. Parecía que su único defecto era que no podía resistirse a las mujeres. El pueblo era chico pero a él le bastaba. Ahora estaba muerto. Las palomas estaban quietas en las ramas de los árboles, tal vez, esperando las migas, de aquel amigo que no llegarían nunca más. Las rosas y las margaritas se inclinaban mohínas. Los loros cesaron el parloteo. Alguno dijo que vio lágrimas en los ojos de los caballos que tanto quería y con los cuales había trabajado levantando cosechas, llevando cargas, haciendo favores.

La montaña esta vez lo había rechazado. Esas montañas que caían engullidas por una oscura laguna que no reflejaba el fondo. La madre cuando era un bebé lo llevaba en la espalda colgado del hermoso chal que ella tejía, también para vender. Luego Indalecio aprendió a caminar entre piedras cortantes, plantas con espinas o florecillas volátiles, hierbas dulces y amargas que la madre desde muy niño le enseñó para que servían. Subían a las más altas cumbres porque ahí recogían las mejores con las que la mujer hacía las medicinas que curaban tantos males. Era la curandera. Hasta el viejo médico del pueblo muchas veces les decía a los pacientes que fueran a consultar a la Juana cuando el diagnóstico era de cosas simples; los yuyos sanarían mejor que los medicamentos químicos.

Abrupto su destino como la montaña que lo descuartizó. La roca sangrienta bebiendo su efluvio en la tierra desvanecida que absorbió su destino. Pero nadie en el pueblo conjeturaba que el gran conocedor de las cumbres pudiera caer. Si las subía mejor que las cabras montaraces. Fue entonces que el silencio se convirtió en rumor. Las ideas sombrías se movían como el viento. ¿Quién lo empujó?

Cuando entró el vehículo de un servicio velatorio los habitantes parecieron achicarse ante la impotencia y la pena. El transporte se detuvo frente al salón del club. No había sala velatoria. Los fallecidos eran acompañados en las casas y de ahí al campo santo.

El chofer abrió la puerta trasera, bajó el ataúd y al Indalecio o lo que quedaba de él. Todos se arremolinaron para verlo, pero lo habían tapado. Los vecinos querían saber que había dictaminado la justicia: si era accidente u homicidio.

El salón dónde el Indalecio había bailado en los carnavales, en las bodas de los amigos, en los cumpleaños de todos los que hacían fiestas, estaba su cajón fúnebre. Dos hombres del servicio empezaron a sellarlo con un soplete cuyo siniestro sonido embraveció aún más la pena de todos. Estaban despidiendo al amigo, al vecino atento y servicial, al amante de muchas.

Sara tenía puestos unos enormes lentes oscuros, que no podían ocultar el torrente de lágrimas que no cesaban de caer por las mejillas ni borrar los recuerdos de las horas hurtadas, ocultos, con pasión, o en los bosquecillos al pie de los cerros verdes olorosos de yerbabuena o en el viejo auto que hacía una punta de años alguien dejó abandonado. Ella fue la última amante del ardiente Indalecio. El esposo a su lado, también tenía lentes oscuros para tapar una mirada aviesa.

Doña Justina inició un rezo del Padre Nuestro al que se unieron las voces de los demás. Los del servicio fúnebre esperaron afuera dejando a tantos deudos que rezaran en la intimidad. Uno de los vecinos cerró con llave la puerta. Todos elevaron el tono del rezo casi gritando mientras cercaban al marido de Sara.

El juez golpeaba con fuerza la puerta del salón para que lo dejaran ingresar y decirles que el forense había comprobado que fue accidente, que Indalecio tenía un grado de alcohol elevadísimo en sangre y desde aquella altura habían sido las filosas piedras las que seccionaron brazos y piernas. Cuando logró entrar con ayuda de los policías que rompieron la cerradura, no había nadie. Sólo el silencio, sólo el ataúd con el Indalecio y sólo también, lo que quedaba de Juan el esposo de Sara. Sus brazos y piernas, disseminados por el salón.

## **POR MI PROPIA CUENTA**

*El asesino es sádico en extremo, tortura a sus víctimas hasta la muerte e incluso es capaz de resucitarlas para continuar con el tormento. Necesitan dominar, controlar y sentir que el otro les pertenece. Muertas las víctimas, regresan a su enorme soledad, a la furia y a el odio contra si mismos por no haber podido dominar la venganza.*

Fue una noche, hace como dos años. Escuché alaridos angustiantes y el ruido de vidrios rotos. Llamé a la policía. Vinieron rápidamente. Ellos dijeron que en la casa de enfrente no había nadie. Sólo paredes desnudas y cuartos vacíos. Sin historias. Sabía que no era un sueño. Me desperté conciente de haber escuchado fuertes lamentos. Miré por mi ventana sin vislumbrar nada, por eso llamé a los agentes ignorando que la casa estaba deshabitada. Hacía poco que me había mudado al departamento, por lo tanto no conocía la vecindad. Aquella noche, los vigilantes me miraron enojados diciendo que las personas están sugestionadas por tantos asaltos y actos vandálicos.

La mañana siguiente era sábado; no tenía que ir a trabajar. Bajé muy temprano decidida a investigar por mí misma. En aquellos días de mudanza no había observado las moradas vecinas. Esta era vetusta y desamparada. Traté de mirar por los sucios cristales. Observé rastros de excrementos de animales: perros, gatos o ratas. Olor a abandono subía por su entorno. Las paredes se sostenían desde una base de piedra, ese elemento sólido que constituye la osamenta del planeta. Me parecía que desde ella, salían secretos. La casa hablaba.

Miré por una de las ventanas. Había vidrios en el piso. Cómo podía ser que la policía no los hubiese visto la noche anterior. Desde las paredes carcomidas alcanzaba a percibir un olor inquietante. Deseaba olfatearlas por si aquellos aromas me daban respuestas. El sol pleno y brillante de la mañana, la mostraba aún más lúgubre y misteriosa. Sentí temor, pero mi curiosidad era enorme. Intenté entrar por la puerta, pero no cedía ante mi empuje. El espíritu insondable de la vivienda no me daba el permiso para penetrarla. Me tuve que ir frustrada.

Días después hice compras en el almacén del barrio y pregunté por los antiguos habitantes. Les comenté que había escuchado gritos, clamores. Me miraron misteriosos. Entonces me contaron. Hacía un par de años atrás vivía un matrimonio. El marido descubrió que ella tenía un amante, un joven mucho menor. Esperó la ocasión para pescarlos juntos. Un día, preparado con un filoso puñal, los masacró. Según los investigadores, la mujer quiso pedir auxilio. Había huellas de sus manos, tratando de romper el vidrio de la ventana, tal vez, gritando espantada. Nadie la había escuchado. En su locura vengativa, cortó partes de sus cuerpos. Espeluznante. El olor nauseabundo y la ausencia de vida en la casa, motivó el alerta de los vecinos a las autoridades policiales. El esposo engañado desapareció y nunca fue encontrado. Sin tener hijos o herederos, la casa fue decayendo hasta su total dejadez.

Decían en la barriada que ni los vagabundos, drogadictos o alcohólicos se atrevían a disfrutar la ausencia de los dueños. El asesinato fue tan salvaje que no osaban usarla.

Qué sentimientos, qué impactos habrá tenido ese hombre con la mente desbordada de celos y odio. Cómo actuó su proceso de descargas eléctricas Tal vez, ni siquiera recordaría la acción. Un demonio se apoderó de su alma. Seguramente los estertores de las víctimas no alteraron su actitud irreparable.

Me preguntaba si él, se habría convertido en un homicida serial. La gente comete errores, fracasos sufridos en el pasado y los vuelve a cometer. Cómo comprender lo que se esconde detrás de la personalidad de un asesino motivado por la emoción. Qué grave deterioro funcional operó en su pensamiento, entre la fascinación y el horror cuando planificó el acto de supresión. Qué pavorosas pesadillas poblarían sus sueños ante la catástrofe. O tal vez, sólo tenía ausencia de recuerdos nublando su mente, o fantasmas que le harían revivir aquellas siniestras horas. El cerebro no sabe de diferencias ya que construimos nuestro propio modelo.

Tendría que averiguar sus nombres y tener más detalles. Mi razón ya estaba elaborando a gran velocidad la nota con semejante tema.

La labor en la revista, sección “Casos Insólitos”, me provocaba observaciones y fantasías que no todos tenían. Cuánto más inusitado era el asunto, el tiraje se convertía en éxito. Me dieron el mote de la fisgona, continuamente preguntando, indagando en averiguación de lo raro. Sería tal mi deseo de encontrar historias extrañas, que ahora la tenía frente a mis ojos, mejor dicho, a mí casa.

Aquel domingo madrugué. El sol era rubor sobre las copas de los árboles de la cuadra. En mis manos: herramientas. La puerta cedería sí o sí. La cámara digital lista para obtener muestras de lo oculto.

El corazón era un millar de caballos galopando desbocados. Un sudor espantoso me bajaba por la frente, metiéndose en mis ojos la irritante catarata. Con las manos ocupadas, me pasaba el dorso, pero no alcanzaba a secarme. La claridad empezó a dominar la vivienda. Parada en el umbral, esperé a sosegarme. Dejé las tenazas y la pinza en el suelo. Sólo la cámara en mi mano. Mis pies iniciaron la recorrida.

Todos los cuartos estaban vacíos. Deduje que uno de ellos fue el dormitorio. Las baldosas después de tanto tiempo aún tenían enormes manchas oscuras como marcando un sendero que, supuse, sería la sangre desparramada.

No sabía con cuántas cuchilladas arremetió contra los cuerpos. Las primeras debían haber sido certeras, por lo menos al joven, ya que la mujer tuvo fuerzas para llegar a la ventana tratando de pedir auxilio. Una emocionalidad aterradora y diferente habría subido por su garganta antes de la ejecución. Imaginaba sus ojos desorbitados, la angustia electrificante en el corazón, la consternación final al saber que estaba sentenciada. Más que conjeturar, percibí la horrenda escena, la sangre brotando de las heridas, el espanto de ver aproximarse la muerte, los gritos, el llanto, las súplicas. Sin retorno, el verdugo los había condenado. Seguramente ella sabría a que se arriesgaba. ¿Había sido una víctima o se había victimizado

sola? Lentamente caminé sobre la suciedad del piso tratando de no pisar los vidrios. Estaba absorta cuando escuché el gemido. Quedé paralizada por el pánico. Quería moverme pero todo mi cuerpo era cemento. Sería posible que la única que oía tales sonidos fuese yo. Me calmé a medias. Agudicé al límite mi atención para verificar de dónde provenía esa resonancia. Salía de todos los rincones. Empecé a girar despacio. En las paredes se veían estampadas unas manchas que traté de descifrar sus formas. No comprendía. Cuando llegué no había visto esas manchas. O estaban o aparecieron.

El giro de mis pies tomó velocidad por sí solos sin que pudiera dominarlos. Toda yo, giraba y giraba. Mi propia energía estaba afectando a la realidad. Las emociones son químicas y físicas. De pronto un resplandor cerca del techo me encegueció. El resplandor se convirtió en llamas. Aterrorizada pude dejar de girar y corrí hacia la puerta.

Los bomberos dijeron que lo que provocó el voraz incendio fue un cortocircuito. Extraño, la vivienda no tenía luz. No quedó nada. Se consumió lo poco que quedaba, absolutamente. Al poco tiempo las cenizas que permanecían rebeldes, fueron barridas por una sucesión de vientos Zonda que, como nunca, soplaron con inusitada fuerza y calor. Los vecinos decían que las almas estaban en paz.

Mucho tiempo después adquirí coraje para ver las fotos en la computadora. Las primeras imágenes revelaron vidrios rotos y manchas en el piso. Luego aquella otra. Era de una de las paredes. En ella, formas que semejaban claramente los rostros de un hombre y una mujer. Los ojos diseñados como dos huecos; pero ellos despedían un brillo semeando una mirada estupefacta y entenebrecida.

Ya no vivo en ese departamento. Me mudé. De vez en cuando escucho en medio del sueño, los lamentos conocidos. Con ellos no siento lo frágil de mi soledad. Son mi compañía. Solicité a la revista que me cambiaran de sección. No accedieron. Debo seguir desenmarañando historias, tal vez, una de ellas será la mía. Alguien, sutilmente, murmurará su mensaje desequilibrado, enigmático, inmaterial. Pero, dónde empieza o termina lo tangible y lo intangible. Buscamos las respuestas en los demás, sin comprender que cada uno de nosotros las tiene en su interior a través de su propia y diferente verdad.

Aquel fin de semana fui a la montaña. La noche oscura y calurosa del verano mostraba la energía que, incendiando el cielo de Uspallata, bajaba en llamas. Me recordó las de la antigua y siniestra casa.

Estaba sola en la cabaña. Las decepciones del amor habían formado una coraza y no quería experiencias ignotas. No sabía si podría aprender a soñar nuevamente.

La puerta abierta dejaba entrar la brisa refrescante. De pronto una larga sombra, ciñó la luz del farol de la entrada. Ráfagas de terror con imágenes de mis historias de asesinatos poblaron mi mente en milésimas de segundos. Miré en esa dirección especulando si se oscurecería para siempre mi existencia. En la noche de ónice, se oyeron graznidos desagradables y urgencias de aleteos de aves en vuelo.

## QUIERO SEGUIR MIRANDO

*“A mí me dejaron muerto en vida. Me destruyeron socialmente y físicamente. Volver de la muerte dos veces significa una luz de esperanza para los compañeros desaparecidos que nunca pudieron hablar. Yo voy a responder por ellos” Victor Carlos Fernández, puntano. Torturado por la pasada dictadura militar. (declaración en diario los Andes22/10/08)*

*-No me jodás, Luis. En el 76 hice desaparecer gente, lo puedo volver a hacer. Vos sabés quien soy.*

Mientras se lo decía le apuntaba con el dedo cerca de la cara de Luis. De todas maneras la nueve milímetros puesta sobre el escritorio, era más que suficiente. Los ojos negros de Luis quedaron fijos, su rostro moreno tomó un indefinible color. Sintió otra vez, que los pies parecían no tocar el suelo, que volvía a estar colgado, con un horrendo dolor en las axilas. Su viva memoria por la eternidad, guardaba aquellos días. El dolor de la picana en las tetillas, en los testículos, en el ano, el agua helada tirada sobre su cuerpo casi insensible. El creer que moría y sin embargo continuaba sin saber ni cómo ni porqué. Taladrando sus oídos, el ruido de las botas que cuando se acercaban a la celda, se sabía que devenía otra sesión de todo. El sonido de las llaves, eran de muerte inmediata. Esos ecos hacían evacuar el vientre sin control. Mañanas o tardes o noches, nunca se sabía bien y tampoco importaba, en que se veía por última vez el rostro del compañero que se llevaban y jamás volvía. Dolor. Gritos. Dolor. Hambre. Dolor. Piojos. Dolor. Mugre. Dolor. Olor imborrable de carnes sangrando. Dolor. Materia fecal. Dolor. El era una memoria activa.

*-Me escuchás o te hacés el pelotudo.*

*-Disculpame. Estaba pensando en qué forma te lo puedo arreglar.*

**Otra vez al laboratorio del horror. Resisto a decirle los nombres de Goyo, de Marisa y de los otros. El “general”, tiene una paciencia increíble. Las horas pasan. Los nombres, direcciones, lugares, militancia política. Esos nombres parecen grafitis aéreos volando en susurros sobre la camilla helada del salón. Mis manos y mis pies parecen atornillados por la forma en que los atan. Este dolor insoportable me cambia. Una tregua para pensar. Que salga el tornado de mi cabeza. No me acuerdo como son los sentimientos. Susurros, gritos, no sé en que momento digo lo que quiere. La mirada del “general”. El espera. Alguien se va a quebrar. Me quiebro yo. El quiere nombres que son muertes.**

**No sé de quién es el cuerpo. El “general” lo exhibe. Es su trofeo. Lo ojos porcinos sin mirar del cadáver estallan en mi retina, en mi cerebro. No me puedo mover. Las cadenas de mis tobillos están incendiadas. Estoy quebrado en mil, diez mil,**

**infinitamente. Me dice: *ese podés ser vos*. Miro los ojos del muerto, son los ojos de la no cobardía. Yo quiero seguir mirando.**

Después de tantos años, otra vez la locura del “general” delante suyo. Otra vez cobrando su vida, su libertad. Jamás deja de recordarle que gracias a él, está vivo. Cerca de treinta años. Se acordó de la canción, *veinte años no son nada*. Si, son treinta de miedo inexplicable. Esperando en que momento volvían los zarpazos a desgarrar piel y entrañas. Sintió pavor que escuchara su preocupación. La voz del “general” lo sacó de la resucitación de los recuerdos.

*-Necesito que me nombren en ese organismo. Estás vivo porque yo quise. Ahora no vas a volver a las andadas, traicionado como lo hacían las bostas de tus compañeros, los que no sé si te acordás, que ya no están. Este puesto lo tenés gracias a mí. Ahora sos vos el que tiene que ayudarme, tenés que conseguirme el nombramiento, entendés. Los que están ahora ni se acuerdan de todo lo que hice por el país. Son todos unos pendejos.*

Le contestó que movería las influencias, que no se preocupara.

El “general” guardó el arma en el portafolio. Se despidió con el dedo apuntando a la cara. - *No te olvidés.*

Regresó a su casa. Alfredo estudiaba en el comedor, se levantó rápido para saludarlo. El perro le ladraba a Silvia, reclamando algo para comer, al verlo cambió sus intenciones, le lamió la mano, moviendo la cola en giros increíbles. Miró su casa, su familia. La sonrisa extrañada de ellos por su temprano regreso. Silvia preguntó si pasaba algo. Le acarició el cabello con olor a comida maravilloso y conocido. Luis dijo que no almorzaría y que no pasaba nada, que tenía que volver a salir.

La decisión estaba tomada. Jamás se liberaría. Había que pagar. La represión implacable no había terminado. El proceso sangriento seguía vigente en su vida. Para “ellos” seguía siendo un subversivo. Fue al garaje. Debajo de unas baldosas marcadas guardaba un arma. La colocó en la cintura y salió sin ruido y sin volver la mirada hacia atrás.

## EL PARIDERO

*El Ejército Argentino instaló un lugar de atención para parturientas en el Hospital Militar de Campo de Mayo -su mayor centro de torturas-. A las presas embarazadas les eran inducidos los partos, para luego someterlas a torturas e interrogatorios. Las hacían parir con los ojos vendados y las manos atadas. Muchas de ellas fueron asesinadas. Sus bebés fueron entregados a militares o a personas de su confianza e inscriptos como hijos propios en el Registro Civil.*

¿Cómo puede ser que yo esté aquí?

Me duele el recuerdo de mi casa, de mi gente. Si hasta me dan ganas de vomitar, tal es el dolor que siente la memoria.

Estiro la mano en la oscuridad. No logro tocar nada mío, ni mi pared, ni mi colcha o mi lámpara. Tampoco veo al jardín soñoliento por el otoño. En mi casa, sin prender la luz, voy a la cocina, tomo un vaso de agua, sé donde está todo

Imagino el rostro de mi hija que a esta hora se cepilla los dientes. Mi marido estará mirando la tele, si hay un buen programa lo grabará para que, cuando regrese lo podamos compartir.

Qué hago aquí. En un lugar que no es el mío, con este olor desconocido dejado por extraños. Con estas personas que no conozco y que nada me explican. Sentada en este catre repulsivo. Por qué me tocó a mí. Tengo sueño. Deseo dormir. Siempre lo hago para acortar esperas inútiles.

Tal vez “ellos” se den cuenta que todo es un error, un equívoco terrible. Entonces se van a disculpar, me dirán que me puedo ir, volver a mi mundo, a mi vida, a lo cotidiano. Estoy segura de que sólo un día más y se desentrañará esta situación absurda.

Que alivio sentiré mañana, seguro que mañana volveré. Estaré sentada en el avión imaginando en qué forma les contaré a los de casa esta aventura siniestra. No, no podré contar nada. Borrarlo, olvidarlo, eso es lo que haré. Se convertirá en una pesadilla nebulosa.

Mi mente no alcanza a imaginar la angustia de mi familia si no aparezco o no les hablo por teléfono dando explicaciones de mi demora.

¿Qué hago acá?

Fueron tan interesantes las Jornadas. Después, cuando me dirigí al hotel, vinieron “ellos”. Me dijeron que los acompañara para aclarar algo. Sentí un miedo desconocido que me golpeó la boca del estómago. Nada encajaba. Qué estaba ocurriendo. “Ellos” mostraron unas credenciales que mis ojos y el terror no me dejaron ver.



Me llevaron en el auto desconocido. Bloqueada, confusa. Por qué es todo acelerado. Yo soy lenta para reflexionar. Necesito más tiempo para comprender, pensar, ordenar mi cabeza.

Llegamos a una enorme casona. Muchas puertas cerradas. Quejidos, murmullos. estoy en un cuarto sucio, hay un pozo en un rincón del que sale un olor nauseabundo. Lo invade todo una humedad añosa, que casi se puede tocar.

Mis ojos recorren la habitación. Arriba de una pared muy alta, una pequeña ventana enrejada. Se alcanza a ver un pedazo de una rama. Ese trozo verde es al que me aferraré para no olvidar que hay un afuera. Mis ojos despavoridos lo robaran cada mañana.

Comprendí que hay otras. Escucho retazos de llantos, voces crujientes. El terror es absoluto. Temo por mi embarazo. Mi panza y mi hijo laten en un desbocado galope. El niño alado gira y gira.

Mi piel es una costra oscura. Dónde está mi casa, mis sábanas olorosas, los brazos de mi compañero, su boca, su mirada. Imagino a mi hija cuando se asomaba sonriente en la puerta del dormitorio para preguntar quién la llevaría a la escuela. Ahora no seré yo. Estarán tan aterrados.

Mis compañeras del congreso no tendrán explicaciones. Nadie sabe que me pasó. Cómo hago para espantar este dolor. Mi hija, deambulará por la casa sin encontrarme. Los interrogantes no tendrán contestación.

Vienen una o dos veces por día. Es una desproporción esperarlos ansiosamente a pesar de mi odio. Pero también representan la espera, traer noticias o decirme que me puedo ir. Cada día avasallan con fuerza vulgar y humillante. Hace tiempo que les pregunto. Sólo traen la comida exigiendo que trague todo. Cuando vomito me da unas gotas una mujer con delantal y barbijo. Le hablo pero no contesta.

La dignidad se extravía. Sumisa, los interrogo una y mil veces. De vez en cuando con sus voces de sogas, me dan órdenes puntuales. Cuando les grito por respuestas, ni siquiera me miran. La ventana con su reja y la llave de la puerta es la ley que rige mi vida actual.

Lo más difícil es reconstruir los rostros amados, se empieza a perder el recuerdo del sonido de sus voces. El corazón sin quererlo, se estruja, es un viejo papel sin valor. Los rezos no existen ante esta locura.

Anoche sentí que las aguas de mi matriz se desbocaron, mi hijo nacería anticipadamente. Los llamé a gritos. "Ellos" vinieron de inmediato.

Han vendado nuestros ojos, no permiten que veamos a nuestros hijos. Pero no pueden impedir que le hable. Siempre hay un vigilador para que no nos saquemos la venda. Le doy la leche sangrante de mis pechos. Lloro sobre su rostro pequeño. El deseo de llevarlo a mi casa es intolerante. Cuento los días y las horas.

Con las otras no nos permiten hablar. Sus bebés nacieron con diferencias de días. Nos llevan con la mujer del barbijo. Sabemos que están examinando a los niños. No los regresan, comprendemos que “ellos”, se los llevaron.

Los aullidos salen sin que una comprenda que son de la propia garganta. Pronto los acallan con esas inyecciones que enmudecen. Una gota de sangre sale de mi vena.

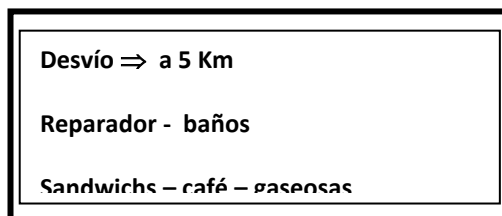
Me hundo penosamente en la negrura de un laberinto incógnito.

Tres mujeres tapadas con plásticos, mojan la vil mortaja con leche que inútilmente mana de sus pechos aún tibios. Se desparrama y chorrea el piso, formando sobre las baldosas rotas una gran mancha oscura.

## **DESVÍO ⇒ A 5 KM**

Faltaba poco, doscientos cincuenta kilómetros más y estaría en casa, durmiendo en la cama de sábanas frescas después de darme un baño maravilloso. Sólo doscientos cincuenta kilómetros y haría eso.

Sentí que tenía que ir al baño. Vi el cartel:



Cuando entré me acordé de unos relatos de asesinatos en un restaurante de la ruta. Me reí para adentro. Si seré fantasioso, me dije. En esos relatos el que atendía, mataba a casi todos los que allí entraban por diferentes causas. O por que no le caía bien lo que decían o como masticaban o por cualquier otro motivo que lo hacía reflexionar que esa persona no merecía seguir viviendo, ocupando un lugar en el mundo. Mi hija siempre me dice que mastique bien, que hago mucho ruido.

El tipo estaba recostado contra la barra. Cuando me vio, le relucieron los ojos. Imaginé que sería por la consumición que haría. Por las dudas le pregunté si lo frecuentaba mucha gente. Algunos, dijo. *Casi siempre los que vienen de Buenos Aires pasan.* Le pregunté cómo se le ocurrió instalarse en un desvío. *Es que el lote lo tenía, tierra salitrosa, no crecían más que plantas espinosas. Preferí levantar este negocio.*

Estar al margen de la ruta lo favoreció. Desviarse un poco y se tenía un café y un sándwich para despejarse.

El policía entró apurado. Me miró de arriba abajo y me pidió los documentos. Me asusté. Le pedí que me permitiera ir a buscarlos al auto y sacarlos de la gaveta. Por la nerviosidad se me atrancó la cerradura. Me agaché para poder destrabarla, en eso entró a mil una rural Ford Falcon, modelo viejo. Como apenas levanté la cabeza, no pude ver bien quien la conducía.

La gaveta al final se descolgó y se desparramaron todos los papeles; para colmo se me cayó el viejo carnet de River, totalmente roto. Me puse a levantar los pedazos. No entendí cómo en ese instante volvieron tantos recuerdos. Tendré que tirarlo, pensé, pero el emblema se ve, carajo. De repente escuché los tiros. El terror me paralizó. Me tiré más abajo del asiento. Los tiros seguían. Loco, no tenía idea que pudieran tener tantas balas. Tampoco supe si eran dos o tres revólveres. El silencio se prolongó por más de veinte minutos, y yo ahí, igual a una momia. Ante el silencio, me decidí y bajé del auto. En cuatro patas me acerqué a la ventana del restaurante. Lo que vi fue terrible. Tres cuerpos tirados. El dueño del restaurante, el policía y el tipo que se bajó de la rural. No sé como hicieron, pero que estaban muertos, no había ninguna duda.

Entré con cautela. Me dije, seguro que hay un teléfono o alguien que también escuchó semejante tiroteo. No había nadie, teléfono tampoco. El piso estaba rojo de sangre que brotaba de los tres cuerpos. El vómito salió espontáneo cuando vi que las suelas de mis zapatos estaban mojadas, pegajosas. Entonces lo vi. Tirado al lado del tipo de la rural.

Limpié bien las suelas, la taza del café, el plato del sándwich, la ventana, las puertas del baño y del local. Para algo me sirve ser adicto a las películas policiales. Me fijé que las huellas del auto no estuviesen marcadas sobre el camino de ripio. El trapo lo metí en mi bolsillo. Recién entonces subí al auto.

Me miré en el espejo retrovisor, me asusté de mi cara y de mi sonrisa que se transformó en carcajadas mientras contaba los billetes que sobresalían, rebosantes del maletín que recogí del piso.

## **POR PRIMERA VEZ SE QUEDÓ DORMIDO**

Treinta y seis años trabajando. Empezó tan joven, sólo dieciséis. Claro, aún no tiene la edad para jubilarse. No pudo entrar en los retiros voluntarios. A todo llega a destiempo. Estaba harto. *Sí, señor Gómez. Como usted diga señor Gómez. Ya voy señor Gómez.* Para colmo era dos años menor que él. Aquella sonrisa de costado que tantas veces deseó borrar de un puñetazo. Entraron juntos en la empresa, pero Gómez era universitario.

Ir todos los días al trabajo. Todos los días levantarse a las siete, entrar a las ocho, salir a las cinco de la tarde, a esa hora los demás ya han almorzado en familia, dormido la siesta, se aprontan para salir al centro, además, una vez por semana cumplir la guardia de veinte a veinticuatro. Treinta y seis años haciendo lo mismo.

Esa semana tuvo que hacer dos guardias. Hernández se había luxado un pie. Por supuesto que el reemplazante era él. Se dirigió a la empresa envuelta en el rumor habitual de la noche y de las máquinas trabajando normalmente. Adelantó la tarea del día siguiente. Ningún usuario llamó. Ningún reclamo. Ninguna queja. Todo normal. Apagó las luces. Dejó encendido el contestador automático y las alarmas de las oficinas. Al salir saludó al sereno, diciéndole que se iba y que todo estaba en orden.

El auto lo había dejado a tres cuadras. Precisamente esa noche no hubo lugar frente a la empresa. La resonancia de los zapatos sobre el asfalto eran golpes secos, por primera vez sintió aprehensión. Le vinieron a la mente todas las noticias del diario sobre la violencia, los asaltos, los asesinatos por un par de zapatillas. Para colmo se había puesto los mejores zapatos, porque no encontró los otros.

Una cuadra antes de llegar al auto, apareció el hombre germinado desde la noche oscura. El presentimiento se concretaba. Por algo dicen que lo que se introduce en el cerebro se cumple: lo malo y lo bueno. Parecía que lo estaba esperando. El revólver gris con que lo apuntó lo paralizó por un instante.

Pero cuando lo empezó a insultar de una manera que él jamás había escuchado, exigiéndole todo, algo misterioso lo sacudió interiormente. El rostro del asaltante era parecido al del señor Gómez. La burla y una prepotencia hecha de insultos soeces, con que le exigía sus pertenencias, lo enfureció.

Ese tipo ni nadie tenían derecho a sacarle lo suyo. Un escalofrío le recorrió la piel. El corazón le crujía. Faltaba aire en los pulmones, una sensación de ahogo insoportable. Cuando escuchó el grito, se dio cuenta que nacía de su propia garganta.

Algo salvaje, ancestral, cavernícola, lo impulsó a darle un puntapié feroz en los testículos. El arma saltó de la mano del sorprendido hombre y cayó a sus pies. Lo tomó. Sus dedos se ajustaron al gatillo. Las balas sonaron más de una vez.

Sin mirar a la persona tirada en la calle, se dirigió al auto. Tenía plena conciencia de que había que deshacerse del revólver. El ruido de las turbulentas aguas, eran truenos retumbando en los oídos. El zanjón fue el lugar perfecto.

La frialdad que poseía en ese momento lo hacía pensar en cada detalle. Del suelo levantó la bolsa de un supermercado, que se había enroscado en la reja como si tratara de no ahogarse, pero fue inútil porque Juan colocó el revólver con varias piedras pesadas.

Su mujer dormía. Se desvistió, tomó una ducha y se acostó en el cuarto que había ocupado la hija antes de casarse. Puso el despertador, aunque siempre se despertaba cinco minutos antes de que sonara. Se durmió con una maravillosa sensación de poder. Ahora sabía que todo podría conseguirlo.

Su mujer quiso despertarlo. Por primera vez se quedó dormido en treinta y seis años.

Al despertar, bajó a la cocina para leer el diario.

*No me importa llegar tarde. Que me echen si quieren. Mejor, así cobro.*

Buscó la página policial. Leyó: *Un probable ajuste de cuentas terminó con la vida de un delincuente con frondoso prontuario y por meses buscado por la policía.*

## LA OTRA CARA

Y fue en El Cabañal. Caminaba por la rambla valenciana pensando en alguna salida. Lo acompañaba una angustia repudiada en su cerebro como si un furioso viento soplara a través de su cuerpo. Miró los esqueletos fantasmales de los barcos que se arqueaban como bestias dormidas sobre el dique, enfrente, cruzando la calle, las centenarias casas de añosas fachadas y sus típicos azulejos valencianos. Imaginó a los viejos moradores. Sólo tenían que caminar pocos pasos para estar en la playa Malvarrosa. Casas que memoraban tiempos de riquezas y aventuras. Desde siglos atrás, lo llamaban el Poble Nou de la Mar.

De nada le habían servido los rezos, los mantras, los cantos contagiosos de los carismáticos y otros esoterismos a los que había concurrido. Nada lo ayudó. La orden de la justicia ordenaba expulsión de él y su familia del departamento. Rematarían el hogar. Quince años atrás le otorgaron la hipoteca que descontaban del sueldo mes a mes, pero lo despidieron y aún faltaban quince años más. Buscó dinero, trabajo y nada. El paro en España, con más de cinco millones de personas no lo había excluido. La economía española había sido duramente golpeada por la crisis. Se había convertido en otro más al que le arrebatarían la casa sino cumplía con la hipoteca. Hombres grandes llorando su destino. El banco, como un monstruo tragaba casas, autos, personas. La muerte de una mujer quien se arrojó de su balcón cuando llegaron los agentes para desalojarla cobró indignación en todo el país. Ya eran más de dos los suicidios por las mismas razones desde que acaecieron miles de desahucios. El presidente Rajoy, entonces, prometió instrumentar reformas para evitar los desalojos por incumplimiento de pagos hipotecarios. Los españoles, agobiados, decían de una "banca asesina". Se había desmadrado esa situación siniestra para los hipotecarios qué, como una epidemia, podría seguir contagiando a otros.

Los antiguos pescadores, falleros y otros personajes, aún vivían en ese barrio marineresco escudriñando y comentando las historias de los ancestros.

Recordaba a su padre cuando le contaba de sus orígenes. De los primeros poblados, pequeños grupos de cabañas con el nombre de Cabanyal. Más tarde se convirtió en El Cabañal, un sitio popular para los valencianos que deseaban vivir entre la playa y la huerta, donde comenzaron a construir alquerías, casas de campo, cerca de las cabañas. Él no quería alejarse de su destino genético. Su abuelo y su padre comentaban sobre aquellas típicas casas en aquel ayer vivido. En el antiguo barrio desbordaban restaurantes, negocios de vinos, bares. Se podía degustar 'tapas' valencianas a base de pescado y la mejor paella. Se dirigió a uno de ellos. Pidió una copa. El tabernero acercó además, un platito con tortilla de papas recién hecha.

Tabernas nostálgicas del alma del Cabañal engullidas por la modernidad. Un lugar imponderable. Se podía respirar el mismo aire nostálgico de los viejos lobos de mar impregnado por una sobredosis de belleza.

Se sentó al lado de la ventana. Observó la enorme playa. Lo envolvió la ternura de sus olas suaves y tibias. Miró a lo lejos. Caminando sobre la rambla divisó a dos mujeres entradas en años y en kilos. Sus pechos sin corpiño se balanceaban desparramados sin prejuicios. Imaginó que no tenían problemas. Las envidió con toda su alma. El desenfado de las españolas se había desarrollado después de una vida ancestral de guerras, fratricidios y abusos machistas. Ahora disfrutaban el presente.

El tabernero, como buen valenciano inició la charla.

*-Que meneo hay en la playa. Siempre pasa en la víspera de San Juan.* La noche de San Juan una de las veladas más rituales del año. Se mezcla lo pagano y lo religioso. Las playas convertidas en escenarios de fuego con gente alrededor de grandes hogueras. Personas hermanadas con primitivos dioses, se reunían por miles para festejar la noche más corta del año. Bendecían el tomillo y la paja quemada al son de canciones, cuyas voces desde temprano llegaban hasta la taberna.

*-Y que tal, ¿anda el trabajo?* Era el peor de sus momentos, aflojó un ronco llanto ante aquel desconocido. Le contó: la falta de trabajo, el próximo desalojo, la situación familiar.

*-Ah pero si usted es el que salió en la televisión, donde los vecinos gritaron e impidieron que le quitaran el departamento.*

*- Así es. Gracias a ellos me otorgaron un mes más, pero jamás lo lograré.*

El hombre del bar y su mirada analítica le produjeron escalofríos.

*-Si sus vecinos se jugaron por usted, es porque lo conocen como buena persona. Le propongo un trato. Estaba buscando a alguien con sus condiciones para que me ayude en el bar. Mi salud no está muy buena y sólo cuento con el zopenco de mi sobrino, para colmo hijo de un antipático pariente, que está deseando que muera para heredarme. Pero no le interesa este lugar, ni su historia. Sé que lo vendería estando aún mi cuerpo tibio. Entrevisté a otros muchachos pero nadie me resultó.*

A medida que hablaba, consideraba cada palabra. Para él ese hombre floreció igual que una divina fuerza, aumentando la certeza de algo mejor. El tabernero finalizó diciendo: *Las penas no enseñan nada. Hay que seguir como sea, sé que mi oferta para usted es incomparable, pero le aseguro que para mí también.* Finalizó dándole la mano, como sellando un trato ya aceptado, diciendo: *soy José.*

Otra vez el cielo azul y diáfano. El sol, la luna y las estrellas estaban en el lugar de siempre. El dueño del bar estaba muy enfermo. Necesitaba urgente que alguien de confianza se hiciera cargo del negocio.

Aquella noche soñó con un antiguo barco. La tripulación izaba una red desbordada de peces centelleantes. Vio claramente cómo la red se abría sobre la cubierta y los peces saltaban hacia el mar buscando de nuevo el privilegio de una infinitud propia. La

magia del sueño parecía una cálida puerta al nuevo futuro, igual que la puerta del inicio de un verano diferente.

El tiempo transcurrió inapelable y rápido. Las últimas paladas de tierra cubrieron la tumba de don José. Otra vez la bruma a pesar del sol inapropiado para la muerte de aquel hombre que lo ayudó. Otra vez un camino incierto cuya meta era la pérdida de la vivienda, de la situación familiar. Otra vez las lágrimas. Otra vez sería un témpano quebrado flotando a la deriva. Con su esposa regresaron ceñidos ente los dos para darse un poco de fuerza. El bar estaría cerrado tres días por duelo. Imaginaba que cuando volviera ya estaría el cartel de venta que colocaría el sobrino.

Entonces, en el segundo día, sonó su celular. Gritó como loco, abrazó a su mujer convencida de que sí estaba loco. *Me llamó el notario, me llamó el notario, repetía. Don José nos nombró sus herederos.*



## Un techo de cristal

Aquel día quedé paralizada en el medio del jardín. La mujer rubia abrió la puerta de rejas, entró y caminó hacia mí. Me di cuenta de que era ella. Preguntó por vos, Alfredo, como si nada, como si yo fuera tu secretaria, o tu sirvienta, o tu hermana.

Pensé: este es un instante significativo, no se me debe olvidar. Quería valorarlo. Por eso puse cara de tarada, por eso, con una sonrisa que dolía, le dije que no estabas, que de parte de quien para decírtelo después. La maldita dijo que era por negocios, que no había apuro, que te hablaría por teléfono. Claro, “vio luz en el rancho” y pasó, como si ignorara que vos no estabas, como si no conociera mejor que yo tus horarios. Imponerse era lo que buscaba, que sintiera celos feroces de su cara, de sus piernas, de ese cuerpo de cola perfecta y pechos siliconados. Que ante su presencia en nuestra casa no me quedara más remedio que decirte que ya sabía que era tu nueva amante, que de las otras siempre lo supe, pero me hacía la despistada, cuando en realidad los dos sabíamos que sabíamos ¿verdad, Alfredo?

A vos nada te conmovía. Especulaba que la oscuridad que residía en mi corazón se mantendría si no forjaba algo. Supe que ser sumisa es un gran defecto. Tardé meses hasta que tomé coraje y te dije que te fueras, que era una vergüenza para nuestros hijos y para mí que continuara esa situación. Y te fuiste.

En esos días, me dije una vez más, que no había sabido manejarte, que tendría que haberte dicho que sólo en contadas ocasiones había gozado en la cama por tu manera egoísta de ser, que no me gustaba como tosías, ni como escupías, ni lo insoportable que era el olor a trago que traías de tus “noches de bohemia”, que detestaba tu desorden que me hacía levantar lo que dejabas tirado, limpiar las manchas del café derramado sobre la hornalla de la cocina, o las salpicaduras en el piso del baño. Tendría que haberte dicho que esos programas de televisión que elegías me hacían morir de aburrimiento, que yo hubiera preferido un atardecer compartido entre palabras, besos y caricias o con un cielo azul que doliera mirarlo.

Una tarde, iba caminando engeguedada por mi rumiadura y tropecé con una persona. Al pedirle disculpas, me sorprendí al ver de nuevo a José. No podía creerlo. Nunca más un encuentro desde que lo dejé plantado por vos Alfredo, por tu seducción momentánea, por tu engaño envolvente y sabio. Lo dejé con las invitaciones mandadas y el vestido de novia esperando en la casa de la modista sin que jamás fuese a buscarlo, semejando un esqueleto.

Quién sabe cuál es el propósito de todo. Tal vez yo me sentía confortable en mi dolor. Tal vez la vida me guiñó de nuevo el ojo para que despertara. Tal vez no quería romper el techo de cristal al que me sometiste con tu fraude machista.

Nos fuimos a un café. Hablamos horas. Salimos del lugar a caminar, lo seguimos haciendo y por supuesto mucho más. El sentido del amor ahora es gozarlo plenamente, es concordancia entre los dos. No importan los años perdidos sin él. No es por maldad

que te dejo esta carta en la clínica, recomendándole a la enfermera que te la diera en mano, no es por venganza de los horriblos veinte años que me diste, de las humillaciones, de los perfumes extraños. No es por el dinero que me dio mi padre y que dejaste en las mesas de juego, no es por la platería de mi tía que una noche en que te esperaban dos usureros, entregaste, no es por el embargo de la casa, que una vez más mi padre salvó y dejó a nombre de los chicos. No es por el día en que dijiste que te habían robado el auto y en realidad lo dejaste en una mesa de póker. Es para que mientras te recuperas del tiro que te dio la rubia en los genitales, mientras te ponen y sacan sondas, mientras tengas algún momento en que puedas leer, te enteres de que te estoy muy agradecida por haber firmado los papeles de la separación y que hoy llamó mi abogado para comunicarme que vos y yo estamos legalmente divorciados.

## I ENCUENTRO DE ESCRITORES DE MENDOZA Y DE BRASILIA

“Literatura e Insularidad: Registros Literarios en Mendoza y en Brasilia” (Organizado Ministerio de Cultura del Gobierno de Mendoza, Consulado Brasil y la Universidad Nacional de Cuyo. 21 y 22 de noviembre de 2013 - Espacio Julio Le Parc – Mendoza –

### UNA MIRADA ABIERTA DE BRASILIA Y DE MENDOZA

#### SUEÑOS

Cristóbal Colón comenzó a **soñar** y diseñar el ambicioso y desmesurado proyecto que habría de obsesionarlo toda su vida: descubrir una ruta más corta y segura a las Indias, navegando hacia occidente. En tiempos de Colón, se decía que las distantes tierras de la India, de la China y del Japón eran ricas en especias, sedas, piedras preciosas y en especial: oro. Así, sin saberlo descubre América un 12 de octubre de 1492.

Brasilia es una ciudad de leyendas. La nueva ciudad fue una profecía y un **sueño** de Don Bosco que fundó la Orden de los Salesianos. En 1883 Don Bosco escribió su sueño: “*que entre los paralelos 15 y 20 surgiría la tierra prometida de leche y miel. “...cuando se excaven las minas escondidas entre esos montes, aparecerá allí una gran civilización.”* Setenta y tres años después el soñador Juscelino Kubitschek promete entregar una ciudad patrimonio de la humanidad. **Brasilia**, se remonta al periodo colonial. Hubo propuestas anteriores a la independencia de Brasil y a lo largo del Imperio. Esa nueva capital atendería a las ventajas estratégicas (seguridad contra invasiones) y demográfica (poblar el interior). La primera actividad concreta por el cambio se daría en el inicio de la República, pero hasta 1946, poco se haría en ese sentido. Hoy en día es una ciudad planificada, una equilibrada mezcla de construcción y naturaleza. Es el sueño de la razón, la gran utopía urbana moderna.

#### MENDOZA

El primer asentamiento poblacional se fundó en tierras huarpes el 2 de marzo de 1561. El capitán Pedro del Castillo fundó la ciudad de "Mendoza del Nuevo Valle de La Rioja" luego transformada en la capital provincial, dándole el nombre del gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza.

Formaba parte del corregimiento de Cuyo con cabecera en la propia Ciudad de Mendoza, integrando la Capitanía General de Chile dependiente del virreinato del Perú. Antes de crearse el Virreinato del Río de la Plata, en 1776, Mendoza era parte del Reino de Chile. Es decir durante dos siglos fue chilena. Luego al formar parte de Cuyo, Mendoza comenzó a comunicarse más con Buenos Aires.

#### Mendoza antigua

Con la fundación de Mendoza los pueblos Huarpes vieron afectados su sistema socio cultural ya que fueron desplazados de sus tierras y el colonizador impuso su presencia. No podemos olvidar la lucha por la identidad de los Huarpes del norte mendocino. Nos dice Rosa María Bustos: “*se analizan las reivindicaciones que estas comunidades impulsan con relación al reconocimiento del derecho de propiedad sobre el territorio que habitan hace más de 500 años y la manera en que están reconfigurando las fronteras simbólicas de pertenencia a la sociedad mendocina*”

La defensa del territorio para los Huarpes significa lo mismo que para otros pueblos aborígenes ya que la pérdida del territorio trae como consecuencia la pérdida de la cultura. Hace más de cinco siglos que el pueblo huarpe habita los suelos de Lagunas del Rosario, lagunas de Huanacache, y sí, eran y son sus propias ínsulas, dónde en aquel entonces había agua y peces y una cultura acorde a estas particularidades.

### **San Martín y su ínsula cuyana**

A la luz de la correspondencia enviada a su amigo Tomás Godoy Cruz, se vislumbra la voluntad del hombre que marcó con huella decisiva la historia argentina.

El general José de San Martín, en 1814, se hizo cargo de la Gobernación de la Intendencia de Cuyo. Su objetivo: formar el Ejército que posibilitó la independencia de Argentina, Chile y Perú. La meta se logró con el gran significado de esta gesta para el pueblo mendocino.

El general llamó, con mucha ternura, a este lugar: su Ínsula Cuyana. Tal vez, por sentirse aislado en ella, lejos de las disputas ideológicas del Río de la Plata y de las luchas de intereses en las que nunca participó. San Martín se identificó con Mendoza. Reconozcamos que la identidad es un concepto dinámico, una meta que se quiere alcanzar, es encontrar el final de la búsqueda de los afectos y efectos nuestros. El general lo encontró en su ínsula cuyana.

### **San Martín fue un impulsor de la cata de vino mendocino**

No podemos dejar de hablar de nuestros vinos y su relación con San Martín. Una célebre anécdota: una noche el general, timbró cuatro botellas de vino con papeles como los que traían los licores. Invitó a amigos a cenar y les tendió una trampa: A los postres pidió las botellas con las etiquetas cambiadas, para lograr demostrar que los americanos daban preferencia a lo extranjero. A las botellas de vino de Málaga, les puso los de Mendoza, y viceversa. Les dijo a sus invitados: “vamos a ver si están conformes conmigo sobre la supremacía de mi vino mendocino”. Se sirvió primero el de Málaga con el rótulo de Mendoza. Los convidados, dijeron, que era rico vino pero que le faltaba fragancia. Luego le tocó el turno al vino con el letrero de Málaga, que era el mendocino. Todos opinaron que había una gran diferencia, que el último era exquisito, sin comparación. El general se rió diciéndoles que alucinaban con las etiquetas y les contó de la trampa que había hecho. Nos muestra la personalidad sanmartiniana en algo tan simple y que hace descubrir sabiduría y enseñanza. A través de un pequeño chasco mostró la necesidad de valorar más lo propio; sumado que desde tan antiguo ya se elaboraban vinos de calidad.

### **“Insularismo”**

Se forja un nuevo ideario callejero y cibernético que se caracteriza por la ubicuidad y la transversalidad. Los que escriben sobre la insularidad cultural como un fenómeno colectivo es también un mito. El concepto de individuo y de colectividad; los elementos culturales y sociales que la componen van a variar de características, de origen, de historia o de objetivo dependiendo de las personas.

Este interesante intercambio de valores del “insularismo” se ha desarrollado en la literatura. José Saramago, con una afinada reflexión cultural, dice “El símbolo de “la isla” –centrífuga y misteriosa— ha forjado una tradición literaria contemporánea. Destaca que las narraciones avanzaron en la tarea de re-mitificar “la isla”: La literatura está plagada de fabulosas historias. Ofreció al siglo XX el acicate de una intuitiva reflexión acerca de la centralidad y la periferia.

A partir de esta polaridad, el debate del “insularismo”, de “la teología insular”, logra concentrar la atención en “la isla”, revirtiendo los términos de lo periférico y desarraigado, y revelando al ser como médula poética que invita a la reflexión artística y cultural. Lo insular en ese destino que todo ser humano tiene que buscar en “un sí mismo” que modifica las idiosincrasias.

El fenómeno migratorio en nuestros mundos contemporáneos ha traído como una de sus consecuencias el nacimiento de un nuevo tipo de estética en todas las ramas del arte. Se produce una migración cuando un grupo social, humano o animal, realiza un traslado de su lugar de origen a otro donde considere que mejorará su destino. Implica la

fijación de una nueva vida, en un entorno social, político, cultural y económico diferente.

### **La idea de retorno**

La búsqueda continua del pasado, es decir del regreso y la imposibilidad de ello, sumado a lo foráneo y el no entender el idioma, en el caso de los inmigrantes ya que el diálogo es elemento esencial de la condición humana y solo por él es posible la integración del hombre a una nueva realidad. Las islas son los espacios metafóricos de exploración del exiliado. En el caso de Brasilia que se generó en el mismo país, también tiene particularidades del exilio. Los inmigrantes que llegaron a la Argentina y se diseminaron por todas las provincias, asentaron además de sus culturas, dolientes “extrañezas”.

### **El exilio:**

Conjeturamos que al principio los funcionarios que residían en Rio de Janeiro u otras urbes contiguas al mar, con sus raíces desde siempre, se resistían a alejarse de las cotidianas y bellas ciudades en donde moraban, salpicados por el mar cadencioso con olas en movimiento musicalizadas por los chillidos de gaviotas, desmayadas lunas al atardecer, soles abrasando y dorando los cuerpos. Nada importaba, era la vida tradicional por cientos de años.

De pronto el rugido de aquel león desconocido los atemorizaba. Se iniciaba el exilio exigido. Cuántas canciones escritas borroneadas por lágrimas de añoranza, cuántas cartas enviadas a familiares y amigos. No fue fácil. Aún no es fácil. Más, era lo razonable para proteger y racionalizar el crecimiento de una enorme población, organizar los estamentos de estado para que el caos y la superpoblación capitalina se limpiaran y equilibraran. Se produce entonces en Brasilia, **la resistencia al cambio**.

Lo que hizo plantearse la instauración de una capital en el interior fue la desigual distribución demográfica del país. Los habitantes habían colonizado básicamente las zonas costeras y en el interior del país apenas había ciudades importantes. Así pues, la creación de la capital en el interior sería para ayudar a una distribución más homogénea de los pobladores.

La existencia y fundación de Brasilia es bastante particular. Resulta interesante que la urbe se haya creado a partir de la nada. Es una ciudad que vive una realidad distinta del resto de Brasil, limpia, ordenada, urbanizada, siguiendo un único plan. En Brasilia no hay más que aquello que fue proyectado sobre el papel. Han pasado 53 años, podemos decir que ya van en camino de la tercera generación. (Dice la joven empresaria Brasiliense Juliana Amaral, en la revista BRASÍLIA, CIDADE VIVA, (julio 2006):

“Brasilia para mí, es mi ciudad, mi cuadra, mi casa. Es un sábado con el calor de la amistad, Saber que aquí, las personas respetan la franja. Brasilia es el puente Juscelino Kubitschek, el sol y la esperanza de quiénes veo como a mi padre o madre. Es la ilusión de quién nació aquí mismo, de construir un mundo nuevo, digno y con trabajo”

**Brasilia** Es la capital federal del Brasil y la sede del Gobierno del Distrito Federal, localizada en la parte central del país. **Cuarta ciudad** del país por población con más de 2.500.000 habitantes según censo de 2010. La construcción de la ciudad comenzó en 1956, siendo Lúcio Costa el principal urbanista, Oscar Niemeyer el trascendental arquitecto y Roberto Burle Marx, el diseñador del paisaje.

Niemeyer y Costa toman al pie de la letra los principios de la carta de Atenas. de 1933, donde se reúnen un grupo de artistas y arquitectos y nace la carta de Atenas de ese año, único documento en que se basa el posmodernismo Brasilia es posmodernista. Diseño igualitario en lo político, social, económico- La Carta de Atenas apuesta por una separación funcional de los lugares de residencia, ocio y trabajo poniendo en entredicho

el carácter y la densidad de la ciudad tradicional. En este tratado se propone la colocación de los edificios en amplias zonas verdes poco densas.

En abril de 1960, tras 41 meses de trabajo, queda la ciudad completada, se inaugura gracias al apoyo político y financiero del presidente Juscelino Kubitschek y se convierte oficialmente en la capital de Brasil. Junto con Putrajaya (la capital administrativa de Malasia) y Naypyidó (la nueva capital de Birmania) es una de las ciudades capitales de más reciente construcción en el mundo.

En 1987 la Unesco declaró a la ciudad Patrimonio Cultural de la Humanidad, siendo la única ciudad construida en el siglo XX que ha recibido este honor.

Al trasladar la capital al interior, el gobierno del Brasil independiente ansiaba ayudar a poblar aquella región del país, atrayendo habitantes de zonas muy pobladas mediante el traslado de la administración pública hacia el hinterland rural. Gente de toda la nación, especialmente de la Región Nordeste de Brasil, fue contratada para la construcción de la ciudad.

Se dice que Brasilia es como un mosaico gigantesco donde el arte está en las calles, plaza, edificios, y más, cualquiera puede vivirlo. En Brasilia las artes plásticas no están confinadas en museos, en una galería o en una casa para unos pocos. A través de videos y fotos observé que las fuentes, esculturas, palacios, negocios pregonan el arte, conmueven cada célula de los que la habitan o visitan. Los bancos, los centros culturales, los teatros, la catedral, el urbanismo, los centros de convenciones, los edificios de gobierno, son templos del arte. Entre las características más sorprendentes de esta urbe se cuentan las amplias avenidas que encierran los edificios públicos y dos barrios, uno al norte y el otro al sur, divididos en las llamadas súper cuadras, cada una de ellas formada por grupos enormes de edificaciones. No sólo es la capital política y de los políticos. Es vida, alma y color. La belleza universal de las columnas y de los vitrales de Niemeyer, las formas retorcidas de la meseta, el rojo de la sequía, el azul especial del cielo, características estas últimas, le dan poder de hechizo como en Mendoza.

En el libro “El Símbolo del Urbanismo”, manifiesto escrito en 1934 por Carlos María della Paolera explica los principios del urbanismo. Dice que “el progreso urbano no consiste en invadir ciegamente los terrenos con la edificación, sino en edificar conscientemente donde corresponde después de haber asegurado la formación y conservación del espacio en que debe dominar la naturaleza, facilitando la entrada del aire puro y del sol vivificante al interior de las viviendas y de los barrios que se crean”. Sin conocerla, así es Brasilia

**MENDOZA** Como habitantes tenemos más de 400 años de estar en esta región. Una de las tipologías de Mendoza son sus veredas anchas y brillantes; no serán las super cuadras de Brasilia pero sí, un asombro para el que las ve por primera vez

Por algunas de estas particularidades únicas de las dos ciudades, germinaron y brotarán más palabras escritas, más canciones, más obras de arte y gente que la defenderá del hostigamiento social que envuelve a Latinoamérica de aquellos que no tienen posibilidad de entender y se transformaron en la nueva generación delictiva, ya sea porque nadie les enseñó a amar el terruño y a sus vecinos como propios, ni a tener suficiente educación, oportunidades económicas o laborales.

Y como siempre surge el equilibrio: se están registrando nuevas ciudades sustentables, ejemplo para lograr una hermandad, una interculturalidad entre los propios países.

**Mendoza** tiene una superficie de 148.827 km<sup>2</sup>, es la séptima provincia más extensa del país, por lo que ocupa el 5,35% de la superficie total del mismo.

El censo nacional 2010 estableció una población de 1 741 610 habitantes, lo cual la convierte en la **cuarta provincia más poblada del país (igual que Brasilia)**. Dicha

población equivale al 4,34% del total nacional. Nuestra antigüedad nos hace ser mendocinos por naturaleza, criticamos pero no queremos irnos del terruño que nos identifica y esto se ve reflejado en la palabra de los escritores, en las letras de las canciones, en el pincel o cincel de los artistas o en las declaraciones de los historiadores. El Dr. Arturo Roig pensamiento y palabra de la “mendocinidad”, señala en “Mendoza en sus letras y en sus ideas”: *En nuestros días gracias a la labor incesante y fecunda de nuestros pintores, y poetas, todos somos capaces en mayor o menor grado de gozar estéticamente de nuestro paisaje natural. Más aún, tenemos conciencia de que poseemos un paisaje que nos es propio*

En el ámbito de la literatura, en el siglo XIX se destacó el poeta Juan Gualberto Godoy, autor popular que se inspiró en pulperos y payadores. Y en su canto a la cordillera nos indica de esta “isla” sólida:

*“Que sublime y grandiosa es la presencia  
de tu gigante mole inconmensurable”*

Y qué decir de Domingo Faustino Sarmiento con su Facundo, libro totalmente cuyano que data de 1845 y hace referencias al paisaje natural y para quién la ausencia de la patria fue un incentivo poderoso que revitalizó sus ideales.

Víctor Mercante, (pedagogo argentino) en una carta que envía a Julio Leónidas Aguirre (docente ejemplar, pionero y visionario que logró que a principios del siglo XX las mujeres pudiesen obtener un título secundario digno); después de leer su libro “Cocina Criolla” le dice: *la vida de Mendoza es la de todas las poblaciones mediterráneas, están orgullosamente saturadas por las mismas hieráticas preocupaciones; su trabajo analiza los hechos, las rivalidades, envidias, chismes, intrigas, toda esa actividad microscópica de ciudades, casi aldeas....*” Y esto también es señal del cerramiento de esta tierra.

Entre los autores modernos se destacan poetas como Alfredo Bufano, Víctor Hugo Cúneo (mendocino por adopción) que murió inmolado en noviembre del '69, tras prenderse fuego en la plaza Independencia. Escribió sobre un pueblo pequeño y prejuicioso: *“Soy una ciudad de bolsillos y desgarraduras”, “Y así quiero que se me mire:/con una ciudad de roturas en mis trajes/ y en mis zapatos, hermanos de los puentes/ de mirar abajo,/ con la locura alegre de las tabernas/ y el rostro suelto en las gaviotas.” Si hablo así es porque tengo el sino, la locura de querer hacer del mundo una Granja Mayor, y de proclamar un solo país: la Tierra y una sola nación”*. Palabras insulares de su terruño y la expectativa de ver un mundo mejor

No se puede dejar de aludir a Jorge Enrique Ramponi grandioso poeta que dio Mendoza y los versos de la piedra en la montaña inmensa. Dejó un conjunto de creaciones de inusual intensidad y belleza. Su libro Piedra infinita, tiene originalidad continental. *“Piedra es piedra: aleación de soledad, espacio y tiempo, ya magnitud, inmemorial olvido”*. *El hombre quiere amar la piedra, su estruendo de piel áspera: lo rebate su sangre. Pero algo suyo adora la perfección inerte”*. Nos dicen sus palabras de la idiosincrasia de la gente que vive en el Secano.

En el ámbito narrativo el primero que sistematizó los libros impresos en Mendoza en los siglos pasados fue el escritor Juan Draghi Lucero. No podemos dejar de mencionar a Abelardo Arias, Iverna Codina, Antonio Di Benedetto, Fernando Lorenzo, que dijo: *Los mendocinos junto a su tierra en contacto con sus raíces hispano huarpes, supieron imprimir a su ciudad principal y a sus pueblos aledaños la filosofía telúrica y la imagen de una tierra de sol y de buen vino, abierta como un corazón que estalla por los cuatro rumbos.*

Armando Tejada Gómez en su El libro del viento  
*Mi canción es un libro*

*que se escribe con el viento  
y una imprenta indeleble  
-la guitarra del pueblo-,  
a lo largo de América  
lo imprime a cielo abierto..*

Poetas como Julio González, Carlos Levy, Hernán Shillaggi y tantos otros que nos desbordan y conmueven sus profundas palabras poéticas. Excelencia en narrativa como Liliana Bodoc, Alicia Duo, Mercedes Fernández, Fabiana Mastrángelo, Eliana Abdala y cuántos, cuántos más. Algunos de ellos, periodistas, “*es que considerable literatura de Mendoza nace con el periodismo*”.

En el ámbito cinematográfico, el nombre más destacado es el de Leonardo Favio, director (y también popular cantautor), considerado por algunas encuestas "el mejor realizador" de la Argentina.

Las artes plásticas cuentan con exponentes prestigiosos internacionalmente, como Enrique Sobisch, radicado en 1979 en España, donde sobresale en diversas corrientes pictóricas (fallece en 1989), Orlando Pardo, Roberto Azzoni, Sergio Hocevar, Víctor Delhez, Julio Giustozzi, José Bermúdez, Luis Quesada, Hernán Abal, Marcelo Santángelo o el italiano radicado en Mendoza Sergio Sergi. Pintores exitosos: Fernando Fader (1882- 1935), de tipo impresionista, Carlos Alonso, dedicado a la crítica social, y Julio Le Parc, quien obtuvo en 1966 el Gran Premio Internacional de Pintura en la Bienal de Venecia entre numerosos premios. (Este Centro cultural lleva su nombre). Los artistas plásticos actuales, muchos ya consagrados internacionalmente, nombro entre ellos a mi hija, la artista plástica Vivian Levinson, con exposiciones en New York, Barcelona, Chile, galería Praxis de Buenos Aires, Centro Borges, y en otras provincias argentinas; Egar Murillo, Eduardo Hoffman, Osvaldo Chiavazza, Sergio Roggerone, Chalo Tulián, Susana Dragota, Eliana Molinelli, una de sus obras es la escultura de la fuente de la plaza Independencia (fallecida muy joven) y huestes de nombres consagrados.

Joaquín Salvador Lavado, más conocido como Quino, un pensador, humorista gráfico y creador de historietas nacido en Guaymallén. Su obra más famosa es la tira cómica Mafalda, publicada originalmente entre 1964 y 1973

### **Poseemos lenguaje propio: Patricia Rodón nos dice:**

*Los mendocinos tenemos un modo particular de hablar. Más allá de la contaminación lingüística producto de la globalización –mediante la penetración de los medios en los hogares, el lenguaje simplificado de la tecnología y la jerigonza publicitaria- seguimos conservando voces que nada ni nadie nos puede sacar. Al igual que nuestra “tonada” nos pertenecen un puñado de términos y expresiones que son auténticos mendocinismos, palabras que usamos de un modo singular y que forman parte de nuestra idiosincrasia.*

Los mendocinos no hablamos con "Ye", no decimos "Sho" decimos "ioo", “caie, cabaio”. Usamos la palabra "Manso o potó y otras que se dicen en Chile. Acostumbramos a tener apodos como los chilenos. Por eso es una tierra en la que nos asemejamos más a ellos que pertenecer al “Virreinato del Río de la Plata”. Esto es parte de la cercanía y de la interrelación constante con el vecino país; mucho más cerca que la costa atlántica.

### **Fiestas propias de las dos ciudades**

En Brasíla como en todo Brasil en febrero festejan el carnaval

El Bloco carnavalesco es un término genérico usado para definir diversos tipos de manifestaciones carnavalescas populares. Designa un conjunto de personas que desfilan en el Carnaval, de forma semi-organizada, muchas veces trabajando una misma



fantasía, o vestidas como más les agraden. Generalmente constituyen una agremiación. Actualmente blocos son las escuelas de samba.

En el Distrito Federal los blocos de rua, blocos de enredo, bandas y escuelas de samba animan la fiesta en diversos puntos de Brasilia. Ofrecen una extensa programación de ritmos comunes en esta popular fiesta como samba, maracatu, samba de roda y las tradicionales marchinhas.

En Mendoza festejamos La Fiesta Nacional de la Vendimia, es una festividad tradicional y popular. Refleja la celebración de la uva transformada en vino a través del esfuerzo de los viñateros, de los que trabajan en las bodegas y de sus propietarios, sumado a diversos factores culturales, políticos y socio-económicos a lo largo de un año. Su primer festejo se realizó en 1936. Consta de cuatro eventos: la Bendición de los frutos, la Vía Blanca de las reinas, el Carrusel y el Acto Central, en la primera semana de marzo de cada año. En el año 2011, la National Geographic nombró a la «Fiesta de la Vendimia» como la segunda fiesta de la **cosecha** más importante del mundo. Y es considerada por sus desfiles de la Vía blanca y del Carrusel, como una de las cinco festividades más importantes y populares del planeta, junto al **Carnaval de Río de Janeiro** y al de Venecia.

### **En la música**

Los músicos del DF brasiliense que ejercen su profesión de forma reglamentada, disponen de Contratos para sus prestaciones de servicios musicales, para ser debidamente firmado entre las partes (contratante y contratado).

### **LA NUEVA ORDEN DE LOS MÚSICOS DEL DF**

Desde del 2010 fue reestructurada una comisión que regula la profesión de los músicos.

La música brasiliense es famosa en el orbe entero, entre ellos Los Paralamas banda carioca que fue formada al final de los 70, Dos de sus músicos son: Herbert Vianna y Bi Ribeiro.

Esta ciudad tuvo un desarrollo musical tomando al Rock como un estilo personal. El marco “cero” del Rock Brasiliense es el primer ensayo de la banda “Os Primitivos” en 1964. Rock típico de los años 60, en la línea de “Los Beatles” y la “Jovem Guarda”. En los años 70 surgen bandas nuevas como “Matuskela”, “Por do Sol”, pero recién se atribuye a la década de los 80 la popularización del Rock Brasileiro. Bandas de esta época como “Capital Inicial” y “Plebe Rude” permanecen tocando hoy.

No podemos dejar de mencionar a Celia Port, brasiliense, casada con un compositor y otro nombres de la escena musical brasiliense, Renato Matos, Cássia Eller y más.

### **En Mendoza**

#### **PROYECTO DE COOPERATIVA**

Músicos independientes que se asocian. Se agrupan en distintas entidades buscando derechos no sólo de su música sino en el ámbito social, de espectáculos, comunicacional, creando en internet listas para ser conocidos y por ende contratados.

Saben de autogestión, de procesos compositivos. Como ir de un instrumento a otro. Apuestan a la colaboración colectiva. Se potencian en el trazado de individualidades. Artistas que hicieron giras en muchas partes de mundo, sobre todo en tango y folklore.

La música del sertanejo de Brasil, es interpretada a veces por dúos, tenores, con voces nasales y uso de un falsete característico. El adjetivo Sertanejo, se refiere a todo lo que es propio del Sertao, el desértico interior rural brasileño. Nosotros decimos el **SECANO**

En la provincia tenemos los sonidos del secano; voces y músicos que están y otros que partieron a la gira eterna: Hilario Cuadros, Tito Francia, la actual Juanita Vera, Pocho Sosa, Gustavo Machado, Daniela Trovati, Anabel Molina, Jorge Marziali, Viñas, Marcelino Azaguate y tantos y tantos imposible de mencionarlos a todos. Hace unos

días en facebook escribió Anabel Molina: *Se extraña Mendoza querida!!! Aunque por aquí nos tratan muy bien! Nos faltan formas, palabras y vinos para agradecer!!!*

Reconocidos músicos y poetas de tango y folklore como Tito Francia un mendocino que supo expresar el fuerte sentido de pertenencia local.(Actuó hasta en Japón)

Otras figuras como Antonio Tormo, Armando Tejada Gómez, que se “exiliaron” o en Europa, o en Estados Unidos o en la misma Buenos Aires, más el amor por la tierra mendocina siempre primó sobre cualquier distancia. En las letras y en los sonidos está la madre, el alma de la pachamama mendocina.

El artista plástico Elio Ortiz dice,: "La cultura se construye en el tiempo a través de referencias. Referencias generadas por mujeres y hombres que desde su cotidianidad movilizan las inquietudes de la gente que los rodean",

La lista es enorme de los que no quisieron dejar a "su" Mendoza, ni a la familia, ni a los menducos (como nos dicen afuera). Prefirieron quedarse entre la cerril y agreste montaña, el secano, el respeto y cuidado del agua sagrada, los ritos y las costumbres. A muchos no les importó la miel del aplauso del extranjero y aunque maldiciendo a veces del poco público asistente a sus espectáculos, se quedaron encadenados, con la marca de identidad de la sociedad mendocina.

El reconocimiento de dicha sociedad no ha hecho el aporte que merecen. Cuando triunfan afuera y leen que a ese vecino lo ovacionaron en una galería de arte o en un espectáculo, o da exitosas conferencias, conciertos, es cuando lo valorizan en todo su caudal.

A pesar de ello, somos varios los que no nos fuimos de nuestra ínsula cuyana, aún con importantes oportunidades de oferta laboral. En mi caso en los 80, fui becada por el canal 41 de Texas y no quise quedarme de tanto extrañar: la familia, el sonido de las erres arrastradas, de las elles mal pronunciadas, los modismos, el *¿ah? o ¡ajá!*, la fiesta de la vendimia, el “¿Qué reina te gusta más”? son símbolos de lo profundo, histórico, cultural y filosófico de esta tierra montañesa. Agregó que Daniel Tynaire también en la década del 80, esposo de Mirta Legrand, me ofreció trabajar en Bs. As, propuesta muy comentada en Mendoza y resaltada por un crítico de arte de entonces: Aldo Dávila. También me ofrecieron la conducción de “Buenas tardes mucho gusto” en un canal porteño, ante el alejamiento de su conductora Anamaría, Como dije en aquel momento: “no puedo soportar estar lejos de Mendoza, no ver mi familia, las montañas azules o blancas, poder cortar una fruta casi madura de un árbol en una finca, beber una copa de Malbec, escuchar tonadas o danzar un gato cuyano. Y por sobre todas las cosas, estar en esta ínsula junto a mi gente con la cual poseemos y entendemos los mismos códigos.

Es que los mendocinos tenemos una idiosincrasia difícil de incorporar la aceptación a otras culturas. Somos conservadores, acá nos conocemos todos. Poseemos un perfil social y cultural diferente a otras provincias. Somos solidarios y “amigueros”.

Mendoza ha sido favorecida mediante votación por Internet como una de las 28 ciudades maravillosas del mundo. **Mendoza es la tierra del sol, del buen vino, y de la gente hermosa**” El escritor francés André Malraux denominó a Brasilia “La Capital de la Esperanza” Vivir en Brasilia o Mendoza, si lo deseamos y trabajamos por ello, es ser feliz.

## Índice

1 Por qué escribo

2 Pobres mujeres, las mujeres pobres

3 La esposa del Gobernador

4 Como de árbol

5 Los Tiempos, la Tierra

6 La Julie

Yo sabía que no me ibas a fallar

La calle de arena

La Bobe Rebeca

El olor a catinga trae peces

El Vestido de encaje de Bruselas

Cambiar de escenario

El otro lobo

Dónde estás, José

Como siempre

El Machete de Rambo

El lenguaje final

Qué bien que nos llevamos ¿verdad?

Back Stage

Cada cosa en su lugar

El carro del supermercado

Una voz

Un ojo que mira

Así como le digo

La sogá trenzada

El trabajo de Juan

Proyectando sombras

El ventilador

Las muñecas y yo

Esperando la noche

Sinfonía de Adanes y Evas

El día que fue su día

Sopla el viento, Bocha, sopla

Cayó la patota del barrio Mallén

El silencio del pueblo

Por mi propia cuenta

Quiero seguir mirando

El paridero

Desvío a 5 Km

Por primera vez se quedó dormido

La otra cara

Un techo de cristal

Una mirada abierta de Mendoza y Brasilia